



¡A LA  
HORCA!

Novela sobre la persecución  
de los católicos ingleses  
en el siglo XVI



ROBERT HUGH BENSON

ARCADUZ

**ROBERT H. BENSON**

# **¡A la horca!**

**Novela sobre la persecución de los católicos ingleses en el siglo XVI**

*Arcaduz*

Título Original: *Come Rack! Come Rope!*

© Ediciones Palabra, S.A., 2018

Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)

Telf.: (34) 91 350 77 20 — (34) 91 350 77 39

[www.palabra.es](http://www.palabra.es)

[palabra@palabra.es](mailto:palabra@palabra.es)

Traducción: © Rafael Gómez López-Egea

Diseño de cubierta: Raúl Ostos

Imagen de portada: © Istockphoto

Diseño ePub: Juan Luis Romero Martos

ISBN: 978-84-9061-781-6

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

## INTRODUCCIÓN

### *Apunte biográfico de Robert Hugh Benson*

R. H. Benson (1871-1914) fue el último de los seis hijos de Mary Sidgwick y de Edward White Benson, que fue Arzobispo de Canterbury, sede primada de la Iglesia de Inglaterra. Como correspondía a la elevada posición de la familia, recibió una esmerada educación, primero en el elitista colegio de Eton y más tarde en el Trinity College de Cambridge, donde cursó estudios de teología de acuerdo con los deseos de su padre, que le ordenó sacerdote anglicano a los 24 años, en 1895.

La repentina e inesperada muerte de Edward W. Benson, ocurrida un año después, debió de causar un fuerte impacto en la sensibilidad de su hijo Robert, quien se planteó una serie de problemas de conciencia que le aproximaron al movimiento religioso de la llamada High Church en Oxford, partidario de reconocer la autoridad del Papa y cuya figura más destacada fue el cardenal Newman.

Con el fin de cambiar de ambiente, descansar y ampliar horizontes, realizó un viaje a través de Oriente Medio que le permitió reflexionar sobre la naturaleza de sus dudas de fe, y revisar las diferencias doctrinales que separaban a la Iglesia anglicana de la católica. De regreso a Inglaterra, inicia un largo proceso de transformación interior que le lleva a estudiar la espiritualidad de los jesuitas hasta el punto de recomendar en sus homilías, en contra de la opinión de los superiores, la práctica de los ejercicios de san Ignacio de Loyola.

Siempre con el propósito de profundizar en el conocimiento de la voluntad de Dios respecto a su vocación, durante algún tiempo ingresó en la comunidad religiosa de la Resurrección, donde no llegó a encontrar respuestas capaces de satisfacer sus inquietudes. Los esfuerzos de los teólogos y de clérigos de la jerarquía anglicana para sacarle de esta situación de desconcierto espiritual no impidieron que, finalmente, en septiembre de 1903, fuera admitido en el seno de la Iglesia católica, en un acto celebrado

en el priorato de Woodchester. Un año más tarde, en 1904, fue ordenado sacerdote y distinguido con el título de monseñor por el papa san Pío X.

Robert Hugh Benson era ya conocido en España por su novela *El señor del mundo* publicada por la editorial Gustavo Gili en 1909, dos años después de su aparición en Inglaterra en 1907. La editorial Palabra ofreció una nueva traducción de la novela en 1988, que ha sido reeditada en 2015. Otras obras del autor, de gran interés para conocer los aspectos más significativos de su pensamiento religioso, han sido publicadas por la editorial Rialp, como *La amistad de Cristo* (2007) y *Confesiones de un converso* (2008).

### *Come Rack, Come Rope*

Esta novela, publicada en 1912, dos años antes de la muerte del autor, aunque no ofrece referencias cronológicas precisas, está ambientada en Inglaterra entre 1578 y 1588, según se desprende de los acontecimientos históricos a los que se refiere la trama argumental.

En los diversos episodios del relato, se alude a las medidas adoptadas durante el reinado de Isabel I (1533-1603) contra los católicos que se negaban al abandono de su fe, considerados enemigos de la Corona y traidores a la patria. Por este motivo, de acuerdo con las leyes promulgadas en tiempos de Enrique VIII y ampliadas bajo el reinado de Isabel, su hija y sucesora, los supuestos «rebeldes» se veían castigados con duras sanciones económicas y el expolio de sus bienes, seguidos, en la mayoría de los casos, de la cárcel, la tortura y, cuando se trataba de sacerdotes, la muerte infamante en la horca. Este era el drama de algunas de las nobles familias mencionadas en la novela que, como los Fitzherbert y los Babington, defendieron con valor ejemplar su fe, hasta llegar al martirio, después de soportar las persecuciones violentas de magistrados, jueces y espías al servicio de la reina.

En este clima de tensión se desarrolla el argumento de la novela, hasta ahora inédita en lengua española, cuyos protagonistas son los jóvenes Robin Audrey y Marjorie Manners, figuras ficticias que, no obstante, aparecen rodeadas de personajes y hechos reales. En ellos el autor simboliza con fuerza dramática determinados episodios históricos, tales como la ejecución de la reina María Estuardo (1542-1587), la conspiración de Anthony Babington, las actividades represoras del secretario de Isabel I, sir Francis Walsingham, o los interrogatorios bajo tortura a cargo de sir Richard Topcliffe, llamado por su crueldad el «Verdugo de la Torre de Londres». Destaca en el relato de Benson la escena de la muerte en la horca de los sacerdotes Nicolás Garlick, Robert Ludlam y Richard Simpson, que tuvo lugar en Derby el año de 1588, beatificados cuatro siglos después, en 1987, por el papa san Juan Pablo II como mártires de la Iglesia

católica.

Mención aparte merece el caso del sacerdote jesuita Edmund Campion (1540-1581), considerado en su tiempo el teólogo y orador más destacado de Inglaterra, al que Benson dedica una particular atención por sus cualidades de elocuencia, sabiduría y habilidad para sortear el acoso de los enemigos. Apresado finalmente por los espías de la reina, soportó con valor los interrogatorios de Topcliffe en la Torre de Londres hasta ser ejecutado en el patíbulo de la localidad de Tyburn en 1581. Durante la estancia en la cárcel dejó escrita la famosa promesa, dirigida a los fieles católicos, de que permanecería firme en sus convicciones... **así vinieran la tortura o la horca**: *«that he would remain steadfast come rack (la tortura), come rope (la horca)»*.

Edmund Campion fue beatificado por el papa León XIII en 1886 y canonizado como mártir de la Iglesia católica por Pablo VI en 1970.

La acción se desarrolla en cuatro partes diferenciadas, en las que Benson deja constancia de su ingenio y capacidad para reflejar los ambientes y la mentalidad de una de las épocas más agitadas y controvertidas de la historia de Inglaterra. Se recoge, como punto central del relato, el enfrentamiento de la reina Isabel I contra su rival María Estuardo que, en el fondo, era una consecuencia del odio contra los católicos iniciado en los tiempos de Enrique VIII tras su ruptura con la Santa Sede al rechazar la demanda de nulidad de su matrimonio con Catalina de Aragón que solicitaba para contraer nuevas nupcias con su amante, Ana Bolena.

En determinados pasajes de la obra se perciben rasgos propios de la literatura del Romanticismo del siglo XIX, centrados sobre todo en el idilio juvenil de Robin y Marjorie; mientras en otros el autor se adelanta a la novela de testimonio al denunciar las injusticias cometidas contra los católicos en la Inglaterra del siglo XVI.

Atrocidades que, con gran habilidad, han sido cuidadosamente ocultadas o deformadas por la historiografía británica. Dado el escándalo que ocasionó en la sociedad inglesa de principios del siglo XX la conversión al catolicismo de R. H. Benson y su defensa de los mártires católicos del s. XVI, no es de extrañar que actualmente el autor haya sido objeto de la ignorancia o el olvido de los editores de su país, donde puede considerarse prácticamente desconocido. En los sectores más imparciales y objetivos del mundo del libro en el Reino Unido, esta novela de Benson, junto a la ya citada *El señor del mundo*, ha sido considerada como una de las más representativas de su extensa labor de creación literaria, que abarca un considerable número de géneros, desde la poesía y el teatro a tratados de religión, ensayos, escritos autobiográficos o narrativa infantil.

# PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO PRIMERO

### I

Resulta difícil imaginar una estampa más alegre que la del joven que se dispone a acudir a la cita con su enamorada. Con los ojos brillantes y una canción en los labios, Robin palmea el cuello de su nerviosa yegua en un gesto afectuoso. El tenue sol de la mañana, con sus tonos dorados que se reflejan en los charcos de la reciente lluvia, le recuerda el bello rostro de su amada, al tiempo que el murmullo del arroyo cercano evoca el cálido sonido de su nombre.

Sin embargo, en aquellos momentos, cuando Robin se disponía a visitar a su querida Marjorie, su ánimo se encontraba algo deprimido y no disfrutaba como otras veces de tan agradables sensaciones. El día había amanecido con un tiempo soleado, aunque extremadamente frío. El cielo, elevado sobre las cercanas colinas, mostraba un color azul intenso que proyectaba destellos de luz hasta perderse en la raya del horizonte. El paisaje aparecía ante sus ojos enmarcado como un cuadro y adornado por las ramas entrecruzadas de los abedules que poblaban los márgenes por donde discurrían las aguas del río Derwent, en su lento fluir entre las dos riberas. Bajo la experta mano del jinete, la yegua Cecily inició la marcha a paso vivo. Sus cascos quebraban la delgada capa del hielo formado en la superficie de los numerosos charcos de la pasada lluvia.

Al avanzar por el camino y aumentar el ritmo del galope, la yegua recorría zonas de tierra húmeda al tiempo que la blanca nube que salía de sus ollares rojizos se hacía visible en el ambiente gélido de la mañana. Robin animaba a Cecily en voz baja y la acariciaba con suavidad, erguido en la silla, sin forzar el paso, con la mirada al frente, propia de la persona dispuesta a llegar a tiempo a una cita importante con alguien a quien no se debe hacer esperar.

El aspecto de Robin era el de un joven apuesto, agradable, bien parecido y de buenos modales. Además de los guantes que le resguardaban del frío, llevaba una vistosa capa verde, ceñida al cuerpo con un ancho cinturón de cuero del que colgaba la espada. Calzaba botas marrones de cuero repujado y protegía su cabeza con un sombrero rematado con plumas de faisán.

En esos momentos, el joven caballero, aún adolescente, se enfrenta por vez primera a la necesidad de tomar una grave decisión que le llevará al mundo de los adultos. En el último año, ha completado sus estudios en el internado de Derby, donde se comportó de la forma correcta que se espera de su elevada clase social, dedicado al aprendizaje de gramática, latín, inglés, historia y redacción, sin que su buena conducta habitual le impidiera verse implicado en las trastadas propias de los jóvenes alumnos.

En la residencia familiar practicaba con su padre el juego del ajedrez y le acompañaba en sus cacerías, además de asistir a la misa dominical, aunque sin mostrar excesiva devoción en los oficios religiosos de la parroquia.

Participaba de modo creciente, bajo el control paterno, en la administración de sus fincas, al tiempo que practicaba el ejercicio de las armas, según corresponde al hijo de un caballero al servicio del rey, igual que anteriormente lo fueron tanto su padre como sus abuelos.

En definitiva, su vida transcurría de una forma ordenada que incluía, además del rezo de las oraciones cotidianas, el tiempo dedicado a su afición preferida, la cetrería, y al entrenamiento de sus halcones en una zona de bosques y praderas que ahora procuraba recorrer hacia el Sur, con la idea de aproximarse lo más posible al lugar donde reside su enamorada, Marjorie.

El compromiso entre ellos quedó sellado cuando, en la pasada Nochebuena, le declaró su amor, después de besar sus manos, primero de forma protocolaria y después con mayor intimidad y discreción, al unir sus labios de un modo que hizo recordar al joven la suavidad y la belleza de un luminoso amanecer.

Tanto Marjorie como Robin eran hijos únicos, de familias distinguidas. El padre de la joven, acreditado y próspero abogado en Derby, era propietario de una finca situada en el valle de Hathersage, donde había construido una amplia mansión de piedra. En cuanto a la profesión religiosa, ambas familias pertenecían a la Iglesia católica romana y se habían conocido al coincidir en las misas de las parroquias de la zona a las que asistían.

En aquellos momentos, Robin Audrey se encontraba, por causa de la religión, ante un grave problema que le afectaba muy directamente. El joven se mostraba todo lo fervoroso que se puede esperar de un chico de 17 años. Su madre le había enseñado desde pequeño las verdades de la fe, de acuerdo con la ortodoxia católica, hasta su

fallecimiento, ocurrido hacía ya diez años. De su padre aprendió una idea sencilla y básica, pero útil para entender la cuestión religiosa. Según este principio, existían dos formas de relacionarse con Dios en el mundo: una, verdadera, que era profesar la religión católica y la otra, falsa, aceptar los ritos de la Iglesia protestante. Ciertamente que, en algunos aspectos, las doctrinas que las separaban no resultaban fáciles de distinguir. Hasta el punto de que, en determinadas cuestiones, las diferencias entre una y otra podían parecer sutiles e insignificantes.

Al hacerse mayor, Robin fue consciente de que la Iglesia católica, debido al acoso de las autoridades, era actualmente abandonada por numerosas personas de elevada posición social, para evitar las pesadas cargas, las sanciones abusivas y las multas que arruinaban vidas y haciendas y les ocasionaban no solo daños económicos, sino, además, sufrimientos y amarguras. Este era el caso, por ejemplo, de sir Thomas Fitzherbert, uno de los terratenientes más perseguidos por su fe. También a su mismo padre, tres o cuatro veces al año, se le obligaba a entregar fuertes sumas de dinero para quedar exento de la obligación de asistir a los oficios de la Iglesia protestante. El año pasado las presiones llegaron al extremo de obligarle a vender su finca de Lees-Páramo, con el fin de atender las cantidades exorbitantes que se le reclamaban como gravamen extra por la práctica de su religión católica.

En vista de tales excesos, que acabarían por arruinar su patrimonio, su padre le había anunciado el día de San Stephen, que no estaba dispuesto a prolongar aquella situación por más tiempo. Dios, le explicaba a su hijo, no podía exigirle un sacrificio tan costoso como irracional, puesto que, al fin y al cabo, si el credo protestante era la religión oficial de Su Majestad, los súbditos deberían adaptarse a las leyes de su tiempo. En definitiva, que no volvería a pagar una multa como aquella por motivos religiosos. En los próximos oficios de Semana Santa y, acompañado por su hijo Robin, el noble terrateniente Audrey recibiría la comunión de acuerdo con el rito protestante durante las celebraciones que tendrían lugar en la iglesia de la parroquia de Matstead.

## II

El sol se encontraba próximo a la mitad de su recorrido, cuando Robin ascendió hacia la vertiente elevada del valle y, una vez rebasada la localidad de Padley, remontó la colina que desembocaba en Booth's Edge, ya en las proximidades de la casa de Marjorie. La briosa yegua Cecily, como buena conocedora del camino, aceleró el paso, animada y ansiosa por llegar al final del viaje. Ante la alegría del encuentro con Marjorie, Robin pareció olvidar sus cavilaciones por un momento. Los temores quedaron mitigados con la esperanza de que, una vez expuestos, demostrarían su escasa relevancia. Además,

confiaba en que, cuando la joven comprendiera cuáles eran los problemas que le preocupaban, le ofrecería su valiosa opinión además de ayudarle a resolverlos de forma razonable.

Tras la rápida galopada, apenas en un instante, las casas de Padley se perdieron a lo lejos y ante sus ojos se elevaron las volutas de humo que lanzaban al cielo las chimeneas de la casa de Marjorie, que ya apareció ante su vista.

Una algarabía de ladridos, apenas mitigada por el resonar de los cascos de la yegua en el camino empedrado que terminaba ante la puerta principal, rompió la calma que, hasta ese momento, rodeaba el idílico paraje. Durante una leve pausa desfiló ante los ojos del jinete una recua solemne de ceremoniosos gansos, mientras Jacob, el enorme mastín encadenado a la entrada de la casa, se erigía en el líder de la ruidosa protesta canina. Dos lebreles aparecieron a toda prisa por una esquina de la casa y la cabeza de un terrier se alzó de repente por encima de una barrera de plantas del jardín. Le recibió un criado que, tras dispersar a los perros, tomó las riendas de la montura mientras Robin, al descabalar, le hacía entrega de su halcón, Agnes, que, sobre su mano enguantada, le había acompañado durante el viaje. Después de confiar al criado yegua y halcón, preguntó si la señorita Marjorie se encontraba en casa.

El joven acarició al pasar al desconfiado mastín, que no cesaba de gruñir por lo bajo, y después de rodearlo, giró hacia la izquierda para ascender por una escalera exterior de piedra que conducía a la recia puerta de entrada. Se dirigió al saloncito habilitado para recibir a las visitas y dio unos leves toques en la puerta que permanecía cerrada. Desde el interior se oyó la voz de su amada que, con gesto afectuoso y amplia sonrisa, le ayudaba a vencer su timidez.

Se acercó a ella y, después de besarle respetuosamente las manos, le mostró con un beso en los labios la intensidad de sus sentimientos amorosos, al tiempo que se quitaba el sombrero adornado con las plumas de faisán. Aquella sala, donde tantas veces se había reunido con Marjorie y su madre, desde que le dieron permiso para visitar a la hija, le resultaba especialmente agradable, al recordar los momentos felices vividos en compañía de su enamorada.

Ese día Marjorie se encontraba ante un telar, hilando las hebras de lino destinadas a confeccionar tapices. Calentaba la habitación una lujosa y amplia chimenea recién construida, a juzgar por la blancura del mármol que la cubría. Sobre las brasas unos haces de lavanda y espliego perfumaban suavemente la estancia y contribuían a crear un ambiente cálido y familiar.

—Al escuchar los ladridos de los perros estaba segura de que serías tú.

Mientras hablaba, Marjorie apartó las piezas de lino a un lado y se acomodó junto a su prometido. Los dos jóvenes, casi de la misma edad, hacían una buena pareja. A Robin, de ojos azules, fornido y de anchas espaldas, le encantaba la figura esbelta y frágil de la chica tanto como la penetrante mirada de sus ojos de color oscuro. Pasados los primeros momentos, la joven inició la conversación, deseosa de conocer el motivo de la inesperada visita.

—Y bien, querido, ¿qué te trae por aquí?

Con el fin de ganar algún tiempo antes de entrar en materia y hablar en serio, Robin inició una maniobra de distracción, con una protocolaria, aunque educada, referencia familiar.

—¿Cómo se encuentra la señora Manners?

—Mi madre lleva unos días con jaqueca y hace un rato se ha retirado a su habitación para ver si se le pasa —dijo sonriéndole de nuevo.

Como suele suceder en el caso de las parejas de enamorados, de común acuerdo, decidieron mantener un discreto silencio sobre sus sentimientos íntimos, que ninguno de los dos se había atrevido a revelar a sus respectivos padres. Los adultos los consideraban demasiado jóvenes para hablar de matrimonio, por lo que preferían no precipitar acontecimientos que, sin duda, llegarían en el momento oportuno. Por su parte, también los dos jóvenes encontraban cierto atractivo en mantener en secreto sus sentimientos fuera de la siempre molesta intervención paterna.

—Entonces —respondió Robin— es el momento de aprovechar la oportunidad de que nadie nos ve... ¿Me darás un beso?

Para los enamorados, el tiempo fluye con extraordinaria rapidez y apenas sin darse cuenta. Feliz con la presencia del joven, Marjorie le contaba episodios cotidianos que en sus labios cobraban especial relevancia. El chico la escuchaba con aire embelesado y miradas tiernas. Ella le explicaba en detalle cómo quedará el vestido de raso que pensaba llevar en la próxima fiesta. ¿Cómo quedaría mejor? ¿Con las mangas sueltas, dobladas hacia atrás o subidas por encima de los codos? Ante el silencio de Robin, Marjorie siguió la conversación para explicarle el modo de coser las faldas de lino basto a juego con los zapatos de batalla que llevan las campesinas de la región. Le habló también del mejor modo de coser una falda de lino basto, típica de la región, para que haga juego con unos zapatos de batalla, ideales para el campo. Se mostró partidaria de la ropa sencilla, en lugar de los recargados vestidos de fiesta con bordados y ceñidos frunces que resultan muy incómodos. Toma la iniciativa después el joven, que deriva la charla hacia otros derroteros, como el relato de las aventuras de su halcón Agnes, al que acaba de entregar

al criado que se hizo cargo de Cecily.

Cuenta y no acaba, sobre las múltiples enfermedades que padece la yegua y de su mal genio cuando algo le molesta. Palabras intrascendentes que Robin aprovecha para acariciar y besar las manos que la amada, complaciente, abandona entre las suyas. Después de tantos besos y caricias, Marjorie interrumpe el coloquio galante con voz firme.

—Y ahora, mi querido Robin, vas a contarme lo que de verdad te preocupa. Hemos hablado de esto y aquello, de vestidos y de Agnes y en todo el rato, desde que has llegado, ni una sola vez me has mirado a los ojos directamente. Eso es mala señal.

Robin se sintió descubierto. La verdad es que no le había planteado con franqueza el fondo del asunto, no porque le diera vergüenza, sino por temor a su respuesta. Estaba preparado a recibir cualquier expresión de rechazo de la amada, pero ante la inseguridad de su reacción, dudaba de cuál sería la mejor forma de plantear el caso para no herir sus sentimientos.

Una sensación de angustia le embargaba desde el momento en que su padre le comunicó el proyecto de abandonar la fe católica para ingresar en las filas de la herejía protestante. Preocupado, había reflexionado largamente sobre esa difícil cuestión. Algunas veces pensaba que su padre se comportaba como un traidor a sus creencias y otras, que actuaba de forma correcta, con el espíritu racional de un buen filósofo. Sí, de hecho, era cierto que la mayoría de sus conocidos se habían convertido a la Iglesia cismática, y que, después de todo, no había tantas diferencias entre las dos religiones. Entonces, la decisión de su padre le parecía la respuesta de un hombre sensato. Además, cabía la posibilidad de que fingiera adoptar el protestantismo de modo provisional, solo para guardar las apariencias y evitar las multas impuestas por las autoridades oficiales. Sin embargo, en otros momentos consideraba negativamente la actitud de su padre. Prevalecía en ese caso el espíritu de lealtad y el deseo de mantenerse fiel a la memoria y las enseñanzas de su madre, que había practicado desde su infancia. En realidad, ante la disyuntiva, se mostraba confuso y no acertaba con la respuesta correcta que, tal vez, Marjorie le ayudaría a encontrar.

Admirado por la capacidad intuitiva de ella, Robin le preguntó con voz débil:

—Pero ¿cómo has adivinado que tengo algo que decirte?

La chica sonrió levemente con un gesto de picardía en los ojos.

—Puedo leer tus pensamientos como si fueran un libro abierto.

Sorprendido por la respuesta hizo ademán de acariciar de nuevo la mano que la joven se apresuró a retirar.

—No seguiremos con esto si no me cuentas la verdad de principio a fin.

Resignado, a Robin no le quedó otro remedio que exponer abiertamente y sin reservas sus preocupaciones.

Con voz trémula, aunque dispuesto a sincerarse, inició el relato, no sin antes aclarar:

—Perdona, Marjorie. Es que, la historia me parece tan larga y complicada que no sé por dónde empezar...

—Verás —prosiguió Robin—. El conflicto se planteó una tarde del pasado mes de agosto, cuando mi padre, al regresar de Derby, tras comparecer en calidad de testigo en un proceso de brujería, se vio obligado a declarar ante los jueces del tribunal la fe religiosa que profesaba. Es decir, la católica romana.

Al describirle el asunto, Robin recordó la amargura que embargaba el rostro de su padre, seguida de un largo y expresivo silencio. Movido por el cariño apreció, por el tono de su voz alterada, el profundo disgusto que le embargaba el ánimo. Tal como le explicó a su hijo, fueron la actitud hostil y las amenazas de los jueces los motivos por los que había decidido aceptar el cambio de religión. Al escuchar sus palabras y para no aumentar el sufrimiento de su padre, Robin prefirió guardar silencio y no llevarle la contraria.

Indignada, Marjorie enrojeció, sin poder ocultar su ira.

—Entonces... —elevó el tono de voz— ¡te quedaste callado!

—Lo siento, querida. No fui capaz de decir nada en ese momento, para evitar un nuevo estallido de cólera... Compréndeme, es mi padre, le debo respeto... —musitó en voz baja.

Desanimado, el joven palideció al tiempo que movía una y otra vez la cabeza con gesto de infinito pesar. Angustiado y nervioso, tomó de nuevo la mano de Marjorie que, esta vez, abandonó entre las suyas.

—La única duda a resolver —comentó Marjorie, hablando para sí misma— sería, pues, decidir entre plantarle cara abiertamente o bien, para salvar las apariencias, acompañarle a los oficios protestantes de San Stephen.

—En realidad, solo nos quedan esas dos opciones —confirmó Robin con gesto desanimado y triste.

Marjorie, movida a compasión, se giró rápidamente hacia él con un gesto de ternura.

—¡Ay, mi pobre Robin! Perdona mi reacción, ni siquiera te dije una palabra de consuelo. Es que solo pensé en nuestro deber de ser fieles al amor de Jesucristo... ¡Qué

trago tan amargo te ha tocado vivir! ¡Y que el causante del dolor haya sido tu propio padre!... Pero ¿estás seguro de que cumplirá su propósito?

—Mi padre nunca habla en vano, solo se pronuncia cuando ya ha tomado una resolución definitiva. Además, no pide consejo a nadie. Se toma el tiempo necesario para reflexionar sobre el problema antes de adoptar la última decisión, pero cuando la ha tomado, no hay quien le haga rectificar.

Al oír sus palabras la muchacha se sumergió en profunda reflexión. Con los labios firmemente apretados, dirigió la mirada hacia la chimenea, sobre la cual reposaba una representación de la fábula de Ícaro, a punto de perder las alas postizas cuando los rayos del sol fundían las juntas de cera que las mantenían unidas a su cuerpo.

Mientras tanto, la mente de Robin trabajaba a pleno rendimiento. Se sentía como cera derretida en las manos de su amada. Comprendió que no se atrevería a pedirle ayuda mientras no tomara una decisión firme sobre cuál sería la actitud que se proponía adoptar respecto a la propuesta paterna.

Al considerar el sentido de las palabras que Marjorie acababa de pronunciar sobre mantenerse fiel al Dios verdadero y rechazar cualquier tipo de componenda en contra de la religión tradicional, era consciente de la tormenta que amenazaba el futuro de sus relaciones amorosas, si no se mostraba firme en la defensa de la fe católica de sus antepasados.

Conocedor de cómo estaban las cosas, había recordado, mientras cabalgaba hacia la casa de Marjorie, la docena de familias que en los últimos tiempos habían abjurado de su fidelidad al Papa de Roma en favor de la religión de Su Graciosa Majestad la reina Isabel de Inglaterra, sin que por eso pareciera que hubieran hecho nada vergonzoso. Era el caso, por ejemplo, de la familia Martin, afincada en el sur de Derby, o de los condes de Ashenden Hall, o de los Conway de Matlock; y otros muchos que aceptaron los cambios sin el menor esfuerzo. Al reflexionar sobre tales actuaciones y aunque a él la conducta de aquellas personas no le merecía el menor respeto, la verdad es que, hasta el momento, nada había cambiado. Las vidas de aquellas familias continuaron sin la menor alteración. No habían sido destruidos por un rayo bajado del cielo, ni infectados por la peste negra. En algún momento, al tomar nota de la suerte de aquellas personas, se había planteado la posibilidad de seguir el mismo camino, aunque no tardó en comprender que, dadas las circunstancias y para desgracia suya, aquella no era la solución más conveniente.

De nuevo la joven le dirigió una mirada pensativa. Por dos veces sus labios se abrieron para hablar y otras tantas guardaron silencio. Al tercer intento se oyeron sus palabras vacilantes.

—Creo que se te presenta una buena oportunidad. Aprovecha las celebraciones de la

Pascua para acompañar a tu padre y explicarle que no puedes cambiar de religión solo porque él te lo haya ordenado. No veo ninguna otra posibilidad. Tal vez a tu padre le parezca que necesitas algún tiempo para pensarlo y confíe en que más adelante recapacites y acabes por darle la razón. Cosa que no ocurrirá, claro, pero quizá resultaría más fácil para que, por el momento, se olvidara del asunto. Mientras tanto, para cumplir el precepto Pascual como es debido, podrías buscar la ayuda de un sacerdote católico que te diera el sacramento de la Comunión...

—¿Dónde te parece que sería más fácil encontrarlo?

Robin pasó revista a los lugares cercanos a su parroquia.

—Quizá en Dethick.

—No lo veo suficientemente lejos de tu casa.

—Podría acercarme por aquí... —sugirió con aire persuasivo.

La mirada ardiente y el brillo de los labios dieron paso a un gesto de mayor seriedad.

—No serviría de mucho, Robin, mi casa está apenas a una milla de Dethick.

—Vamos a pensar en otra cosa —continuó Marjorie—. A ver, ¿crees que tu padre está muy enfadado?

Robin mostró una torva sonrisa de disgusto.

—Nunca se ha encontrado con un problema tan difícil. Solo se le presentaron asuntos de menor importancia. Los de ahora son más graves. Ya te lo dije antes. Mi padre es una persona que le da muchas vueltas a las cosas y las medita con calma, pero una vez tomada la decisión se muestra inflexible.

—Ay, mi pobre Robin... —se compadeció Marjorie.

—Pero no creas, es justo y cariñoso conmigo. Es un buen padre.

—Pues, entonces, es todavía peor.

Robin añadió, pensativo:

—¿No podríamos buscar otra salida?

—Como no sea que te enfrentes cara a cara con él... ¿Es que prefieres eso?

—Ya sabes que estoy dispuesto a hacer lo que me digas.

—Muy bien, querido. Entonces atiende lo que te propongo. Es evidente que, más pronto o más tarde, no tendrás más remedio que hacerle frente. No puedes desaparecer cada vez que vayas a comulgar a Matstead, cosa que, de hecho, ocurrirá cada domingo.

Además, te verían los vecinos y los espías. Tu padre estaría obligado a pagar tus multas, eso sin lugar a dudas, a menos que tomaras la decisión de marcharte para siempre y dejaras de depender de él. También puedes darle largas, de forma que él crea que necesitas un tiempo para pensarlo, pero que al final te darás por vencido y harás lo que él te pide. Así ganaríamos tiempo. Robin, ¿qué sabes hacer para ganarte la vida?

El joven se tomó unos momentos de silencio para recordar cuáles eran sus habilidades. A renglón seguido enumeró las primeras que le vinieron a la cabeza.

—Puedo leer y escribir correctamente en inglés. Además, conozco bien el latín. Soy bastante diestro en el arte de amaestrar halcones para la caza y domar caballos sin desbravar. Bueno, pues... no se me ocurren más cosas que pueda hacer...

—Ay, querido... —se lamentó Marjorie con voz vacilante—. No es gran cosa...

Los enamorados formaban una pareja un tanto infantil, aunque, por la gravedad de su expresión, parecieran adultos. En todo caso, la verdad es que se enfrentaban a un problema personal de difícil solución: ¿Se encontraban en condiciones de contraer matrimonio y formar una familia en el caso de que Robin se enemistara con su padre? Entre ellos se levantaba el muro de la fe católica, que formaba parte de lo más íntimo de su ser. Una religión que, en el pasado, ya había ocasionado a sus padres unos grandes sufrimientos que ahora les afectaban a ellos.

Se trataba de respetar un compromiso de amor y lealtad a unos principios que en aquellos momentos se les presentaba con más fuerza que nunca. Marjorie profesaba un sincero amor a Jesús y a su Madre, María. No se separaba del crucifijo y llevaba consigo el rosario, además de recitar el salterio de Jesús a diario. Robin estaba convencido de que era precisamente en la firmeza de sus convicciones y en la forma de expresarlas donde residía el mayor atractivo de Marjorie. Aquella extraña mezcla de inocencia, dulzura y seriedad hizo crecer en Robin un amor intenso, hecho a partes iguales de respeto y admiración.

Algo más calmados, reanudaron la conversación. No hablaron mucho de su Graciosa Majestad, ni de la religión anglicana oficial de la Corona, ni de sus colaboradores, como tampoco de los enredos de la alta política del Estado. Todas estas cosas no eran más que juegos y vanidades, comparadas con los asuntos del amor y de la fe. Tampoco hablaron de los Comisarios del Rey que habían visitado Derbyshire una vez con la promesa de volver de nuevo, o de la amenaza de los Magistrados caza-sacerdotes. Quizá pensaban que esas cuestiones no les afectaban directamente. Ya tenían bastante con pensar en el problema planteado por el padre de Robin y en cuál sería el momento adecuado para exponer a los padres de la joven su proyecto de matrimonio, de cuya respuesta, tanto en

un caso como en otro, dependería el futuro de sus relaciones.

Como es natural, se centraron en sus propios asuntos, de su fe en Dios y de nada más. En esos momentos finales del atardecer, los rayos de un frío sol tiñeron de suaves tonos rosados las ropas de los jóvenes enamorados.

### III

Finalizada la visita, Robin tomó de nuevo las riendas de la yegua Cecily, dispuesto a regresar a casa. Marchaba a buen paso, pensativo. Si tenía las ideas muy claras sobre lo que pensaba hacer en el inmediato presente, en cambio carecía de la menor idea de lo que haría después. A Marjorie le tenía que agradecer su preciosa ayuda, concretada en tres acertados regalos: los sabios consejos, un par de rosarios que pertenecieron a Cutberto Maine, el seminarista ejecutado por ser católico, y un beso. Era el primer beso que le daba por iniciativa propia y no para responder al de Robin. En cuanto se refiere a las recomendaciones, fueron claras y sencillas: el rezo diario del salterio, asistir a misa con la mayor frecuencia posible, confiar en Dios y obedecer a su padre con todo respeto, salvo en cuestiones relacionadas con la fe católica y el amor a Dios. Desde luego, él estaba dispuesto a seguir fielmente sus consejos, no solo a conservar los rosarios, sino también para contemplar los misterios. En cuanto al beso, pensaba devolvérselo en la primera ocasión que se reunieran.

De pronto, una estrella luminosa parpadeó en el cielo que empezaba a oscurecer, cuando ya se encontraba cerca de su casa. Para no entrar en el pueblo, dio un rodeo que le permitió llegar a la parte de atrás de la finca, ya tan próxima que pudo percibir el denso olor del humo de las chimeneas y escuchar con nitidez los ladridos de los perros.

La mansión familiar era de las más amplias y sólidas de la zona. A la entrada, su padre había mandado construir un arco que daba paso a un camino bastante ancho.

Al mirar de frente, se alzaban tres edificios: el primero se destinaba a vivienda de los criados, el segundo albergaba las cuadras y las jaulas de los halcones, mientras la construcción central, dotada de grandes salas, comedores y cocinas, quedaba reservada para residencia de los propietarios. La mansión, de aspecto señorial, había sido construida por su padre al contraer matrimonio, veinte años antes.

La parte más antigua de la casa, edificada en piedra, se hallaba rodeada de denso arbolado, sobre una elevada colina que dominaba el pueblo, extendido a sus pies. Sobre las copas de los árboles apareció la estrella que había visto Robin poco antes en el camino. Al dirigir la vista hacia el astro luminoso, y evocar en su imaginación la presencia de Marjorie, se borraron de golpe sus angustias y tristes pensamientos. Guió la

montura hacia el patio adoquinado de la entrada donde le aguardaba un criado que, solícito, se hizo cargo de la yegua mientras le informaba que hacía una media hora que su amigo, el señor Babington, llegó de visita y estaba siendo atendido por su padre.

Robin le preguntó:

—¿Dónde se han reunido?

—En el salón principal, señor; ya han empezado a cenar.

En el amplio comedor de la casa de los Audrey, solo dos personas compartían esa noche la mesa. El señor Audrey mostraba un rostro enjuto, sin barba, de ojos azul intenso como los del hijo.

A su lado, se sentaba Anthony Babington, un chico joven, moreno, de tez pálida y mirada inteligente, apenas un año mayor que Robin. De aire maduro para su edad, era un lector apasionado de cuanto libro llegara a sus manos. Desde niño había destacado en los medios culturales de Londres por su brillante manejo del idioma escrito, tanto en verso como en prosa. Al entrar en la sala, Robin se dirigió hacia ellos para acompañarles en la cena, no sin antes haberse lavado las manos, según costumbre de la casa.

—Llegas tarde, Robin —le reprochó su padre.

—Vengo de visitar a los Manners, señor.

—Hola, Anthony —saludó cortésmente a su amigo.

Acto seguido, los comensales guardaron respetuoso silencio ya que, en esa época, las normas de urbanidad consideraban de mala educación hablar durante las comidas, que transcurrían en silencio, a menos que estuvieran animadas por la música o la lectura de algún texto de la Biblia.

Robin, abierto el apetito por la cabalgada, se dispuso a dar buena cuenta de la cena. De primer plato, le sirvieron huevos revueltos. Seguidamente, degustó una buena ración de pato asado con patatas, para rematar con un delicioso postre florentino. Comió con cierta prisa, ya que los otros dos casi habían terminado a su llegada.

Finalizada la cena de los señores, llegó el turno de comida para los sirvientes mientras el dueño de la casa, seguido por su hijo y el invitado, se dirigieron a una salita contigua a tomar algunos frutos secos de postre, de acuerdo con una tradición a la que se unió Robin desde que tuvo edad suficiente para acompañar a su padre en las comidas. Cómodamente instalado, el señor Audrey se desprendió de sus pesadas botas y preguntó a Robin.

—¿Cómo se encuentran los Manners?

—Solo me ha sido posible hablar con Marjorie.

La señora se había retirado a sus habitaciones, con una fuerte jaqueca, y el padre se encontraba en Derby.

—Al parecer, la señora Manners ha envejecido antes que su esposo —añadió Anthony. Para romper el silencio, al ver que los contertulios estaban muy callados, Robin les contó algunos detalles de su paseo a caballo, describió el paisaje arbolado y la excesiva densidad de las zonas boscosas, necesitadas, en su opinión, de algunas talas bien dirigidas. A pesar de sus esfuerzos, no consiguió animar la charla, puesto que sus dos interlocutores se mantenían en silencio. En el caso de Anthony, su actitud no era normal, ya que solía mostrarse alegre y era conocido por su ingenio al intervenir en las conversaciones con los amigos y compañeros de estudios.

Por su parte, Robin tampoco se encontraba en su mejor momento. El problema de su padre le pesaba, como si llevara una losa a la espalda. Se preguntaba cuándo y cómo explicarle el asunto del cambio de religión a su amigo Anthony, conocedor de su ferviente catolicismo y de su decidida defensa de la fe tradicional que profesaron sus abuelos. Robin lamentaba que a ellos les hubieran correspondido, en cambio, tiempos muy difíciles ante el drama de verse obligados a elegir entre mantenerse fieles al verdadero Dios, como lo fueron sus padres, o servir lealmente al rey, como también lo hicieron sus antepasados.

Le preocupaba saber cuál sería la reacción de Anthony cuando le comunicara que el nombre del señor Audrey no tardaría en ser uno más que añadir a la lista de los desertores del catolicismo, dispuesto a engrosar las filas de la iglesia cismática de Inglaterra.

Robin cambió de conversación, en su intento de distraer a su amigo.

—¿Has tenido novedades sobre la situación de la reina de Escocia?

El espíritu soñador y poético de Anthony le mantenía con frecuencia sumido en su rico mundo interior. Pese a su juventud, se tomaba los problemas de su tiempo más a pecho que otros muchachos de su misma clase social. En él, los sentimientos de amor o de odio se presentaban con especial intensidad y vehemencia. Era conocido por la ardiente defensa de la fe tradicional y su enemistad contra la Iglesia protestante, que impuso el rey Enrique VIII. Para Anthony, la católica reina de Escocia, María Estuardo, encarnaba el espejo de virtudes atribuidas a la Virgen María en la Tierra. La reina María era el signo visible de la piedad cristiana, la elegida entre mil, perla preciosa que ahora se encontraba perseguida, privada de libertad y a merced de sus enemigos protestantes.

—Si te refieres a la reina María —añadió Anthony, que pronunciaba el nombre con

la misma reverencia que si se tratara de la Madre del Señor—, me han informado de que se encuentra prisionera en Norfolk.

Anthony explicó que guardaba un buen recuerdo de la augusta dama, a la que llegó a conocer de niño durante los años que sirvió de paje en el palacio de Lord Shrewsbury en Sheffield. Años más tarde, en París, las favorables impresiones sobre la reina María le fueron confirmadas por el testimonio de uno de sus antiguos sirvientes, Mr. Morgan, y del obispo de Glasgow, amigo de la soberana, quienes le hablaron maravillas de sus cualidades personales y de su carácter afable y bondadoso. Al ensalzar sus virtudes y conoedor de las ofensas y privaciones a las que se hallaba sometida la reina María, Anthony mostraba su más encendida indignación. Solo se consolaba al esperar que la fe verdadera se restablecería finalmente y que a María Estuardo se le reconocerían sus derechos al trono de Inglaterra. La conjura contra ella solo podía considerarse como una traición cometida por Isabel I como consecuencia de renunciar a la verdadera fe que le impulsaba a no respetar la dignidad del ser humano.

Robin y su padre, impresionados por la firmeza de sus palabras, guardaron un discreto silencio. Por su parte, Anthony dio por terminada la velada, e inició la despedida.

—Es tarde y debo regresar a casa.

Cuando el señor Audrey se disponía a tocar la campanilla para llamar a los criados, Robin lo detuvo con un gesto de la mano.

—Espere, padre, no se moleste. Yo mismo acompañaré a nuestro invitado para ayudarle a ensillar el caballo.

El aspecto y dimensiones de aquel salón comedor era el tradicional en las residencias de la zona. Amueblado con tres mesas colocadas en forma de U, disponía de un respiradero de ventilación en el techo. Para iluminar la sala, a lo largo del día bastaba con la luz que proporcionaba el fuego de la enorme chimenea que, durante el largo invierno, ardía durante la jornada. Por la noche se iluminaba con antorchas adosadas a las paredes.

La mesa dispuesta para el dueño de la casa se alumbraba con seis velas sobre candelabros de latón, substituidos por otros tantos de plata en los días festivos.

Una vez que Anthony se hubo despedido de su anfitrión, los dos amigos se dirigieron hacia los establos. El cielo aparecía ante sus ojos, salpicado de estrellas. El silencio de la noche solo se alteraba por el ruido del entrechocar de los platos y el menaje de cocina que los criados estaban acabando de limpiar. En el pueblo, que parecía como adormilado al pie de la colina, ni siquiera se escuchaba el ladrido lejano de los perros. Al verlos

acercarse al establo, el asistente de Anthony se dispuso a ensillar el caballo.

Robin se detuvo y rogó a su amigo que ordenara al sirviente dejarles un momento a solas.

—Quiero hablarte sobre una cuestión delicada que me tiene preocupado.

Robin sentía cómo se aceleraban los latidos de su corazón, inquieto ante el temor de cuál sería la actitud de Anthony al conocer la noticia de la decisión de su padre sobre el cambio de religión. Seguido de cerca por su amigo, Robin se dirigió a un lugar apartado. Seguros ya de estar lejos de oídos indiscretos, Anthony, extrañado por el aire misterioso del amigo, le preguntó:

—¿Se puede saber lo que te pasa?

Robin se detuvo por fin con un suspiro nervioso, como si le costaran las palabras.

—Vamos, Robin, cuéntame de una vez lo que te ocurre.

Robin, nervioso, aspiró una bocanada de aire antes de responder.

—¿Te has fijado en que mi padre apenas habló durante la velada y tampoco intervino en la charla final? ¿Me prometes por lo más sagrado que no le comentarás a nadie lo que voy a revelarte?

—Lo prometo, Robin. Sabes que lo haré.

Robin suspiró de nuevo antes de continuar.

—Pues bien. Ocurre lo siguiente: mi padre se propone abandonar la verdadera fe durante las celebraciones de la próxima Semana Santa. Ha tomado esta decisión a causa de las multas abusivas que se le imponen por mantenerse fiel a la Iglesia católica y acabarán por arruinar el patrimonio familiar. Y no solo eso. Me pide, o, peor, me ordena, que le acompañe en su apostasía.

Anthony, impresionado, se mantuvo en silencio.

Robin continuó sus confidencias.

—Esta misma tarde le expuse el problema a Marjorie. Se lo he contado a ella porque estamos prometidos y debe estar al corriente del asunto, aunque es un secreto que solo compartimos los tres y nadie más conoce. Marjorie me ha aconsejado que, de momento, me aleje de la casa, aunque se encomienda a la divina providencia para que nos inspire lo más adecuado de cara al futuro.

—Sí —continuó Robin—, porque mi padre, cuando toma una decisión como esta, nunca se vuelve atrás. —Los dos amigos permanecieron unos instantes de pie y en silencio. Más lejos, entre la espesura del bosque se oyó de repente un sonido punzante,

difícil de identificar.

Lo mismo podría ser el aullido de un zorro o de un lobo, que el graznido de algún ave nocturna o el melancólico lamento de alguien que sufre. En todo caso, apenas duró leves instantes. Aunque los jóvenes lo habían escuchado, no hicieron el menor comentario. Sin embargo, Robin tomó plena conciencia de los malos augurios que acechaban su vida y las sombras oscuras que proyectaban los hechos lamentables que acababa de revelar a su amigo Anthony.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### I

Fiel al propósito de no irritar a su padre, Robin estaba convencido de la necesidad de guardar las formas y no provocar su desconfianza ante el evidente rechazo del hijo al anunciado cambio de religión. En ese momento, el joven pensaba que, en caso necesario, no le faltarían razones para justificar sus desplazamientos en cualquiera de las direcciones posibles. Dudaba entre seguir la ruta en dirección sur, que lleva a Dethick, o el camino que conduce la localidad de Hathersage, situada más al norte. Además, también disponía de varios pretextos para explicar el motivo de cualquiera de esos movimientos. En primer lugar, podía alegar la necesidad de aprender cómo se administraban las fincas que heredaría llegado el momento. Las situaciones que los campesinos y granjeros planteaban a los terratenientes eran muy diversas. En unos casos se trataría de calmar las iras de un aparcerero que había perdido la cosecha; en otros, rebatir las reclamaciones del molinero, empeñado en hacer responsable a su señor de los daños causados por la última riada. Todo un coro de lamentaciones a las que añadir las quejas del agricultor al que una manada de ciervos salvajes había devastado huertas y cercados. Mientras daba vueltas a esos pensamientos, Robin, transcurridos dos días de la visita de Anthony a su padre, se dirigía esa tarde a una cita con él, dispuesto a continuar la conversación que aquella noche, por lo avanzado de la hora, debieron interrumpir de modo un tanto brusco.

Mientras se dirigía hacia el sur a través del pueblo, se cruzó a la entrada con el pastor local, el señor Barton, cuando salía de la casa que había sido la vivienda del sacerdote católico antes de la Reforma protestante. Era un hombre de mediana edad ordenado por el nuevo rito, por lo que no ejercía las mismas funciones del párroco anterior. Se mostraba como hombre sencillo, no demasiado inteligente, pero bondadoso y bien intencionado. Sus feligreses lo aceptaron de buen grado y se consideraban afortunados, teniendo en cuenta que, en otras parroquias reformadas, debido a la escasez de

vocaciones, los oficios religiosos y lecturas de la Biblia corrían a cargo de los laicos.

Con su voz potente, el señor Barton dirigió a Robin un saludo amistoso.

—¿Qué tal, joven, de nuevo ocupado en alguna tarea?

—Sí. Ando muy ocupado. Le transmitiré saludos de su parte al señor Babington. He quedado con él para tratar unos asuntos relacionados con el pago de los diezmos.

—¡Hay que ver! ¡Cómo sois los papistas! ¡No perdéis ocasión de reuniros entre vosotros a la menor oportunidad! —dijo el señor Barton como en broma, ya que se esforzaba por mantener buenas relaciones de vecindad y mostrarse liberal en el trato con los católicos.

Robin dio entonces por terminada la conversación, se despidió cortésmente del pastor y acto seguido, tras desearle un feliz día, dirigió su montura en dirección a Dethick, donde le esperaba Anthony. Caminaba con calma. No le parecía prudente cabalgar demasiado rápido, debido a los accidentes del camino. El hielo, los frecuentes desniveles del terreno y el barro arcilloso dificultaban el trote de los caballos. Así, Robin tardó una hora en recorrer las cuatro millas que le separaban de las tierras del aparcero donde se había citado con su amigo. La excusa que urdieron para celebrar esa reunión fue la necesidad de llegar a un acuerdo sobre la parroquia a la cual debería el aparcero entregar el diezmo correspondiente, dado que sus granjas abarcaban una zona compartida entre las tierras de los Babington, en Dethick, y las de los Audrey, en Matstead.

Aunque era verdad, como le había explicado al señor Barton, que el motivo de la charla se refería al tema de los diezmos, era más cierto que se trataba de una cobertura para cubrir la eventualidad de que su padre le preguntase el motivo de su viaje.

A punto de finalizar el trayecto y cerca del lugar de la cita, al remontar la última elevación del terreno, Robin vio desde la distancia cómo Anthony, ligeramente reclinado sobre la valla que delimitaba la finca, mantenía una distendida charla con el aparcero. Al darse cuenta de la llegada de su amigo, y tras subir de un salto ágil a la montura, se dirigió presuroso a saludarle. Mientras se acercaba al trote y con voz potente, para que el aparcero pudiera escuchar sus palabras, Anthony informó al recién llegado:

—¡Ya hemos aclarado el asunto: el pago del diezmo en cuestión nos corresponde a los Babington y será abonado por nosotros a favor de la parroquia de Dethick!

Anthony, situado ya a la altura de Robin, le dijo, esta vez en voz baja:

—Me he encontrado al llegar con Thomas Fitzherbert, que vino a inspeccionar sus tierras y de paso hizo una visita al aparcero. Me ha dicho que le gustaría cenar con

nosotros.

A Robin no pareció agraderle demasiado la propuesta. Con aire algo dudoso preguntó:

—¿Te merece Thomas la confianza suficiente como para hablar en su presencia con libertad?

Anthony hizo un gesto afirmativo.

—Descuida. Es católico, igual que nosotros, y guardará suma discreción.

—Bueno, vale, si tú lo dices... Yo no le he tratado tanto como para estar seguro de él.

—Puedes fiarte y hablar con toda franqueza... Además, en todo caso, la noticia de la apostasía de tu padre no tardará mucho en hacerse pública...

Con gesto preocupado, los dos jóvenes se encaminaron hacia la casa del aparcerero. Para el campesino, la jornada se presentaba como una buena ocasión de lucirse. Había conseguido sentar en la misma mesa a tres de los jóvenes que heredarían en su momento las mayores extensiones de tierras de cultivo de la contornada.

Por lo que se refería a los Babington, era dueños de varias fincas en Dethick y de un lujoso palacio en Derby. Los Audrey era los propietarios de 1.500 acres en los alrededores de Matstead. Los Fitzherbert nunca llevaron la cuenta de sus numerosas y extensas propiedades, hasta verse obligados a su tasación y venta por la reina Isabel, en castigo a su condición de católicos.

Para mayor vergüenza, el anciano patriarca y tío paterno de Thomas, sir Thomas Fitzherbert, había sido encarcelado varias veces a causa de sus convicciones religiosas. Por ese motivo, tanto el joven Thomas como su padre sir John debían encargarse de administrar el rico patrimonio familiar, en ausencia del titular.

Thomas Fitzherbert había comenzado ya a cenar cuando entraron en el comedor los dos amigos. Abandonó el asiento con presteza, en saludo de bienvenida. Era un muchacho de estatura media y pelo castaño que lucía una delgada y bien recortada barba.

Les pidió disculpas educadamente por no haberles esperado, pero alegó como excusa la falta de tiempo, ya que debía regresar a casa antes del anochecer. Robin y Anthony tomaron asiento en la mesa, dispuesta con buen gusto, aunque se tratara de la modesta vivienda de un simple aparcerero. Al lado de cada servicio personal, provisto de cubiertos de plata y de un salero del mismo preciado metal, aparecía una servilleta de blanco lino, cuidadosamente plegada.

La conversación entre los comensales se desarrollaba con naturalidad y fluidez.

En una pausa, el aparcerero preguntó por la situación de sir Thomas y le expresó al sobrino sus condolencias por lo injusto del trato recibido. Con cierto aire de misterio, les informó de que, en los próximos días, un sacerdote venido de fuera celebraría una misa católica en la vecina localidad de Tansley. Los tres jóvenes, una vez finalizada la comida, le agradecieron sus atenciones y la noticia sobre la misa, al tiempo que se dirigían hacia sus cabalgaduras. En los primeros compases de la marcha, cuando todavía los caballos no habían iniciado el galope, Robin decidió confiar sus penas a Thomas. Le contó con sencillez y brevedad la triste decisión tomada por su padre respecto al cambio de religión. El joven tuvo una reacción extraña, entre nervioso y atemorizado, que dejó desconcertado a Robin. No solo se mostraba poco dispuesto a prestarle ayuda moral, sino que ni tan siquiera le ofreció el menor rasgo de solidaridad. Parecía tan angustiado por sus propias dificultades familiares que —según les dijo— no disponía de tiempo ni ganas de atender los problemas ajenos. Les reconoció su temor a que también él, como le había sucedido a su tío, acabara siendo procesado y condenado a prisión. Llegó al extremo de criticar al Papa, por considerar que había actuado con excesiva dureza al condenar la política llevada a cabo por la reina Isabel de Inglaterra.

Al escuchar estas palabras de censura, Anthony reaccionó con indignación:

—No voy a tolerar que en mi presencia nadie se atreva a criticar de esa manera al Santo Padre.

Thomas, que se dio por aludido, intentó rebajar la tensión:

—Bueno, bueno, calma, Anthony. Al fin y al cabo, el Papa no es infalible en cuestiones de política, en esa materia puede equivocarse, como cualquiera de nosotros. Me parece que, en algunas ocasiones, sus decisiones en ese terreno han resultado poco afortunadas. Reconozco el valor de tu lealtad y celo religioso, Anthony, como admiro a los santos, pero no pienso imitarlos. De todos modos y para evitar disputas, será mejor que dejemos de lado este asunto.

Serios y disgustados por las discrepancias surgidas, los tres jóvenes se mantuvieron en silencio el resto del camino. Las diferencias de opinión sobre tan espinosas cuestiones eran muy frecuentes por entonces entre los católicos ingleses, quienes discrepaban, no por cuestiones de fondo, sino en cuanto a las formas o alternativas a seguir en casos de grave riesgo para las vidas y haciendas de los perseguidos. De acuerdo con este criterio, no faltaban los partidarios de la tesis de que las relaciones del Papa con la reina Isabel deberían haber sido más conciliadoras, en lugar de aplicarse de forma tan estricta las penas de excomunión. Lo cierto era que, en las actuales circunstancias, a los ingleses católicos les resultaba difícil, cuando no imposible, hacer compatibles los deberes de

fidelidad a la Iglesia de Roma con el servicio a la corona de Inglaterra, como era, en realidad, el deseo de la mayoría de ellos.

## II

Alrededor de una hora más tarde y llegado el momento de separar los caminos, Thomas se despidió de sus acompañantes para continuar la marcha en dirección a sus tierras situadas junto al río Derwent.

Cuando se perdió de vista, la furia reprimida de Anthony estalló.

—Jamás le había oído hablar así —dijo airado—. Se ha vuelto loco.

Al cabo de unas millas, también ellos debían separarse, Anthony camino de Dethick y Robin hacia Matstead. En ese momento, vieron a tres hombres a caballo que se aproximaban hacia ellos.

Vestían ropas sencillas, pero de buen corte, como de hacendados prósperos y, aunque llevaban armas al cinto, no parecían peligrosos.

Los dos amigos se cruzaron con los desconocidos, que les saludaron con naturalidad. Seguros ya de que no corrían el menor riesgo, los dos grupos se distanciaban unos metros, cuando uno de los tres jinetes volvió grupas y enfiló hacia el lugar en donde se encontraban Robin y Anthony, que no se movieron, a la espera de acontecimientos. El caballero les alcanzó y, con gesto amistoso, les dedicó un saludo amable, sombrero en mano.

—¿Es usted el señor Babington? —preguntó dirigiéndose a Anthony.

—Sí —respondió el aludido.

—Yo he asistido alguna vez a misa en su casa —dijo el otro hombre—, me llamo Garlick.

—Claro que le recuerdo, señor Garlick. ¿Qué tal se encuentra? Aquí le presento a mi amigo, el señor Robin Audrey, de Matstead. —Robin se inclinó a su vez.

—¿Es usted católico? —le preguntó.

Robin asintió.

—En ese caso, tengo buenas noticias para ustedes. Con nosotros viaja el señor Simpson, el sacerdote que va a celebrar misa el domingo próximo en Tansley, ¿les gustaría saludarle?

—Por supuesto que sí —contestó Anthony con rapidez.

Fueron lentamente hacia donde esperaba el sacerdote con el otro jinete. En ese momento, el sol empezaba a ocultarse entre arboles rojizos. Durante un instante, una luz rosada los envolvió hasta adquirir una tonalidad extrañamente luminosa, mientras sobre la vegetación de los prados cercanos se cernían las primeras sombras. Al ver aquella extraña luz en medio de la semioscuridad, Robin se sintió tan impresionado como si acabara de contemplar una aparición del cielo.

La luz del sol se hacía más tenue a cada instante y Robin despertó como salido de un sueño. Al acercarse los dos amigos, el sacerdote elevó su mano y los bendijo. Era un hombre joven, quizá no llegaría a los treinta años, con aspecto de ser persona apacible y de buen temple.

Se mostró encantado de haber conocido a Anthony, que era el caballero más conocido en la zona por su doble condición de poeta y de católico ferviente. Anthony, según su costumbre, hablaba sin parar, mientras Robin se limitaba a escucharles, agradeciendo que su amigo no aludiera a la decisión de su padre de abandonar la Iglesia católica. Al recordarlo, se sentía cada vez más avergonzado. Especialmente, en compañía de aquellos hombres valientes que estaban arriesgando su libertad y hasta su vida para acompañar y proteger a un sacerdote.

Estaba anocheciendo y, como parecían no conocer bien el camino, Anthony se les ofreció para guiarles.

—En mi compañía pueden circular tranquilos por estas tierras —les dijo.

—Le quedamos muy agradecidos —respondió el sacerdote—, pero como vemos que ustedes marchaban juntos, no queremos separarles.

—No se preocupe —le tranquilizó Anthony—, mi amigo no se va a perder por unos senderos y trochas que se conoce como la palma de su mano.

—En ese caso, aceptamos encantados su ayuda.

Robin se disponía a despedirse sin más dilación, pero antes de iniciar la marcha sintió un impulso repentino que siguió sin vacilar. Después de bajar del caballo, se postró de rodillas en el suelo ante el sacerdote.

—Deme su bendición, padre.

### III

Reconfortado, Robin siguió el camino que llevaba a los bosques de Matstead, todavía profundamente impresionado en su interior por el encuentro con el sacerdote. Este le había parecido diferente a los conocidos hasta entonces. Mientras atravesaba los campos

a caballo, no dejaba de pensar en él. Le admiraba por su valor, con la cabeza puesta a precio y rodeado de espías por todas partes. Robin llegó a su casa una hora antes de la cena. Al criado que se hizo cargo de la yegua, le preguntó si su padre se encontraba en casa. Le respondió que no había salido en todo el día. A Robin le extrañó esa conducta, impropia de su padre, que acostumbraba a dar un paseo a caballo por los alrededores en algún momento del día, salvo caso de enfermedad.

Al acceder al salón comedor se encontró de frente con su padre.

—¿Se puede saber dónde te has metido? —le preguntó con rudeza.

—He pasado la tarde con Anthony, en una de las granjas de Dethick.

—¿Solo con Anthony? —respondió su padre.

—También se encontraba allí el joven Thomas Fitzherbert. El aparcero nos sirvió la cena a los tres.

Robin dudaba si debía hacer mención del encuentro con el sacerdote, pero al final prefirió no hacerlo. Consideró más prudente no hablar de eso con su padre.

El señor Audrey lo miró suspicaz.

—¿Has oído algún rumor sobre la presencia de un sacerdote que anda fugitivo por la región?

Ante la pregunta, Robin se decidió a decir la verdad.

—Sí, señor, ha venido con el propósito de celebrar la santa misa.

—Bueno. ¿Sabes cuándo y en qué lugar piensa hacerlo? ¿Cómo se llama el sacerdote?

Robin, con la cabeza baja, no despegó los labios.

Por toda reacción, el señor Audrey le volvió la espalda con brusquedad antes de abandonar la sala.

Robin permaneció unos minutos inmóvil, paralizado a partes iguales, por el temor y la furia contenida.

## CAPÍTULO TERCERO

### I

Dos días más tarde, a contar de la noche en que padre e hijo habían mantenido aquella tensa conversación, Robin fue convocado por el señor Audrey para cambiar, después de la cena, impresiones sobre el futuro. Previamente, a la hora de la comida del mediodía, al percibir la ausencia de su padre, los criados le informaron de que había salido muy de mañana a caballo en dirección hacia el sur. No volvieron a cruzar ni una palabra en los días anteriores y, aunque el atribulado Robin aguardaba con temor el encuentro de esa noche, había tomado la decisión de no retroceder un paso y mantener con firmeza su postura.

Robin esperó hasta que su padre regresara del paseo campestre, ya casi de noche. Había llovido y tenía las botas cubiertas de barro. Se las quitó y se puso unos cómodos zapatos de piel. Después de ocupar su sitio en la mesa, ordenó a los criados que sirvieran la cena, pero a Robin no le dirigió la palabra. Cuando terminaron de comer, el señor Audrey se dirigió a la sala contigua, seguido a pocos pasos de su hijo. Tomaron asiento, y de forma repentina, le dijo con voz gélida.

—Ya eres un hombre. Has terminado tus estudios y me gustaría saber lo que piensas respecto a mi forma de ver la vida.

De momento, Robin mantuvo un silencio respetuoso, mientras acariciaba con la mano izquierda, oculta en el bolsillo interior, las cuentas del rosario que le había regalado Marjorie.

—¡Responde de una vez! —bramó su padre.

—Con mucho gusto le contestaría, señor, pero es que no acabo de entender a qué se refiere.

—Quiero que me digas cuáles son tus intenciones respecto a la relación que vamos a

mantener tú y yo en el futuro. Necesito que me aclares si vas a desobedecerme en todos mis deseos, o solo en cuanto se refiere al terreno religioso.

—No tengo la menor intención de desobedecerle en nada, siempre que no se trate de una cuestión que vaya en contra de los dictados de mi recta conciencia.

—¿Te importaría aclararme lo que entiendes por eso de la «recta conciencia»? —le repreguntó su padre.

Robin respondió con voz firme:

—Usted me habló hace algún tiempo de sus intenciones de abandonar la Iglesia católica. Así que no veo el motivo para responder a sus preguntas sobre la identidad y el paradero de los sacerdotes o los lugares donde se van a celebrar las misas de acuerdo con la liturgia romana.

El señor Audrey sonrió con gesto irónico.

—En realidad, no necesito que me cuentes nada de todo eso. Estoy al tanto de que mañana, el señor Simpson, sacerdote católico, celebrará la misa del alba en Tansley. Ya ves. ¿Te parece que debería comunicar estos datos a los magistrados del distrito?

Ante aquella amenaza, Robin se mantuvo en silencio, de modo que su padre repitió la pregunta con tono cada vez más iracundo:

—¡Contesta! ¿Crees que debería comunicarlo a los jueces?

—No —respondió el joven—, creo que no.

Robin suspiró con profunda amargura. No deseaba continuar aquella conversación que su padre había llevado a un terreno tan desagradable como absurdo.

Hizo un esfuerzo para serenar el ánimo y a su vez preguntó:

—Padre, ¿me permite que le hable con franqueza y le aclare mis opiniones, sin que lo considere una falta de respeto?

Aunque el señor Audrey no contestó, sin embargo, pareció más dispuesto a escuchar los puntos de vista de su hijo.

—Usted —continuó Robin— me ha educado desde niño en los principios de la fe de nuestros antepasados. Le acompañé siempre a misa y usted me repetía que los deberes para con Dios deberían prevalecer sobre cualquier otro interés humano. Y ahora me ordena olvidar todo lo aprendido y que abandone la fe verdadera. No soy quién para dictarle a mi padre las normas de conducta, pero sí puedo hacerle constar cuáles son los criterios morales que guían mi conciencia. No me gusta en absoluto la idea de desobedecerle pero, antes que nada, es mi deber obedecer a Dios. Si no le hablé antes de

mi encuentro con el sacerdote, el señor Simpson, no fue con intención de desobedecer a mi padre o faltarle al respeto, sino porque usted ya no es católico y yo, sí.

El señor Audrey no pudo reprimir su cólera.

—¿Cómo te atreves a echarme en cara que no soy católico?

—Bueno... es que un católico debe ser fiel a la Iglesia verdadera... Yo no le censuro a usted por lo que pretende llevar a la práctica dentro de poco, pero...

—¿Pero qué?, termina de una vez.

—Pues muy sencillo: Que no pienso acompañarle el día de su ingreso en la Iglesia protestante. No renunciaré a mi fe católica.

Impresionado ante su firmeza, el señor Audrey intentó un cambio de táctica y se dirigió a Robin en tono persuasivo:

—Piénsalo bien, hijo. Quizá si lo meditas con más tiempo y en calma, llegarás a cambiar de opinión.

—No, padre —contestó Robin—. No voy a variar de criterio ni aunque lo pensara durante mil años. Así se lo he prometido a Marjorie...

Robin percibió de modo inmediato que no debía haber mencionado el nombre de su amada en aquella conversación. Pero ya era demasiado tarde para rectificar el error, que su padre no dudó en aprovechar:

—¿Marjorie? —exclamó el señor Audrey con voz descompuesta—. ¿Se puede saber qué pinta ella en todo este enredo?

Robin se mordió los labios con fuerza. Como ya no podía desdecirse, decidió seguir adelante y confesar la verdad.

—Marjorie y yo estamos enamorados. Nos queremos.

Su padre, en tono de burla, dio rienda suelta a su despecho:

—No sois más que una pareja de niños que juegan a ser adultos. Falsos héroes que sueñan con ser mártires de la religión, como san Lorenzo o santa Cecilia... Pero ni siquiera sois capaces de valeros por vuestra cuenta. No tenéis ni idea de lo dura que es la vida de las personas mayores. ¿Será posible tanta insensatez? Y hasta os haréis la ilusión de que ya sois marido y mujer...

Su voz cobró entonces un nuevo acento de amargura:

—¿No te habrás atrevido a contarle a esa cría que tu padre se propone abandonar la Iglesia católica...? ¿Se lo has dicho?

Una vez más Robin, tras reprimir un gesto airado, se mantuvo en silencio.

—Te pido, o mejor, te exijo que me lo confirmes. ¿Se lo dijiste? ¿Sí o no?

Robin respondió con tono de cansancio:

—No voy a continuar esta conversación por más tiempo.

La voz de su padre restalló con indignación:

—Ah, ¿no?

—¡No! —respondió Robin con firmeza.

Entonces, el señor Audrey abofeteó con fuerza a su hijo, que, con el rostro pálido como el papel, logró a duras penas refrenar su reacción de cólera.

Con la voz fría y pausada, reconoció:

—No solo es eso. Hay todavía más. Lo suyo también lo conocen mi amigo Anthony Babington y Thomas Fitzherbert. Así le ahorro a usted la vergüenza de tener que contárselo a ellos en persona.

Con estas palabras Robin dio por finalizada la conversación y abandonó la sala con paso decidido.

## II

Ya en su habitación, agotado por el temor y la angustia, se dejó caer en el lecho sin desprenderse de la ropa. Se encontraba tan agitado y confuso que las horas le pasaron sin lograr conciliar el sueño. Las más contradictorias emociones se apoderaban de su mente y las escenas de los últimos días se repetían, dando lugar a un torbellino de imágenes que le llenaban de ansiedad el espíritu. En su interior se mezclaban distintas emociones, desde la felicidad de sentirse correspondido por el amor de Marjorie y el emotivo encuentro con el sacerdote, a las desagradables disputas familiares que turbaban la mente y le impedían encontrar el sosiego que tanto necesitaba. En el fondo, deseaba cuanto antes reconciliarse con su padre. Estaba arrepentido de haberse mostrado tan duro con él esa noche. Movido por un impulso de afecto y respeto hacia la figura paterna, se incorporó y, con pasos cautelosos para no romper el silencio de la casa, descendió por las escaleras que desembocaban en la misma salita donde unas horas antes habían mantenido el agrio enfrentamiento. Sobre la mesa-escritorio de su padre se encontraba un tintero y varias plumas de ave visibles a la tenue luz de una vela a punto de extinguirse. Robin tomó asiento y después de coger un pliego de papel en blanco se dispuso a escribir una nota de disculpa.

«Les pido perdón a Dios y a usted por las palabras airadas y movidas por la ira que no debí haber pronunciado».

Dejó la nota en lugar visible sobre la mesa y, con el espíritu más sosegado, regresó a su habitación.

### III

No le duró demasiado el sueño ya que, a eso de las cuatro de la madrugada, se dispuso a marchar hacia Tansley para asistir a la misa del alba que celebraría el sacerdote, señor Simpson. Le acompañaba su criado de confianza, Dick Sampson, que ya había dispuesto los caballos junto a las cuadras, en medio de la densa oscuridad de una fría noche sin luna. Finalizado el oficio religioso, de regreso a Matstead, con los primeros albores del amanecer, el paisaje presentaba un aspecto muy distinto al de la ida. Las sombras se disipaban al tiempo que en la distancia se escuchaba el canto del gallo y el lejano ladrido de los perros. Unos momentos más tarde, las volutas de humo denso se elevaban al cielo desde las chimeneas que señalaban el hogar de los Audrey, cuyos edificios aparecían a la vista. Robin recordaba con nostalgia las numerosas ocasiones en que había acompañado a su padre a las misas del alba. Por desgracia, a partir de ahora, debería conformarse con la presencia de su fiel criado.

Sin embargo, al recordar la ceremonia religiosa, el ejemplo del valor y la entereza de aquel joven sacerdote le había servido para reafirmar sus propósitos de permanecer en el seno de la Iglesia verdadera. A pesar de su aire vulnerable, la debilidad del celebrante lo era tan solo en su apariencia externa, ya que su interior rebosaba fortaleza. Su fragilidad, como la del fiel soldado de Cristo, se desvanecía por completo cuando se trataba de la defensa heroica de la palabra de Dios.

Al franquear la entrada de la casa, Robin se cruzó con su padre, al que dedicó una sonrisa con la esperanza de rebajar las tensiones de la pasada noche. El señor Audrey, en cambio, dirigió a su hijo una mirada fría como el acero y continuó su camino, impassible, como si no existiera. El gesto hizo comprender al joven que las espadas seguían en alto. Para confirmar la mala impresión, se acercó al escritorio y comprobó que su nota había sido retirada. Volvió la vista en dirección a las cenizas del brasero donde distinguió una hoja de papel que, a pesar de estar arrugada y ennegrecida, todavía era legible. Todo apuntaba a que su padre, después de leer sus excusas, había arrojado el mensaje, en un arranque de furia, a los restos ya apagados del brasero. Robin tomó la nota y tras comprobar que, en efecto, era la suya, la dejó caer sobre las cenizas con un gesto de infinita tristeza.

## CAPÍTULO CUARTO

### I

Robin había sido invitado a participar en una partida-concurso de caza de perdices con halcón que se celebraría en el coto privado de una de las numerosas y extensas propiedades de los Fitzherbert.

Cuando se incorporaba con algún retraso al lugar de la competición, sir John Fitzherbert, padre de Thomas, con voz que mostraba cierta sorna afectuosa, le reprochaba su tardanza.

—Llegas tarde, muchacho, la prueba está a punto de a comenzar. Ven con nosotros al salón, donde vamos a celebrar una comida de hermandad para que los cazadores os vayáis conociendo antes de empezar las carreras.

A Robin, el dueño de la casa le había inspirado siempre una gran simpatía aunque, debido a las numerosas actividades que ocupaban el tiempo de sir John, no le había sido posible relacionarse con él tanto como le hubiera gustado. A los frecuentes viajes dedicados a administrar sus tierras y gestionar los negocios se unía, en los últimos taños, la obligación de afrontar pleitos, multas y otras sanciones que gravaban su hacienda como represalia por no abjurar de la fe católica.

Después de cumplimentar debidamente a los dos Fitzherbert, padre e hijo, Robin les siguió hasta un amplio y bien dispuesto salón donde, en esos momentos, se celebraba el banquete de bienvenida a los participantes en el certamen. Al entrar en la sala no tardó en advertir con satisfacción la presencia de Marjorie, alegría que aumentó al observar cómo, a su lado, quedaba libre un asiento que el joven se apresuró a ocupar sin la menor dilación.

Como informaron a Robin, el plato fuerte del banquete consistía en un succulento asado de cerdo, especialmente cebado con bellotas, que daban a la carne un sabor delicioso.

Con el fin de no despertar sospechas, en lugar de entablar animada charla con Marjorie, hizo los debidos honores a la comida, sin apenas dirigir la palabra a su vecina de mesa. Después de pronunciar en voz alta ligeros comentarios sin sentido, en un breve y apresurado susurro, le expresó el deseo de hablar con ella a solas sobre un asunto grave. La joven lo miró con gesto preocupado, ante la evidencia de que las noticias no serían nada agradables.

Finalizada la comida, cuando los invitados se dirigieron a los establos para aprestar sus monturas y recuperar los halcones de manos de los criados, Robin, como por casualidad, se situó al lado de Marjorie y al llegar a las cuadras se apresuró galantemente a ensillarle el caballo y acercarle su halcón. Cabalgaron juntos hacia la zona reservada a los cazadores, sin que nadie reparara en ellos. En aquella época, el deporte de la caza de la perdiz con halcones adiestrados era el favorito de las clases altas y la aristocracia de Inglaterra.

## II

Las competiciones se disputaban por turnos y en parejas, caballeros y damas con sus aves al brazo, precedidos por los perros de presa que obligaban a las perdices a emprender su pesado vuelo. En esos momentos, los halcones, ya en libertad, se lanzaban velozmente sobre sus víctimas y, una vez capturadas en el aire, las depositaban en manos de sus orgullosos dueños. Al comprobar el señor Fitzherbert, encargado de distribuir las parejas, que Robin y Marjorie cabalgaban uno al lado del otro, los eligió para competir en equipo. La caza transcurrió con rapidez y máximo provecho. Los perros levantaron las dos perdices y los respectivos halcones cumplieron su tarea sin la menor dificultad. En el momento de hacerse cargo de las piezas, Marjorie se aproximó a Robin y le susurró al oído:

—Nos vemos dentro de un rato en la capilla de Padley.

Robin asintió, con leve movimiento de cabeza. Lo cierto es que, centrado en las emociones de la caza, había pasado por alto su intención de hablar con Marjorie sobre el conflicto familiar que le enfrentaba a su padre. Sin embargo, había sido ella la encargada de fijar la cita y elegir el lugar más discreto para mantener una charla lejos de cualquier interferencia. Este detalle hizo comprender a Robin la importancia que ella le concedía a la continuidad y futuro de sus relaciones, a las que se había entregado por completo y sin la menor reserva.

Seguidamente, Marjorie guio su montura al encuentro con el resto de las damas para evitar que les vieran juntos más tiempo del necesario y dieran lugar a comentarios no deseados.

### III

Al atardecer, según lo convenido, Robin se dirigió a la capilla de los Fitzherbert, donde le aguardaba la joven al pie de uno de los ventanales de la fachada.

—Vamos, rápido, dime lo que ibas a contarme.

Robin procedió al relato de los dos episodios que le habían enfrentado a su padre e hizo referencia a la malograda nota de disculpa, que había terminado entre las cenizas del brasero.

—Desde aquel momento —aclaró Robin— no me ha vuelto a dirigir la palabra, salvo para quedar bien delante de los criados.

—¿Y tú has intentado hablar con él a solas?

—Sí, pero no respondía nada, hizo como si no me oyera.

Marjorie suspiró y se volvió hacia Robin.

—¿Le has contado algo de lo nuestro?...

—¿Que tú y yo nos queremos? Se lo dije... y me dedicó su más profundo desprecio. Su tono de burla me puso furioso... No pude contenerme y le respondí airadamente.

Ella suspiró de nuevo.

La situación era en verdad complicada y afectaba negativamente a sus perspectivas de futuro como pareja. La cuestión de fondo, que tanto agravaba las cosas, hacía referencia a las distintas posiciones religiosas que, de cumplirse los propósitos del señor Audrey, separarían a sus respectivas familias.

Con voz apenada, Marjorie resumió la situación:

—Vaya un desastre... Con lo sencillo y fácil que pudo haber sido todo...

Robin intentó, en vano, darle ánimos.

—No hables de desastre, no tiene por qué acabar así...

Unas lágrimas de dolor resbalaron por las mejillas de la joven. Robin continuó sus reflexiones con voz débil:

—Lo cierto es que ahora no se me ocurre nada. No sé qué decir, ni pensar, ni cuál sería lo más correcto para nosotros; solo tengo clara una cosa: te quiero con todo mi corazón.

Por toda respuesta, ella lo abrazó con fuerza, pero sin cesar en su desconsolado llanto.

Al cabo de unos momentos emocionados, sumidos en la tristeza, los enamorados se alejaron de los muros de la capilla hacia el lugar donde los invitados se despedían de sus anfitriones los Fitzherbert.

#### IV

Ya en el camino de regreso, Robin se mostraba tan deprimido y silencioso que era incapaz de seguir la conversación de su fiel criado Dick, que, ignorante de los problemas de su señor, comentaba algunos de los episodios más divertidos de la partida de caza. En cambio, sí prestó atención cuando se refirió a las recientes noticias relacionadas con las campañas de persecución contra los sacerdotes católicos, promovidas por las autoridades. Al parecer, dos de ellos habían sido ejecutados por su fe en los últimos días, uno en Londres y otro en Cornualles.

Impresionado por las noticias, Robin le preguntó por la suerte del señor Simpson, el sacerdote que acababa de officiar la misa del Alba en Tansley. El criado lo tranquilizó al respecto, puesto que, según los rumores, el señor Simpson había prometido regresar a la región para las celebraciones de la próxima Semana Santa. Después se refirió el buen Dick a las dificultades que amenazaban a los Fitzherbert por su condición de católicos, según le comentaron mientras los señores se dedicaban a la caza. El criado, hombre sencillo y trabajador, impresionó a Robin por su nobleza de sentimientos, al declarar con orgullo mantener su disposición a ser leal a su señor y, al mismo tiempo, fiel a su religión. En su interior, el joven no dejaba de preguntarse cuál sería la reacción de Dick al comprobar que la lealtad a su señor natural y a la fidelidad a la religión católica, que el buen siervo practicaba, habrían de resultarle incompatibles de ahora en adelante.

## CAPÍTULO QUINTO

### I

El señor Manners descansaba unos momentos en su despacho abrumado por una serie de ideas confusas que alteraban su mente y debía analizar debidamente. Con el fin de recuperarse de varias jornadas seguidas de ayuno riguroso, siguiendo los preceptos de la recién iniciada cuaresma, ese día disfrutaba de una abundante y apetitosa comida de refuerzo cuando, ya en los postres, primero su mujer y después su hija, le hicieron partícipe de tan graves noticias que acabaron con cualquier esperanza de una plácida digestión.

Apenas hacía unos minutos que Marjorie había derramado en su presencia un torrente de lágrimas, que él intento calmar con todo el afecto que se puede esperar de un padre en un caso semejante.

Los hechos a los que hicieron referencia le dejaron sumido en un mar de sensaciones y pensamientos contradictorios que debería ordenar antes de tomar la decisión correcta.

Para empezar, se había enterado de que su amigo el señor Audrey, a quien siempre admiró por el fervor y entusiasmo en la defensa de sus convicciones religiosas, acababa de rendirse al enemigo al solicitar su ingreso en la nueva fe protestante durante un acto que tendría lugar el próximo domingo de Pascua en la iglesia de S. M. la reina Isabel.

El señor Manners, educado por sus padres en los principios de la fe católica, había procurado, en las nuevas circunstancias, mantener una actitud discreta para no provocar las iras de sus enemigos, aunque sin faltar por ello a sus obligaciones con la parroquia. Asistía a misa con más o menos asiduidad procurando evitar los encuentros indeseados que pudieran perjudicar sus intereses. En algunas ocasiones, a ruegos de su mujer e hija, había dado albergue a sacerdotes perseguidos para evitar su detención y procesamiento. Los años de trabajo como abogado en el despacho abierto en Derby junto a su amigo y socio el señor Biddell, le habían hecho ganar justa fama de hombre honrado y

competente. Para él, la noticia de que el señor Audrey, uno de los mejores clientes del bufete, abjuraba de sus creencias, representó un duro golpe difícil de asumir.

En segundo lugar, resultaba que Robin, el hijo del señor Audrey, se negaba rotundamente a seguir los pasos de su padre, al rechazar cualquier propuesta de cambiar de religión.

Y, como resultado de lo anterior y, una vez consumada la ruptura familiar, alguien debería acoger a Robin, al menos hasta pasadas las fiestas de la Pascua de Resurrección. A renglón seguido, fue informado de que, según la vehemente opinión expresada por su mujer e hija, ese alguien debería ser el propio señor Manners. Al escuchar cómo Marjorie defendía la causa del muchacho, estaba seguro de que entre ellos había algo más que una simple amistad.

En tal caso, deberían ser prudentes, ya que, al intervenir en la disputa familiar, corría el riesgo de perder a uno de sus mejores clientes, a cambio de que su hija contrajera matrimonio con un joven desheredado y carente de futuro.

Vino a interrumpir sus cavilaciones, una media hora más tarde, la irrupción de Marjorie en su despacho con el rostro pálido y signos evidentes de haber llorado.

—Padre, vengo a excusarme por haberle dejado antes sin terminar la conversación.

La verdad es que, en ese momento, la joven no fue capaz de seguir hablando, ya que, ahogada por el llanto y perdida la voz, hubo de salir bruscamente del despacho paterno para refugiarse en su habitación.

—Lo siento mucho y le pido perdón.

—Ven aquí. Toma asiento y empieza de nuevo. Necesito estar seguro de entender bien todo lo que está sucediendo. Veamos: me propones que Robin se aloje con nosotros en esta casa. ¿Es así?

La joven tomó asiento al lado de su padre.

—Se ha enemistado con su padre por cuestiones religiosas. Vino a pedir mi opinión, me contó el caso y, dadas las circunstancias, me pareció oportuno ofrecerle nuestra ayuda.

—¿Y por qué Robin no me ha pedido ayuda a mí? Al fin y al cabo, también yo lo conozco y soy amigo suyo y de su padre.

Marjorie contuvo un sollozo, pero esta vez logró dominar su emoción y continuó hablando.

—Me lo ha contado a mi primero porque estamos enamorados, ha prometido casarse

conmigo y yo he aceptado. Aunque después de lo que ha ocurrido con su padre, no estoy segura de que mantenga su palabra.

—Pero ¿tú quieres casarte con él? —preguntó el señor Manners.

—Yo sí, de todo corazón. Pero me siento confusa... solo deseo cumplir la voluntad de Dios...

—Calma, calma, mi pequeña... Dime la verdad, ¿tú lo quieres?

—Sí, sí...

—Bien, hija mía... ¿Y él..., te quiere a ti?

—También.

—Entonces, debes casarte con Robin. Eso es lo importante. Ya buscaremos el mejor modo de arreglar las cosas.

—Gracias, padre. Me casaré con él siempre que, naturalmente, me lo pida como ha hecho hasta ahora... Se lo he contado también a mi madre, que me ha mostrado su acuerdo y apoya mi decisión. Aunque, por ahora, será mejor que mantengamos la calma para dar tiempo a que Robin, en función de cómo se desarrollen los acontecimientos cuando su padre cumpla el anunciado propósito de formar parte de la Iglesia protestante.

## II

Más calmados los ánimos y a la vista de la actitud favorable de los Manners, Marjorie decidió poner los hechos en conocimiento de su enamorado para evitarle la angustia de no disponer de alternativas a la posibilidad de ser expulsado de su casa. Se dirigió por carta a Robin para adelantarle la noticia de que sus padres le invitaban a celebrar con ellos la Pascua de Resurrección, aunque, no obstante, el señor Manners se lo comunicaría por escrito para dejar claro que se trataba de una decisión en la que estaba implicada la familia de forma oficial. Para mayor tranquilidad de Robin, Marjorie le explicaba en su carta que, después de informar a sus padres del amor que ambos compartían y de sus planes de contraer matrimonio, se habían mostrado de acuerdo y dispuestos a dar su consentimiento.

A pesar del cambio favorable que parecían haber tomado los acontecimientos, Marjorie no lograba serenar las emociones que perturbaron su mente los días anteriores. Le preocupaba, sobre todo, que su proyectada unión con Robin se acomodara a la voluntad de Dios, condición que, para ella, era más importante que su propia vida. De este modo confiaba en que, con la ayuda divina, Robin y ella vivirían su matrimonio en paz y seguridad, siempre de acuerdo con los principios y valores de la verdadera fe. En

realidad, ese era su mayor deseo.

Después de releer el escrito, llamó a Jack, su criado de confianza, y le dijo:

—Aquí te entrego esta carta. Entrégala sana y salva a su destinatario.

## CAPÍTULO SEXTO

### I

El día previsto para celebrar la ceremonia religiosa en la que el mayor terrateniente de Matstead, señor Audrey, iba a ser recibido como miembro de la Comunidad protestante local prometía convertirse en una jornada solemne. Es verdad que la fecha coincidía también con el Domingo de Pascua, pero esto era lo de menos para los expectantes vecinos del pueblo, ansiosos de novedades. Especialmente para el señor Barton, el clérigo de la parroquia, la fiesta litúrgica era un elemento que añadía un nuevo interés al acto central: la conversión del ilustre prosélito. El párroco había sido visto poco antes del amanecer por un anciano madrugador cuando, revestido con la sotana y el bonete reglamentarios, recorría las calles del pueblo para comprobar si los preparativos se habían llevado a cabo de la forma requerida para la gran solemnidad. La presencia del pastor fue seguida unos minutos más tarde por la de su mujer, pendiente de los últimos detalles.

A eso de las ocho de la mañana, los vecinos se fueron concentrando en distintos puntos estratégicos del lugar, unos situados a la puerta de sus casas, otros en las ventanas, y los venidos de las granjas cercanas, en zonas protegidas bajo cubiertas previamente instaladas en las esquinas. Algunos de los presentes recibían el saludo del pastor que, en sus apresuradas idas y venidas, transportaba desde la iglesia las especies de pan y vino que serían utilizadas en el momento de la comunión.

Debido a las prisas y las emociones del momento, no tuvo ocasión de presentar sus respetos a los cuatro o cinco guardias municipales y a las autoridades oficiales que estaban rodeados por un grupo de piqueros y alabarderos junto al artillero real. Cuando faltaba un cuarto de hora para las nueve, comenzaron a sonar las tres campanas de la torre de la iglesia, cuya intensidad fue creciendo a medida que el señor Barton se dirigía de nuevo a la iglesia bajo el sol primaveral, seguido por los fieles más devotos que entonaban las preces en voz alta y de los más recatados, quizá temerosos de posibles

disturbios.

Las campanas quedaron en silencio a las nueve en punto, cuando los que formaban parte del séquito accedieron al pórtico de entrada de la iglesia.

Allí, caminando en solitario, llegaba el hacendado con paso rápido y decidido. Aunque aparentaba gran firmeza en la expresión, su rostro denunciaba un revelador color rojo.

Sobre el vestido elegante y de buen corte, llevaba en la mano un bastón finamente labrado y lucía un collar al pecho, además del lujoso espadín al cinto que se cimbreaba al andar. Detrás de él caminaban tres o cuatro labriegos de sus fincas; a continuación un aparcerero con su mujer; y al final, a cierta distancia, varios espectadores curiosos. Cuando llegó, se hizo un silencio de muerte.

El murmullo de las últimas conversaciones cesó de repente. Hasta el eco de las campanas había dejado de escucharse. Tan solo resonaba el enérgico repiqueteo de las botas del hacendado sobre los adoquines. A la puerta de la iglesia remoloneaba una multitud de gente que miraba a su señor como si lo viesan por vez primera, olvidando incluso saludarle debidamente.

Al entrar, levantó la mano hacia la frente en gesto maquinal para la señal de la cruz, pero al advertirlo, la dejó caer a un lado del cuerpo. Después, se dirigió con aire resuelto al interior para ocupar el lugar reservado para él detrás del atril de las lecturas. Entró en silencio. El mismo silencio no dejaba de rodearle en todo momento y, también en silencio, se acomodó en el sillón asignado. Cuando, seguidamente, la multitud que había invadido el recinto se distribuyó entre los bancos, la voz rotunda del señor Barton elevó con fuerza en el aire una sentida plegaria en solicitud de la misericordia divina:

*«Siempre que un pecador se arrepiente y hace penitencia por su pecado en lo más profundo de su corazón, Yo borraré de su mente cualquier rastro de maldad», dice el Señor.*

## II

Aquellos que presenciaron los actos y se encargaron de transmitirlos de palabra con cuidado y detalle a los que no sabían leer y escribir, expresaron su extrañeza al observar con qué segura facilidad se comportaba el hacendado. Del asiento medio oculto, situado junto al atril de las lecturas, no surgió el menor sonido mientras permanecía sentado. Y durante las oraciones, que escuchaba de pie o inclinado, actuaba como si entendiera perfectamente su significado. Sobre la mesa, delante de él, se encontraba el gran libro de

plegarias, cuyas páginas fue pasando una y otra vez. Sin embargo, lo cierto es que el señor Barton había realizado bien su difícil tarea. Empezó la oración de la mañana con el rezo de los salmos, admoniciones y plegarias, seguidos de las palabras del nuevo rito de la comunión establecido por la jerarquía protestante, que se iniciaban y cerraban con un salmo. Las lecturas habían sido especialmente escritas por la jerarquía con el fin de ayudar a los laicos que no pertenecían al estamento clerical.

Pero todo estaba resultando sencillo ese día para un hombre que se había mostrado animoso y alegre durante la ceremonia. Allí se contemplaba, sin embargo, sentado o de rodillas, a un hombre que, hasta ese momento, era reconocido como un firme defensor del antiguo orden, de la fe tradicional; un señor influyente que tiempo atrás había servido de escudo protector de la doctrina, proclamado el valor del santo sacrificio de la misa dentro y fuera de su casa, por las calles y plazas del pueblo; amparado a forasteros de cualquier condición, nobles o plebeyos, siempre que se encontraran en grave riesgo de perder la libertad y hasta la vida; hombres y mujeres perseguidos por los sicarios del bando de la reina Isabel que encontraron siempre refugio seguro y generoso en su casa.

Pero aquella ceremonia aún no había llegado a su punto culminante.

El ministro oficiante se disponía a finalizar su homilía. Arremetió una vez más, con indignación, en contra las supersticiones de los papistas. Había elegido el acto de renuncia para aprovechar la ocasión y halagar los oídos de sus hermanos en la fe con palabras que serían bien acogidas.

Ofreció una oración en favor de los fieles devotos de la verdadera Iglesia de Cristo en la tierra, y en particular de los honrados servidores de Dios, Isabel, nuestra reina, que el Señor conserve muchos años como piadosa y justa gobernadora; seguidamente inició una oración destinada a cualquiera de los presentes que se considerara blasfemo, enemigo de Dios o negador de su Palabra... o bien se dejara llevar del vicio de la envidia. A todos ellos exhortaba al llanto y dolor por sus ofensas. Aconsejaba a los pecadores no acercarse a recibir los sacramentos con el corazón dañado, o bajo el dominio del demonio, como le ocurrió a Judas, el traidor...

Y así continuó el clérigo hasta el final, cuando procedió a la lectura de la versión inglesa del *Sursum Corda* con el prefacio de la Iglesia reformada, seguida de una oración dedicada a la institución del Santo Sacramento, pero sin incluir las palabras de consagración del pan y el vino. Después, tomó la patena y se detuvo unos momentos antes de aproximarse al lugar donde se encontraba el hacendado, para darle la comunión.

Según cuentan los cronistas encargados de difundir el acto, se pudo comprobar que el señor Audrey se mantenía sentado y sin arrodillarse, en contra de la práctica habitual

entre los católicos.

Aquella nueva forma de recibir el Cuerpo de Cristo no parecía resultarle extraña a pesar de que era el modo característico de los protestantes puritanos. A los asistentes que seguían la ceremonia en la distancia, les sorprendió la dócil actitud de su señor al que tantas veces habían visto recibir el sacramento de acuerdo con el ritual romano, de rodillas, golpes de pecho y la señal de la cruz.

Por un momento el pastor, situado ya delante del hacendado, pareció dudar sobre lo que debía hacer a continuación. Tomó la patena con su mano derecha y después un fragmento del pan en sus dedos. Pronunció unas palabras dirigidas al señor Audrey, cuyo rostro se tiñó de un intenso color rojizo, aunque sin perder la calma. Luego, cuando el oficiante le ofreció el pan, alargó los dedos con decisión y se llevó la forma a la boca rápidamente. De nuevo, cuando el ministro le presentó el cáliz, lo bebió con presteza y continuó en su asiento.

Después, el resto de los fieles recibieron la comunión, tomaron el pan y el vino y regresaron a sus bancos y todos ellos, uno por uno, dirigieron la mirada al hacendado, que permaneció inmóvil, estático y rígido como una figura de cera.

### III

Media hora antes de que comenzara el almuerzo en casa de los Audrey, los alrededores del lugar aparecían desiertos. En el ambiente flotaba un cierto aire como de tragedia, que embargaba el ánimo de los criados que presenciaron el ingreso del señor en la Iglesia protestante. Lo encontraban tan orgulloso y satisfecho de sí mismo, tras haber dado un giro tan radical a su forma de vida, que ninguno de aquellos corazones sencillos se hubiera atrevido ni siquiera a imaginar.

El hacendado llegó a la entrada de la casa, consciente del gran número de miradas concentradas en su persona, aunque sin acusar de forma visible el significado de lo que acababa de hacer. Siguió su camino con paso firme y el mismo aire de seguridad hasta desaparecer en el interior del vestíbulo. Luego, las agitadas prisas en los preparativos de la comida que se celebraría en breve y la llegada de los primeros invitados, hicieron olvidar las emociones del momento.

En primer lugar, apareció con evidente nerviosismo el criado Dick que se dirigió a la puerta principal. Calzaba las botas de montar con las que había cabalgado a Padley para regresar a primera hora de la mañana. Se disponía a cumplir su trabajo en compañía de dos criadas y el mozo de cuadra, quienes, al verle llegar, se apresuraron a desempeñar las tareas asignadas. El apagado rumor de conversaciones, alterado por el ruido de las

cacerolas, llegaba desde los ventanales de las cocinas, donde las criadas fisgonas, al percibir la presencia de Dick, desaparecieron con presteza. Aunque había cerrado la puerta, desde fuera se escuchaba el repicar de los cascotes de los caballos agrupados en torno a las cuadras.

El criado observaba desconfiado la llegada de los dos magistrados cuyos nombres había escuchado con asombro la semana pasada, que confirmaron el increíble rumor de la apostasía de su señor. Aquellos personajes, a pesar de su aire inofensivo, eran conocidos por su odio a la fe tradicional, fidelidad a la herejía protestante y suma crueldad al frente de los tribunales que en Derby condenaban sin compasión a los católicos. Al lado de Dick, se encontraba la venerable anciana, señora Marpleden, que había estudiado en el colegio de los Benedictinos en los tiempos del rey Enrique VIII, obligada ahora a dar la bienvenida a los herejes y a escuchar con paciencia sus instrucciones sobre el cuidado de sus caballos. Con el rostro crispado ante su presencia, no pudo evitar que unas densas lágrimas resbalaran por las arrugadas mejillas.

Conforme entraban los invitados, Dick, sombrero en mano, les franqueaba las puertas mientras agitaba la campanilla para reclamar la presencia de los criados.

Los dos jueces, que hablaban entre ellos, interrumpieron su charla para preguntar al criado:

—¿El señor se encuentra en la casa?

—Sí, señores.

Desmontaron y entregaron al chico las riendas. Uno de ellos le preguntó:

—¿Te hemos visto durante la ceremonia en la iglesia?

Dick, que se fingía muy ocupado con las sillas de los caballos, se hizo el desentendido y no respondió.

El magistrado le lanzó una mirada afilada como un cuchillo.

La jornada ofreció una extraña comida de celebración. En apariencia se trataba de una velada corriente, como las celebradas en cualquier otro domingo de primavera. Los tres caballeros, sentados en la mesa del comedor, sin lectores ni músicos para amenizar el acto, no encontraban tema de conversación. Los criados servían los platos y distribuían entre los invitados el asado de pierna de cordero, acompañada de tres o cuatro clases de vino, que podían elegir de acuerdo con sus gustos. Un discreto fuego ardía en la chimenea, mientras los brillantes rayos de una luz primaveral traspasaban las vidrieras para desvelar con sus reflejos las sombras de la habitación.

Sin embargo, bajo la apariencia de normalidad, se apreciaban otras sutiles, aunque

profundas, diferencias. Para los criados que atendían la sala con sus idas y venidas era como si el hacendado fuera otro hombre distinto y el comedor, un lugar desconocido. Habían notado la falta de la tradicional bendición de los alimentos, substituida por un murmullo ininteligible, así como el olvido de la tradicional elevación de la mano sobre los comensales. En su fuero interno, los criados pensaban, al mirar el rostro de aquel hombre al que sirvieron fielmente durante más de 16 años, que se encontraban frente a un personaje extraño y muy distinto al que ellos conocieron.

## CAPÍTULO SÉPTIMO

### I

Ese mismo día, en la mansión de los Manners en Padley, las celebraciones del domingo de Pascua de Resurrección se desarrollaron dentro de un ambiente humano y religioso por completo diferente a las ceremonias que tuvieron lugar tanto en la iglesia de Matstead como en la residencia de los Audrey.

A eso de las cinco de la madrugada, dieron comienzo los preparativos. Las diversas tareas se llevaban a cabo sin grandes alardes, con sencillez y discreción, pero de forma natural, dispuestos los señores de la casa a no llamar la atención desde el exterior, aunque Padley se hallara lejos de las poblaciones vecinas y era poco probable que se produjera una inspección por sorpresa de parte de las autoridades oficiales. Solo por mera precaución, situaron un hombre de confianza para vigilar el camino de acceso a la finca, que atravesaba el valle. En la puerta, un criado se encargaba de controlar a las personas que llegaban hasta del patio próximo a la entrada. A las seis de la mañana, alrededor de 120 personas ya se habían congregado en las dependencias de la mansión de Padley, antes de que se cerraran las puertas. Mientras tanto, en el interior de la casa, el señor Simpson, el sacerdote que presidiría los actos, se había dedicado a confesar desde las 4.30 de la madrugada a los fieles que lo solicitaron. A las seis de la mañana, se dio por finalizada la administración del sacramento.

Despejada la capilla, un grupo de damas de las familias de los Fitzherbert y de los Fenton se dispusieron a preparar la mesa del altar mayor, que cubrieron con un mantel de lino bordado, además de instalar ricos tapices a los lados y alfombras para cubrir escaleras y suelos. Poco tiempo después, las damas finalizaron su trabajo y todo quedó a punto para comenzar la celebración de la Pascua. El sacerdote, revestido con los ornamentos litúrgicos y rodeado de los acólitos, se dispuso a celebrar la Santa Misa. Para entonces, era tal el número de asistentes que faltaban plazas en los bancos y apenas disponían de espacio para arrodillarse. Las puertas de acceso a la capilla debieron

permanecer abiertas para que, desde fuera, y sentados en las escaleras de acceso a la planta superior, el resto de los fieles pudieran seguir las oraciones, aunque desde allí no alcanzaran a ver al sacerdote y apenas a entender sus palabras durante la homilía.

El señor Simpson pronunció un breve comentario sobre el significado de la Resurrección, mediante la cual Jesucristo demostró que la muerte, consecuencia del pecado de Adán, ya no tiene poder sobre el Hijo de Dios vivo, que nos conduce a los hombres, ya redimidos, a la Casa del Padre. Se refirió después al misterio del Cuerpo Místico de Cristo formado por todos los miembros de la Iglesia, incluyendo a los vivos y los que a través de los siglos gozan de la contemplación de Dios en el cielo. Es cierto que Jesús representa la figura del cordero víctima inocente, pero también el cordero de Dios vencedor de la muerte que nos da la Paz verdadera, contra la cual nada pueden las asechanzas del mundo. Para terminar, añadió unas palabras de ánimo a los fieles católicos para que no se dejaran ganar por el temor a los perseguidores, empeñados en desviarles del buen camino. Debían tener la seguridad de que, al mantener la fe, alcanzarían la corona final una vez llegados al cielo.

Acabada la Santa Misa, los asistentes se dispersaron por las amplias dependencias de la casa a la espera de la comida de hermandad organizada por los anfitriones para celebrar la festividad de la Pascua.

## II

En lugar apartado, lejos de la curiosidad de los invitados, Robin y Marjorie cambiaron impresiones sobre lo ocurrido en los últimos días y valorar de qué modo la actitud de su padre podría influir en sus proyectos de contraer matrimonio.

Desde el principio de la Semana Santa y con el permiso de los Manners, el joven había sido acogido en Padley como si se tratara de un hijo. En distintos momentos, durante las sobremesas o en las reuniones familiares, se comentaron ampliamente los sucesos de los últimos días, algunos de ellos ciertos y otros basados en simples rumores. Como es fácil imaginar, no podían faltar las referencias obligadas al cambio de religión del señor Audrey, cuya actitud hostil hacia su hijo acabaría por afectar, sin duda, al proyecto de futura vida en común de los dos jóvenes. En algún momento de las conversaciones, el señor Manners se ofreció, en el caso de que Robin no llegara a un acuerdo razonable con su padre, a admitirlo como socio en su despacho de abogado en Derby. También su amigo Anthony Babington le ofreció alojamiento en su casa de Dethick, al menos hasta que se aclarara de forma definitiva la posición del señor Audrey respecto a las relaciones con su hijo.

Por su parte, Robin confiaba en llegar a un acuerdo razonable que respetara sus

derechos hereditarios, cubiertos mediante una cantidad de dinero que sería acordada entre ellos, a cambio de abandonar definitivamente el hogar de la familia y evitar que el señor Audrey sufriera el acoso de las autoridades. Marjorie, que se hallaba presente en las conversaciones, guardaba silencio, aunque su madre la vio llorar en algunos momentos especialmente delicados. Tal vez la joven procuraba no expresar cualquier idea que pudiera interpretarse como un intento de influir en la decisión que, en definitiva, correspondía al propio Robin.

Sin embargo, en esos momentos de pausa, Marjorie parecía decidida a tratar el problema con franqueza, al preguntar abiertamente:

—Robin, me gustaría saber cómo están las cosas y qué piensas de nuestro futuro. ¿Has pedido consejo al sacerdote?

—He hablado con él y le he contado el caso. Pero como no acaba de verlo claro, no se atreve a darme su parecer. De todos modos, en medio de la confusión, solo tengo una cosa segura: Me he prometido contigo y para mí cumplir esa promesa es lo más sagrado del mundo.

Al escuchar sus palabras, Marjorie, con la voz rota por las emociones, respondió:

—Sí. Eso está muy bien. Pero hay cosas todavía más sagradas, como ser fieles al plan de Dios sobre nuestras vidas. Somos católicos y hemos de buscar ante todo el cumplimiento de la voluntad de Dios. En una palabra: si Dios no quiere lo nuestro, tampoco yo lo quiero, pero tu padre...

Robin, en un acceso de ira, no la dejó terminar la frase.

—¿Es que pretendes librarte de mí con eso de apelar a la Voluntad de Dios? ¿Me estás pidiendo que desaparezca de tu vida?

—Robin, por favor...

—Sí, dilo de una vez. Eso es lo que pasa. Quieres librarte de mí con la excusa de la Voluntad de Dios...

—¿De veras piensas eso de mí?

Al mirar de frente a Marjorie, Robin comprendió que se estaba mostrando injusto con ella. Al captar la intensidad de sus sentimientos recuperó la calma. Unas lágrimas de dolor empañaron sus ojos mientras un timbre de dulzura hizo que le cambiara el tono airado de la voz.

Inclinado sobre ella, tomó su mano en gesto de disculpa y con un beso mostró su pesar.

—Lo siento, Marjorie, pero es que no puedo soportar la idea de vivir lejos de ti...

### III

En esos momentos, llegó desde el exterior el sonido de una campanilla que llamaba a los invitados al banquete de Pascua. Para los asistentes, se trataba de celebrar el más solemne acontecimiento del año litúrgico: La Resurrección de Cristo. La gran sala había sido acondicionada con esmero. Los comensales fueron distribuidos por las tres grandes mesas engalanadas, donde se disponían enormes jarras de cerveza especial elaborada para la ocasión. Pequeños ramitos de flores situados junto a los platos daban un toque de color primaveral al conjunto. Antes de iniciar la comida, se procedió a la lectura de un párrafo del evangelio del día y, tras bendecir los alimentos, a una señal del dueño de la casa, los criados aparecieron con sus grandes bandejas repletas de sabrosos manjares.

En la cabecera de la presidencia aparecían, a un lado del señor Manners, el sacerdote que había oficiado la misa y al otro, su mujer y Marjorie. Al frente de la segunda mesa, los Fitzherbert y los Fenton ocupaban el lugar de honor, quedando el puesto de cabeza de la tercera reservado al joven y distinguido Anthony Babington.

La gente se comportaba con toda naturalidad y no parecían cohibidos a pesar de las medidas de control, de las puertas cerradas y de los vigilantes apostados en el exterior que velaban por la seguridad de los invitados. En realidad, eran conscientes de que esa precaria libertad era todo lo más a lo que podían aspirar y eso a costa de verse obligados por las autoridades a satisfacer pesadas multas debido a su condición de católicos.

Finalizada la comida, tomó la palabra el señor Simpson, el sacerdote que había celebrado la misa, quien, después de agradecer a todos su apoyo y solidaridad, les comunicó la triste noticia de que dos sacerdotes, en los últimos meses, habían sido sentenciados a muerte y ejecutados por negarse a renunciar a la fe católica. A juzgar por el silencio con que fueron recibidas, sus palabras causaron una gran impresión entre los invitados. Aunque las persecuciones de los funcionarios de la corona, las multas y condenas a prisión eran sanciones frecuentes a las que estaban acostumbrados, las condenas a muerte superaban los sufrimientos que habían soportado hasta ese momento. El señor Simpson les amplió algunos detalles sobre el primero de los casos, el hijo de sir Nicholas Nelson, un sacerdote al que conoció personalmente y por el que sentía gran afecto:

—Conducido ante el juez por sus delatores, quisieron obligarle a prestar juramento reconociendo la superior jerarquía de la reina de Inglaterra sobre la autoridad del Papa. El procesado se negó a obedecer la orden del magistrado, alegando que la voluntad de ningún soberano temporal puede prevalecer sobre la del representante de Jesucristo en la

tierra. A la pregunta de si apoyaba la teoría de que la Iglesia de Inglaterra y su cabeza visible, la reina Isabel, podían ser consideradas como herejes y cismáticas, respondió afirmativamente, motivo por el cual fue conducido a prisión, donde estuvo retenido varias semanas. Pasado el tiempo y de nuevo ante el mismo tribunal, la repitieron las preguntas de la vez anterior para comprobar si, atemorizado por la cárcel y la tortura, había cambiado de opinión. Al reafirmar su postura y declarar su lealtad a la Iglesia de Roma, el juez dictó de inmediato la sentencia de muerte. Mientras aguardaba la ejecución le visitaron en la cárcel dos pastores protestantes que intentaron en vano convencerle de que cediera a las demandas del tribunal y aceptara la supremacía de la reina. Se negó con firmeza a sus pretensiones y dejó claro que prefería morir en la horca antes que sufrir para toda la eternidad las penas del infierno.

Las autoridades dieron a la ejecución máxima publicidad de modo que, en el día previsto para el cumplimiento de la sentencia, una multitud de curiosos ocupaba la plaza donde se encontraba dispuesto el patíbulo, custodiado por guardias armados. Mientras era conducido al sacrificio, encomendaba su alma a Dios en voz alta y proclamaba su fe católica, rogando a los hermanos que intercedieran por su salvación eterna. Antes de ser ejecutado pidió perdón ante el público por las ofensas que hubiera podido cometer, incluyendo las referidas a la reina Isabel su soberana. Seguidamente, entre el silencio general, se cumplió la sentencia en nombre de Su Majestad.

El señor Simpson esperó unos minutos a que los murmullos cesaran para continuar su discurso.

—El otro mártir al que me he referido se encontraba todavía en el seminario a la espera de ser ordenado sacerdote. Acusado ante el tribunal permaneció durante seis meses recluido en la Torre de Londres. Fue sometido a torturas para que denunciara a sus amistades, informara sobre los lugares donde se celebraban las reuniones y misas de los católicos y los nombres de los sacerdotes que las oficiaban. Como los jueces no lograban sus propósitos, se ordenó que fuera aislado, cargado de cadenas y en total incomunicación del exterior, sin recibir visitas de familiares y amigos. Murió como un valiente, sin renunciar a sus principios, ni demostrar el dolor físico ante los malos tratos que hubo de soportar durante su cautiverio. Hemos de agradecer a esos dos sacerdotes santos su ejemplo y pedirles que intercedan por nosotros desde el cielo.

## CAPÍTULO OCTAVO

### I

Transcurrida la semana de Pascua de Resurrección en el hogar de los Manners, Robin tomó finalmente la decisión de regresar a su casa, dispuesto a llegar a algún tipo de acuerdo formal con su padre. Había aprovechado esos días para mantener varias conversaciones con el sacerdote y Marjorie en las que trataron de aclarar sus dudas sobre el mejor modo de llegar a una solución definitiva y aceptable para todos los implicados en el conflicto. Surgieron temas, como la vocación personal a la que se sentían llamados los dos jóvenes y su actitud a la hora de interpretar y seguir con fidelidad la voluntad de Dios. Ideas confusas se interferían en sus mentes, con los temores ante el futuro y escrúpulos de conciencia sobre cuál sería el modo de actuar con mayor rectitud.

Estos pensamientos rondaban la mente de Robin mientras, a lomos de su yegua Cecyl, atravesaba la aldea de Froggah camino de su casa en Matstead. A la puerta de la fonda para viajeros, se encontraban varios caballos ensillados al cuidado de un hombre al que reconoció como uno de los criados de su amigo Anthony. El mozo se dirigió al joven con el ruego de que se detuviera un momento.

—Esperábamos su llegada, señor. Mi patrón descansa en la posada y desea hablar con usted sobre un tema de su interés.

Al escuchar la conversación el propio Anthony, que apareció en la puerta de la fonda, le rogó a Robin:

—¿Puedes entrar un momento? Quiero hablarte de un asunto importante.

El joven descabalgó y, después de entregar las riendas al criado, siguió a su amigo hasta el interior del edificio, donde disponían de una salita no muy amplia pero bien acondicionada para mantener una conversación privada. Anthony, después de cerrar la puerta para mayor seguridad, se dirigió a su amigo.

—Me temo que traigo malas noticias para ti, Robin. Lo siento. Quizá haya cometido un error y te pido disculpas, pero se me ocurrió visitar a tu padre dispuesto a mediar en tu favor y el resultado ha sido horrible.

—¿Cómo dices? Cuéntame —exclamó Robin alarmado.

—Bueno, Robin, es que el señor Audrey, además de ser tu padre, era también un buen amigo mío. Me creí autorizado a visitarle para hacerle unas preguntas con el fin de aclarar hasta qué punto estaba dispuesto a llevar a término el cambio de religión del que me habías hablado.

Después de unos momentos de silencio, Robin le apremió:

—Por favor, no le des más vueltas y dime lo que ha pasado...

Al parecer y a juzgar por sus palabras, a Anthony le costaba creer que el señor Audrey llegara de verdad a cumplir su propósito de abandonar la fe católica, de modo que decidió aclarar sus dudas directamente y en persona. Sin comentar el plan con nadie, ni siquiera con Robin como principal afectado, cabalgó hasta la mansión de Matstead, donde era bien conocido, y solicitó entrevistarse con el dueño. Conducido ante su presencia, Anthony se negó a tomar asiento hasta que el señor Audrey respondiera a las preguntas sobre los rumores de su cambio de religión. Por toda respuesta, el señor de la casa montó en cólera y arremetió contra los jóvenes «cachorros mal criados que se dejaban aconsejar de presuntuosas “mosquitas muertas” carentes de la más mínima experiencia de la vida». Ante tales ofensas la conversación adquirió un tono de fuerte violencia, sobre todo cuando Anthony se refirió con voz alterada a la doblez de ciertos hombres traidores, cobardes y desertores, dispuestos a lamer las botas de los malvados que los oprimen. El señor Audrey, indignado, llamó a los criados para que expulsaran al intruso, medida a la que Anthony respondió llamando también a los suyos. Se generó así una gran tensión que pudo degenerar en un grave incidente. Los dos rivales parecían dispuestos a retarse a duelo, pero el joven, que no deseaba llegar a ese extremo, prefirió abandonar la sala y, de regreso, comunicar a Robin el incidente y aconsejarle que, en vista de las circunstancias, evitara el encuentro con su padre.

—Buena la hemos hecho, Anthony. Me has complicado la vida.

—Ya he dicho que lo siento, pero el problema no lo he planteado yo. En realidad, el disgusto de tu padre nace a partir del momento en que abandonaste el hogar para buscar refugio en Padley, durante la pasada Semana Santa.

—¿Eso te lo dijo así mi padre? —preguntó Robin.

—No. Pero sí me ha dejado claro que, de ahora en adelante, no permitirá que ningún papista forme parte de su familia y de sus tierras. Y eso te incluye también a ti.

—¿Pero te dijo expresamente que a partir de ahora en adelante a mí tampoco me permitiría la entrada en sus dominios?

—No lo expresó de forma tan radical, aunque era evidente, como se desprende de sus palabras, y estas sí salieron de sus labios, que ninguno de los que él llama «rebeldes» contra la religión de Su Majestad podrá permanecer en una mansión adscrita a la Iglesia protestante. ¡Ah!, por cierto. Se me olvidaba. Dick, vuestro criado de confianza, ha decidido abandonar la casa en la que ha servido tantos años.

—¿Cómo es posible? El bueno y fiel Dick...

—Lo he contratado yo, si no te parece mal, a no ser que te interese... Te ofrezco también mi casa. Vente a vivir con nosotros, habrá trabajo de sobra para todos.

Robin, pensativo, recorrió varias veces la salita a paso lento y firme, como cualquier persona que se dispone a tomar decisiones trascendentes.

—Lo cierto es que no puedo responderte de modo definitivo hasta hablar en serio con mi padre. A pesar de lo que me has contado, voy a volver a casa.

El joven recuperó su montura y enfiló el camino que conducía directamente a la mansión de los Audrey en Matstead.

## II

A un lado del portón de entrada le aguardaba su criado Dick, con gesto de profunda tristeza. Robin le susurró en voz baja:

—He oído que te marchas, ¿es cierto?

—Es cierto, señor. He llegado a un acuerdo con el señor Babington. Si me permite el consejo, creo que usted también debería hacer lo mismo.

En silencio, Robin, recorrió el camino de entrada hasta llegar al salón comedor, donde, en su sitio habitual, se encontraba sentado su padre con gesto serio. Sin apenas probar bocado y finalizada la cena, el señor Audrey se dirigió a la salita donde solían charlar después de comer. Robin, ante la fría actitud de su padre, no sabía qué hacer. Robin le siguió dispuesto a conversar abiertamente con él.

De forma brusca, el señor Audrey rompió el silencio:

—Así que me enviaste a tu amigo para que me insultara aquí, en mi propia casa...

Robin hizo un esfuerzo para mantener la calma.

—No, señor, en absoluto. La cosa no fue de esa manera. Me encontré con Anthony

de forma casual en Froggah, cuando me dirigía a verle a usted. Me contó lo sucedido y lo siento de veras.

Robin notó que se le aceleraban los latidos del corazón, aunque no perdió el control y permaneció sereno: ya no tenía miedo de su padre.

—Además, hemos de hablar de otro asunto de gran importancia, sobre todo para ti. Debes saber que a partir de ahora no estoy dispuesto a pagar las multas que te impongan las autoridades.

—¿Se trata de una represalia o de una amenaza para obligarme a seguir su ejemplo y ser admitido en la Iglesia protestante?

—Tómalo como prefieras —contestó su padre—. El hecho es el mismo. ¿Estás en condiciones de afrontar el coste de las sanciones? ¿O tal vez esperas que las multas las pague tu enamorada señorita Marjorie?

—No adelante los acontecimientos. En realidad, todavía no me han multado.

—No hablo en vano. El domingo de Pascua invité a cenar a dos magistrados de Matstead a los que expuse mi decisión de no atender las multas impuestas a mi hijo en rebeldía. Entonces, me respondieron, la responsabilidad recaerá exclusivamente sobre él.

—En tal caso, ¿le dijeron cuándo piensan proceder contra mí?

—En el momento que menos lo esperes. Para empezar, la primera sanción puede llegar en castigo a no haberme acompañado a la misa del domingo de Resurrección en Matstead.

—Ese día me encontraba fuera de la ciudad, invitado en casa de los Manners...

Robin, visiblemente molesto, se levantó dispuesto a dar por finalizada la conversación. Sentía crecer la ira en su interior y prefirió retirarse antes de pronunciar palabras ofensivas de las que podría arrepentirse después.

—Padre, creo que no debemos seguir hablando de esto... Para mí es un tema muy delicado y necesito algún tiempo antes de tomar una decisión.

El señor Audrey le lanzó una mirada desafiante:

—Bien. Te concedo de margen hasta la próxima festividad de Pentecostés.

### III

De regreso a la habitación, Robin se mantuvo despierto en la cama hasta poco antes del amanecer. Entre las últimas sombras y el silencio de la noche, se escuchaba el

repiqueteo de los cascos de varios caballos en el camino que atravesaba el valle. A juzgar por el ruido, debía tratarse de un grupo de tres o cuatro personas.

Un tanto preocupado ante lo extraño de la hora, saltó de la cama, se vistió en la obscuridad y abrió el ventanal justo cuando tres jinetes embozados se acercaban a la propiedad de los Audrey. Movido por un extraño impulso que no lograba dominar, abandonó sigilosamente la casa después de cruzar el patio que conducía al exterior. Siguiendo un sendero que rodeaba el pueblo, llegó a las tapias del cementerio que le sirvieron de escondite desde el que pudo mirar sin ser visto.

Era el momento de la alborada, cuando la suave luz del amanecer dibujaba la línea del horizonte, iluminaba los contornos del paisaje y, en este caso, las figuras borrosas de tres viajeros que llevaban a la grupa de sus monturas bolsas donde guardaban sus equipajes. Como se envolvían con gruesas capas de paño, Robin temió por un momento no llegar a distinguir sus caras. Sin embargo, cuando doblaban la esquina de la tapia que ocultaba la presencia del joven, uno de los jinetes retiró la capucha que le tapaba el rostro y pudo reconocerlo.

El hombre le habló a su compañero en voz tan baja que Robin no entendió las palabras, pero sí pudo asegurar que se trataba del señor Simpson, el sacerdote que había celebrado la misa del domingo de Pascua en la mansión de los Manners. La imagen de aquel valiente servidor de Dios que no dudaba en recorrer pueblos y ciudades para difundir el mensaje de Jesús a través de pueblos y ciudades, con grave riesgo de su vida, causó un gran impacto emocional en la conciencia de Robin, en el momento crítico donde se jugaba su futuro.

Aquella visión, que duró tan solo unos instantes, fue para él como si un relámpago iluminara su mente y destruyera las sombras que, hasta ese momento, inundaban su espíritu. Después de profundas reflexiones, Robin había llegado por fin a tomar la decisión definitiva sobre su futuro. Ya no necesitaba aplazar hasta Pentecostés el momento de dar una respuesta a su padre. Con paso firme y voz segura se dirigió a la habitación del señor Audrey, que todavía descansaba en su cama, y le dio a conocer su propósito:

—Padre, vengo a comunicarle mi respuesta: he decidido que voy a ser sacerdote.

Y acto seguido, sin pronunciar palabra, desapareció de su vista.

## CAPÍTULO NOVENO

### I

Esa mañana, cuando la señora Manners se encontraba todavía en la cama, su hija Marjorie irrumpió en la habitación con gesto preocupado. La mirada de sus ojos denotaba, a partes iguales, sentimientos contenidos de alegría y dolor. Incorporada en el lecho, la señora observó que su hija llevaba entre las manos trémulas un papel escrito. Marjorie debió de haberse levantado con prisas, ya que vestía el camisón de dormir sobre el que se había echado una bata.

—Robin me ha escrito una carta. Me dice que ha decidido hacerse sacerdote, madre. Agradece a Dios su vocación y le encomienda que cuide de mí.

Al terminar de hablar, Marjorie no pudo reprimir las lágrimas. La madre comprendió las emociones que agitaban el corazón dividido de su hija. Por un lado, se sentía triste al perder el amor de Robin y, por otro, admiraba su respuesta positiva a la llamada de Dios. Una vocación que, en cierto modo, venía a restablecer el equilibrio roto a causa de la apostasía de su padre. La decisión del joven podría considerarse como la respuesta a las oraciones de Marjorie para que, sobre todo, se cumpliera la voluntad de Dios en sus vidas. Sin embargo, la verdad es que, a la joven, conocedora de la sangrienta persecución que sufrían los católicos, le preocupada el futuro de Robin, cuando, ordenado sacerdote, se viera perseguido, encarcelado o, incluso, condenado a muerte. No dejaba de culparse, en el fondo, de haber influido en la decisión de Robin, tanto al haberle encomendado en sus oraciones, como por manifestarle al joven que el sacerdocio era la mayor gracia que Dios había concedido al hombre.

Con gesto abatido, Marjorie le entregó la carta a su madre.

—En realidad, madre, me siento responsable de esto. En algunos momentos le había insinuado que el sacerdocio era la meta superior a la que podía aspirar.

—Entonces, hija, es que no lo querías...

—¿Cómo puedes decir eso? No es cierto, madre...

—Bueno. Creo que, si de verdad le amaras, no le habrías hablado de la posibilidad del sacerdocio...

—Te equivocas, madre. El amor consiste en desear lo mejor para la persona amada, al menos así debería ser entre nosotros los católicos. —Con gesto de tristeza, Marjorie retiró la carta de manos de su madre y salió de la habitación.

## II

Los días anteriores a la anunciada visita de Robin, Marjorie alternaba los rezos fervorosos con escenas imaginarias, en las que el joven sacerdote unas veces aparecía revestido con los ornamentos para celebrar misa al pie del altar, y otras, recorriendo a caballo los caminos de Inglaterra dispuesto a cumplir su misión al servicio de Dios. Al final, recibía el premio de una vida de sacrificio con su entrada en la Gloria divina. Sin embargo, otras veces, se sentía anegada por la tristeza de haberle perdido y el fracaso de su propia vida, que sin Robin le resultaba vacía y carente de ilusiones.

Cuando, por la tarde, vio desde su ventana aparecer sobre unos arbustos del camino la cabeza de la yegua Cecily, los nervios se apoderaron de ella. Sin embargo, al recibirlo junto a la puerta de entrada logró serenarse y dominar los agitados sentimientos. Pasaron después al comedor, a la espera de servir la cena a la que se incorporó la señora Manners. En presencia de los criados las conversaciones se limitaron a comentar algunos sucesos triviales ocurridos durante los últimos días en las poblaciones vecinas.

Más tarde, los tres comensales salieron a disfrutar del cuidado jardín que mostraba su mejor aspecto en aquel luminoso mes de abril. Tomaron asiento en un banco situado en el parterre de los rosales que perfumaban el ambiente cálido de la noche.

Marjorie fue la primera en romper el silencio:

—Y ahora, Robin, si te parece, puedes hablarle a mi madre sobre la decisión que has tomado.

Con brevedad, el joven le puso al corriente de sus intenciones respecto al futuro.

Por intermedio del señor Simpson, se había dirigido por carta a un amigo del sacerdote que se encargaría de hacer llegar la solicitud de Robin a la persona responsable de la admisión de aspirantes al seminario.

—Dadas las circunstancias actuales, de tan gran dificultad —añadió la señora

Manners—, entiendo que las gestiones irán despacio y podrían alargarse hasta el próximo otoño, antes de que llegue la respuesta.

—Eso me temo, señora —confirmó Robin.

—Tal vez para entonces habrás renunciado a la idea del sacerdocio.

Robin se giró hacia ella y con gesto serio afirmó:

—Puede estar segura de que mi decisión es irrenunciable. Sabré esperar el tiempo necesario hasta recibir la admisión y me ordenaré sacerdote.

Con estas palabras la conversación parecía haber llegado a su fin. La señora Manners se despidió de Robin con el pretexto de atender sus tareas domésticas.

### III

Marjorie se levantó de inmediato y le habló a Robin con voz grave:

—A partir de ahora, no puedes olvidar que te vas a ordenar de sacerdote.

—¿Me estás diciendo con eso que ya no seré bien recibido en esta casa?

—Podrás volver siempre que quieras, pero solo como se visita a unos amigos.

Los dos jóvenes permanecieron unos instantes de pie, envueltos en la fragancia primaveral del jardín, conscientes de la nueva situación en que se encontraban.

Robin dirigió a Marjorie una mirada que ya no expresaba la ingenuidad adolescente, sino la recién estrenada gravedad del adulto.

—Tienes razón, Marjorie. Creo que ha llegado el momento de la despedida. Me marcho.

El joven dio media vuelta hacia la salida, mientras que Marjorie permanecía de pie en el jardín viendo cómo se alejaba.

## SEGUNDA PARTE

### CAPÍTULO PRIMERO

#### I

Marjorie, inclinada sobre el escritorio de su habitación, al escuchar el lejano repiqueteo de unos cascos de caballo que se aproximaban, dejó un momento la pluma sobre la mesa. Frente a ella se distinguían, a través del amplio ventanal, los matices de la débil luz de un otoño que anunciaba los rigores del ya próximo invierno.

Al dirigir la mirada hacia el exterior, vio cómo la cabeza de un caballo subía y bajaba de forma intermitente por encima de la verja y sobre los arbustos que rodeaban la finca. Cuando el jinete se detuvo ante la puerta de la casa, no le costó reconocer sus facciones. De forma involuntaria, le asaltaron a la mente los recuerdos del pasado. Con el pensamiento, retrocedió a los felices tiempos en que Robin, entonces su ferviente enamorado, la visitaba con cualquier pretexto, solo por el placer de disfrutar en su compañía unos breves instantes.

Habían transcurrido ya dos años desde que se marchó a Francia, para cursar estudios en el seminario católico de Reims. Le quedaban todavía alrededor de cinco años para ser ordenado sacerdote. Algo más de lo previsto ya que, según sus noticias, Robin no era un alumno especialmente aventajado. Durante ese tiempo, la joven había recibido algunas cartas de él. Tras el fallecimiento del señor Manners, ocurrido el pasado mes de junio, le escribió para comunicarle la triste noticia. La respuesta de condolencia le llegó dos meses más tarde, demora que no puede considerarse excesiva, teniendo en cuenta las distancias y las dificultades de las comunicaciones entre los dos países.

En sus escritos, los dos jóvenes procuraban emplear un lenguaje neutro e impersonal, sin entrar en detalles, ante el riesgo de que fueran interceptadas por los agentes encargados de perseguir a los católicos, a los que se tachaba de enemigos de Inglaterra y

de traidores a la Corona. De este modo, en el caso de que las cartas cayeran en manos extrañas, no facilitarían información sobre las actividades de los sacerdotes que operaban a escondidas en las regiones del norte. Conscientemente, se limitaban a comentar de forma escueta hechos banales y meras informaciones de carácter general o, en el caso de Marjorie, a dar noticias sobre eventos familiares o de la situación actual de amigos y conocidos del seminarista.

Pero esta vez no era Robin el caballero que, a lomos de su yegua Cecily, entraba eufórico en la residencia de los Manners. Se trataba de su amigo, Anthony Babington que, ya casado y padre feliz de una niña, vivía con su mujer en Dethick y era conocido en la región por la valiente defensa de sus convicciones católicas. Marjorie le recibió en la misma sala de estar donde tantas veces se había reunido con Robin. Como es lógico, ahora, tanto la persona como los temas a tratar nada tenían que ver con los encuentros anteriores. En efecto, como no tardó en aclarar Anthony, el motivo de la visita era consultarle un asunto reservado que debían abordar con la mayor discreción.

El recién llegado le informó de las novedades ocurridas recientemente. Un grupo de sacerdotes recién ordenados se trasladarían en los próximos días desde Francia a Inglaterra. Él era el encargado de recibirlos en Londres, con el fin de evitar que cayeran en manos de los espías de la reina y que, mediante malas artes, les ofrecieran ayuda para luego llevarlos presos ante la justicia. Anthony le pidió a Marjorie que le acompañara a la ciudad a conocer a los sacerdotes que más tarde, como en las anteriores expediciones, serían acogidos en su casa, convertida en centro de operaciones desde el cual se les indicaban las iglesias de la zona donde ejercerían su ministerio. A su parecer, sería de gran utilidad que los sacerdotes se relacionaran desde el primer momento con ella, para evitar las arteras maniobras de posibles enemigos infiltrados.

A Marjorie que, apegada a sus costumbres, nunca había abandonado sus tierras, le daba miedo emprender un viaje demasiado largo a una capital tan abigarrada como era Londres, por lo que se negó en principio a aceptar su propuesta. Lo más lejos que se desplazaba era a la cercana Derby, que ocupaba apenas el espacio de un pequeño barrio londinense. Cualquier otra distancia más alejada le parecía una aventura casi tan difícil como viajar a la Luna.

Pero ante su respuesta negativa, Anthony no pareció conformarse fácilmente. Insistió en el ruego. A su parecer, era fundamental que los sacerdotes conocieran a su anfitriona personalmente y se aprovechara la ocasión para cambiar impresiones y ponerles al día sobre los riesgos que deberían afrontar antes de que cada uno de ellos se dirigieran a las parroquias asignadas.

Para reforzar sus argumentos, Anthony utilizó un último recurso.

—No te he dicho que los sacerdotes vienen acompañados por dos jóvenes seminaristas.

Marjorie no pudo disimular su interés.

—¿Has dicho seminaristas?

—Sí —aclaró Anthony—. Además, a uno de ellos lo conoces bien, porque se trata de nuestro buen amigo Robin.

Marjorie no logró ocultar un leve sobresalto. Anthony, con parsimonia, extrajo una carta del bolsillo de su chaqueta.

—Por cierto, he recibido cartas tuyas. Una viene a mi nombre y la otra es para ti. Aquí la tienes.

Marjorie la tomó en sus manos, pero no se decidía a abrirla.

Anthony continuó hablando:

—Robin me dice que sentía añoranza de su patria y le han concedido un mes de permiso para regresar a su tierra y visitar a los amigos.

—Yo también he recibido algunas cartas de Robin, pero no me decía nada de volver —respondió Marjorie.

Al conocer el cruce de cartas entre Robin y Marjorie, Anthony se puso en guardia. Temía que, en el caso de haber sido intervenidas por los censores que vigilaban la correspondencia entre los católicos, pudieran haber facilitado datos que comprometieran su seguridad.

—Así que os habéis escrito. ¿Conservas las cartas? ¿Me permites que las lea? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Marjorie—. Voy por ellas.

## II

Al cabo de unos minutos apareció de nuevo la joven con un paquete de cartas unidas con una cinta.

—Aquí las tienes. Es toda nuestra correspondencia.

Anthony las tomó y añadió vacilante:

—Si no te importa, me las llevaré para verlas despacio y comprobar que no hay nada peligroso en ellas.

A Marjorie no le hizo demasiada gracia la propuesta, pero ya era tarde para volverse atrás.

—Claro que sí. Puedes disponer de ellas —dijo en tono neutro.

Anthony, después de retirar la cinta, echó un vistazo a la primera carta, escrita en un papel blanco dentro de un sobre grueso donde constaba el nombre de la destinataria: «Señorita Marjorie Manners» con la palabra «urgente» situada en la esquina superior. El contenido no presentaba, en principio, mayor problema. Robin se limitaba a describir algunas impresiones generales de su viaje desde Inglaterra a Reims. Mostraba entusiasmo por la suerte de haber llegado a un país católico, aunque se mostraba evasivo, al omitir nombres de personas y evitaba cualquier referencia de tiempo y lugar que pudiera ser de utilidad para orientar a los enemigos.

En otras cartas hablaba de sus fervientes oraciones por la conversión de los herejes de Inglaterra, al tiempo que añadía datos sobre algunas prácticas relacionadas con la liturgia de la Iglesia católica. En general, era cierto que no proporcionaban información detallada, pero sí demostraban que dos católicos practicantes, uno en Inglaterra y otro en Francia, se mantenían en frecuente contacto.

Al considerar este riesgo, Anthony pareció preocupado.

—Puedes llevarte las cartas para leerlas despacio —le ofreció Marjorie.

Anthony dudó un momento.

—No te preocupes —dijo Marjorie—; a mí también me interesa evitar cualquier tipo de problemas que pudieran dañar a nuestros amigos.

Anthony asintió y las guardó en su cartera.

—Bueno. He de marcharme. Perdona, se me olvidaba preguntarte por la salud de tu madre. ¿Cómo se encuentra?

—No del todo bien. Pasa gran parte del día en cama.

Marjorie lo acompañó hasta la puerta, pensativa. A punto de salir, se dirigió a su amigo:

—Espera un momento, Anthony. Le he dado vueltas a tu propuesta de viajar a Londres. ¿De veras te parece importante que te acompañe?

—Tu presencia es fundamental para nuestros fines. Esa es la razón por la que vine a verte —dijo Anthony.

—En tal caso, ¿cuándo nos iríamos?

—Dentro de una semana, creo.

—Lo he pensado mejor, Anthony, ya que me lo pides, cuenta conmigo. He decidido que iré. ¿Saldremos desde Derby?

—Sí. Viajaremos en compañía de mi hermana Alice, que conoce bien Londres y además vendrán con nosotros varios criados de toda confianza.

—Yo llevaría también alguno de mis sirvientes.

Más tranquilo, Anthony le dio las gracias y con gesto sonriente se dirigió a su caballo.

Con paso lento, Marjorie regresó a la salita. En el fondo hubo de reconocer que había aceptado la oferta de Anthony para tener ocasión de encontrarse de nuevo con Robin.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### I

Llegados a una colina desde la que se dominaba un amplio horizonte, Anthony señaló con la fusta en dirección al sur y declaró con cierto énfasis:

—¡Londres!

Marjorie, a su lado, asintió con la cabeza. Debido al cansancio acumulado al cabo de diez días de camino, apenas le quedaban fuerzas para demostrar la alegría de haber llegado a destino. El trayecto quizá se había demorado en exceso, pero se trataba de no forzar la marcha para no agotar las fuerzas de la inexperta Marjorie, que nunca se alejaba demasiado de sus tierras y no estaba acostumbrada a cubrir grandes recorridos. Durante largas jornadas habían atravesado aldeas, villas y ciudades y soportado las numerosas inclemencias del tiempo. Por las noches descansaron en las posadas al borde de los caminos o, con suerte, en confortables residencias de amigos de Anthony, donde fueron recibidos con amabilidad y recuperaron fuerzas. Les acompañaban los criados, uno de ellos el fiel Dick, antiguo asistente de Robin y ahora al servicio de Anthony. Completaban el grupo dos hombres vigorosos, armados hasta los dientes por si encontraban salteadores, proscritos dedicados al saqueo de viajeros. Afortunadamente, solo se habían cruzado con algunas partidas de cazadores que no les prestaron mayor atención.

En algunos momentos, a Marjorie el viaje llegó a parecerle interminable. El cansancio, debido a largas horas de cabalgada y noches en habitaciones extrañas, le provocaba un estado de soñolencia que le embargaba los sentidos y le hacía añorar las comodidades del hogar. Se trasladaba con la imaginación a la confortable salita de su casa, donde pasaba las horas entre las amenas charlas con su madre y el bordado de los tapices.

A pesar de todo, agradecía haber encontrado en Alice, la hermana de Anthony, una

amiga sincera que le prestaba ayuda en los momentos difíciles. Las atenciones que le dedicaba le hacían olvidar sus penas y recuperar el buen humor en sus charlas con el resto del grupo, al mostrar su interés por conocer los lugares pintorescos y la historia de los pueblos que atravesaban. Alice, diez años mayor que Marjorie, era una mujer fuerte, activa y animosa, que había viajado por toda Inglaterra y visitado Londres en varias ocasiones. Para distraer a la pasajera le informaba sobre la gran extensión y numerosos atractivos de la ciudad a la se dirigían.

Marjorie se había dado cuenta de que Alice cuidaba de su hermano menor, Anthony, con la ternura y dedicación de una madre con su hijo. Procuraba respetar su libertad y se mantenía discretamente al margen de los asuntos más delicados de su hermano, consciente de que se ocupaba, en ocasiones, de actividades que, dadas las circunstancias, implicaban graves riesgos para su vida. Por otra parte, respaldaba abiertamente sus creencias, convencida de que ninguna persona en su sano juicio podía profesar otra religión que no fuera el catolicismo. Estaba segura de que las persecuciones violentas de esos años contra los fieles terminarían definitivamente cuando la reina Isabel fuera desplazada del trono de Inglaterra.

Por fin, después de superar diez jornadas de marcha, una mañana los viajeros se detuvieron en la cima de un cerro desde el que divisaron a lo lejos las agujas de las torres de Westminster y de la City.

## II

Horas más tarde, el grupo llegaba a los primeros edificios de los suburbios hasta adentrarse en las calles de la populosa ciudad. Al atravesar un elevado arco abovedado, desembocaron en una plazuela donde se encontraron ante la gran puerta de una posada identificada con el rótulo «Red Bull». Desde allí, fueron conducidos hasta un patio destinado a los establos de las caballerías. Anthony se puso rápidamente en marcha. Después de cumplir las formalidades oportunas, reapareció seguido del posadero, quien dirigió a los presentes con gesto amable para desearles feliz estancia.

Era un hombre alto, de buen porte, mediana edad y sin barba que les saludó cortésmente y los llevó a un ala separada del edificio central que Anthony había reservado para ellos.

Además de un dormitorio para Anthony y otro de mayor tamaño para las damas, el apartamento disponía de un saloncito y un recibidor con entrada independiente. Las habitaciones les parecieron limpias, cuidadas y amuebladas con buen gusto. Una empleada había encendido el fuego en la chimenea de la sala y preparado una elegante

mesa cubierta de manteles finamente bordados.

Alice y Marjorie se retiraron para arreglarse y cambiar la ropa de viaje por otra de mejor aspecto, antes de sentarse para la comida. Anthony, en cambio, que conservaba el atuendo informal, apareció con un fajo de las cartas que le había entregado el posadero llegadas a su nombre con anterioridad.

—Empezad a comer vosotras, he de leer la correspondencia y resolver algún asunto pendiente. No tardaré en volver.

Ya habían acabado de cenar las damas cuando apareció de nuevo Anthony con aspecto satisfecho.

—Hemos sido doblemente afortunados —les dijo—. Por un lado, las cartas nos informan de la inmediata llegada de los sacerdotes, prevista para mañana. Por otro —Anthony bajó el tono de voz—, me he encontrado con una sorpresa: nada menos que el padre jesuita Edmund Campion se aloja en esta misma posada. Llegó hace tres días y antes he coincidido con él de forma casual. Ha prometido saludaros y pasar un rato de charla con nosotros después de la cena.

Marjorie, impresionada, se reclinó un momento en la silla. Apenas daba crédito a lo que había oído. Le parecía increíble estar a punto de conocer al predicador católico más famoso de Inglaterra. Su oratoria era tan magistral, que hasta los mejor dotados teólogos protestantes le temían.

Gracias a su habilidad para esquivar a los perseguidores, lograba aparecer y desaparecer a voluntad sin que, hasta el presente, hubiera sido capturado. Su dominio de las Sagradas Escrituras le había ganado una gran reputación de erudito, capaz de convertir a su causa «hasta a los pájaros que le escucharan posados en las ramas de los árboles». Se decía de él que, si accediera a formar parte de la Iglesia protestante, la reina Isabel no dudaría en ofrecerle el obispado de Canterbury. Pero, ante la firme negativa del sacerdote, nada de eso parecía posible. Campion era el gran héroe defensor de los católicos. Sembraba el fuego del amor de Cristo en el alma de sus adeptos, desde los campesinos hasta los caballeros y reforzaba la fe con su palabra allí por donde pasaba. A su lado aparecía en algunas ocasiones el padre Pearsons, otro famoso predicador que secundaba sus doctrinas de modo que, cuando los dos coincidían en algún acto, los pastores protestantes perdían toda su influencia sobre el pueblo.

—Campion solo va a coincidir con nosotros en la posada cuatro días más —dijo Anthony—. Es su táctica para despistar a sus perseguidores: no quedarse mucho tiempo en un solo lugar. Por ejemplo, nadie sabe ahora, aparte de nosotros, dónde se encuentra. Además, no se viste de sacerdote y se oculta bajo el nombre falso de «señor

Edmonds»[1].

### III

Justo cuando acabaron de cenar, se oyó un golpe suave en la puerta y un hombre entró sonriente. Llevaba ropa de noble aristócrata provisto de sombrero y espada. Era más joven de lo que Marjorie suponía. Quizá no llegaría a los 30 años. De estatura media, pelo castaño, largo y recogido hacia atrás, sus ojos grandes brillaban al compás de una voz bien timbrada y de los ágiles movimientos de las manos. Sus modales y forma de hablar eran los propios de un caballero de educación esmerada y nadie hubiera pensado que se trataba de un sacerdote. Más bien parecía, por su aspecto distinguido, un personaje de la corte real. Después de las presentaciones y saludos de rigor, el visitante se dirigió a sus nuevos amigos después de mirar a su alrededor.

—Bonitas habitaciones, señor Babington.

—Se las debemos a Robert, el dueño de la posada —explicó Anthony—; es una persona de toda confianza que nos ofrece un sitio seguro, a cubierto de visitas inoportunas.

Campion asintió.

—Sí. Es un buen conocedor de su negocio, lo lleva con esmero y nunca hace preguntas sobre la procedencia o las ideas de sus huéspedes.

Al principio, la conversación se limitaba a ligeros comentarios sin importancia. Campion, dirigiéndose a Marjorie, opinaba que las damas residentes en las zonas rurales debían también conocer las grandes ciudades. A tal efecto, se ofreció para acompañarlas al día siguiente a dar un paseo por las orillas del Támesis, siempre que hiciera buen tiempo. Con gusto las guiaría para visitar algunos de los monumentos de la capital. No habría problemas. Pensaba que la mejor manera de pasar desapercibido era caminar con naturalidad entre la multitud y mezclado entre la gente.

—Al contrario —afirmaba—. Si me oculto en algún lugar y camino por las calles con aire temeroso, no tardaría en ser localizado y detenido. Pero si, por casualidad, me encuentro... pongamos por caso al terrible señor Topcliffe[2], le saludo con todo afecto y después le invito a comer, entonces puedo asegurarles que me encontraré a salvo.

Al escuchar el nombre del sanguinario Topcliffe, Marjorie no pudo reprimir un gesto de ansiedad. Anthony, al ver su extrañeza, confirmó los temores.

—Sí. El padre Campion se refiere al que llaman el «verdugo de la Torre de Londres», encargado de interrogar mediante horribles torturas a los desgraciados que

caen en sus garras.

Marjorie sintió un escalofrío, pero el sacerdote siguió hablando como si tal cosa.

—Parece que mañana tendremos buen día. Si lo desean, puedo acompañar a las damas a visitar Westminster.

—Me parece bien —terció Anthony—, pero antes debo recordar que deberemos estar atentos a la hora de llegada de los sacerdotes que vienen de Reims.

—¿De Reims? —preguntó Champion sorprendido.

—Sí —le aclaró Anthony—. Esperamos a diez personas que han viajado desde Francia. No todos han sido ordenados sacerdotes. Uno de ellos es todavía seminarista, lo conocemos desde nuestros tiempos en Derbyshire.

—No conocía la noticia.

Anthony le amplió detalles.

—Algunos de ellos han venido otras veces a Inglaterra y se vieron obligados a escapar cuando se encontraron en peligro. Uno de ellos es el señor Ballard.

—Ah, sí —dijo Champion—, le conozco. Para evitar problemas se hace llamar capitán Fortescue.

#### IV

Retiradas a sus habitaciones y a pesar, o tal vez, debido al excesivo cansancio acumulado, Marjorie no lograba conciliar el sueño. Apenas conseguía dominar los nervios, después de tantas novedades y de haber tenido la ocasión increíble de conocer en persona al que estaba considerado como el sacerdote más prestigioso del momento.

A su lado, en el silencio de la noche, se escuchaba la respiración acompasada de su amiga Alice, que no parecía afectada por las fatigas del viaje a las que se sumaba el monótono rechinar de los cascos de los caballos al rozar las piedras del camino. Por un momento su imaginación se detuvo en el recuerdo de Robin. Dentro de unas horas se encontrarían de nuevo los dos allí, en Londres, la capital del reino donde gobernaba S. M. la reina Isabel. Donde las patrullas nocturnas se paseaban con antorchas en busca de fugitivos. Donde la altura de la Torre de Londres se perfilaba con su aire siniestro.

Al sentir la proximidad del lóbrego edificio, Marjorie fue consciente del peligro que les acechaba a todos, con una intensidad mucho más fuerte que cuando, al amparo de las lejanas colinas de su Derbyshire natal, consideraba la distancia a Londres como garantía de seguridad a cubierto de las amenazas contra los católicos. Había quedado

impresionada por la firmeza y el valor con que se comportaba el padre Campion y, en aquellas circunstancias, se preguntaba si, llegado el momento, Robin sería capaz de actuar de la misma forma.

Con estos pensamientos, Marjorie se fue quedando dormida lentamente. Las escenas del viaje y de su llegada a Londres le llenaron la mente y lo último que le vino a la cabeza antes de dormirse definitivamente fue el nombre del verdugo de la Torre, sir Topcliffe.

## CAPÍTULO TERCERO

### I

La mañana siguiente amaneció con una temperatura agradable, lejos de los fríos del invierno, ya inminente. La lluvia caída durante la noche anterior había despejado la bruma y limpiado el aire que ahora aparecía diáfano y dejaba pasar los rayos del sol. En las orillas del Támesis, crecido por las aguas en marea alta, se afanaban los marineros que aparejaban sus botes para atravesar el río o transportar pasajeros de un lado a otro.

Muy temprano, el pequeño grupo abandonó la tranquilidad de la posada, en dirección al centro de Londres. Después de recorrer algunas callejas ascendieron por la ligera elevación que desembocaba en la tristemente famosa «Torre de Londres». Marjorie caminaba al lado del padre Champion y unos pasos por delante de Anthony, que llevaba del brazo a su hermana Alice. Cerraban la marcha los dos criados de los Babington, que les habían acompañado desde Derbyshire.

Marjorie observaba con curiosidad y extrañeza la abigarrada multitud que circulaba, como incesante marea, por la ciudad. Hombres y mujeres de toda condición se apresuraban por calles y plazas sin apenas reparar unos en otros. Por aquí circulaban los pomposos dignatarios vestidos con pieles costosas que se alternaban con guardias reales de uniformes llamativos y penachos de plumas. Más allá, cortesanos ceñidos por amplias capas marchaban presurosos a cumplir las tareas encomendadas. De repente y, apenas sin darse cuenta, como remate urbano al fondo la ciudad, ante ellos se alzaba orgullosa la «Torre de Londres».

Entre el silencio y el temor, permanecieron mudos ante el monumento, hasta que se impuso la voz del padre Champion:

—Recordemos que ahora, en estos momentos, dentro de los muros de esa Torre se encuentran numerosos prisioneros encarcelados por su condición de católicos. Sin embargo, el mayor número de ellos se concentra en las mazmorras de Fleet o de

Marshalsea. Aquí los trasladan en la fase final, para ser juzgados y finalmente glorificados con el martirio. En este lugar fueron ejecutados grandes personajes, como sir Tomás Moro y el cardenal Fisher, simplemente por el delito de mantenerse fieles al Papa de Roma.

Marjorie observaba con interés el conjunto de edificios que rodeaban la Torre, verdadero símbolo de las instituciones de la justicia inglesa. Campion señalaba con la mano extendida algunas particularidades notables.

—Esa es la puerta que atravesaron los mártires y aquellas, las ventanas a las que se asomaban a la espera de la muerte.

Aún meditaba el sentido de sus palabras, cuando Marjorie vio, asombrada, cómo Campion, de forma súbita, se dirigía al lugar donde se encontraba el cuerpo de guardia encargado de custodiar a los presos y, con gesto inocente, les solicitaba permiso para entrar en el recinto acompañado por el resto del grupo y echar un vistazo a las instalaciones.

## II

Junto a los demás, recorrió Marjorie, no sin cierta aprensión, el estrecho sendero que rodeaba la muralla y desembocaba en el patio que ocupaba la zona central del recinto. Le llamó la atención un amplio espacio vacío cercano a la pequeña capilla que se hallaba junto al edificio de la Torre.

Al percibir en el rostro de la joven un gesto interrogante, Campion se volvió hacia ella y asintió:

—Sí, señorita Manners, ahí es donde se levanta el cadalso donde se sacrifica a los condenados a muerte.

Después la tomó del brazo y le fue explicando la función asignada a cada uno de los edificios que rodeaban la Torre. Uno de ellos, de considerable tamaño, se destinaba a los interrogatorios de los procesados, que llevaban a cabo los guardias judiciales. A la derecha, quedaba situada la gran puerta llamada de «los traidores» a través de la cual, según explicó el sacerdote, eran introducidos los sentenciados por el delito de «Alta Traición» que desembarcaban directamente desde el muelle del Támesis, habilitado al efecto.

A continuación, señaló la citada puerta por la que se accedía a la Torre.

Anthony se acercó.

—Entre esas paredes comienza la pasión de nuestros mártires. El Consejo Real se

reúne para interrogar a los detenidos, una vez que los guardias les han tomado declaración.

De forma brusca el señor Campion interrumpió la conversación. Se giró en redondo para dirigir la mirada al exterior. Un hombre de andar decidido había entrado en el patio. Era alto y vestía ropas de color oscuro. Llevaba una barba recortada y una gran espada al cinto.

Con prudencia y sin apresurarse, Anthony tomó a su hermana y a Marjorie del brazo y se encaminó lentamente al pórtico de la capilla.

Por el contrario, Campion se acercó al desconocido, con el evidente propósito de dirigirle la palabra. En efecto, al llegar a su altura se vio cómo intercambiaron algunas frases.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Marjorie alarmada.

—Es Topcliffe —respondió Anthony.

### III

Al regresar, Campion les informó sobre el tema de la conversación. Le había explicado al adusto personaje que eran un grupo de visitantes recién llegados desde muy lejos, interesados en conocer los lugares históricos de Londres. Solicitaba su permiso para que les autorizara, si fuera posible, a recorrer algunas de las dependencias de la Torre. Como era de esperar, la respuesta inmediata de Topcliffe había sido un claro y contundente NO.

—No se extrañen ustedes. Procuero observar de cerca a los que considero mis peores enemigos. Siempre me ha gustado conocer en directo el riesgo al que me enfrento.

Finalizado el recorrido, se dirigieron al muelle más cercano del río para embarcar en una lancha que les llevaría hasta Westminster. Durante la travesía, Campion les informaba sobre la historia de los edificios más relevantes que se levantaban en ambas orillas del río.

Marjorie apenas le escuchaba, sometida a una gran tensión emocional. Estaba pensando en el rostro cruel del verdugo Topcliffe, con el temor de que, tal vez algún día, fuera el encargado de ejecutar la sentencia de muerte contra Robin.

Repentinamente, varios de los trabajadores afanados en los muelles abandonaron su trabajo y, a la carrera, se dirigían hacia una de las calles cercanas. Al observar que se guardaba un cierto orden, pensaron que no debía tratarse de una algarada o trifulca entre bandas rivales.

Al contrario, más bien la multitud daba muestras de saber hacia dónde se encaminaban con tanta prisa. Pronto se aclaró el misterio, cuando en la distancia se escuchó el lejano toque de una trompeta que era bien conocido por los habitantes de Londres. Aquellos sonos vibrantes anunciaban el paso del carruaje de S. M. la reina.

No se trataría, posiblemente, de algunos de los grandes desfiles oficiales al frente de heraldos con banderas y caballeros en traje de gala, que precedían a largas filas de carrozas bellamente enjaezadas, pero al menos sí parecía un acto que mostraba al pueblo el esplendor de la Corte.

#### IV

Dispuestos a presenciar el espectáculo, los viajeros descendieron del bote y, siguiendo las indicaciones de Campion, atravesaron una calleja lateral hasta llegar ante una puerta provista de aldaba, que permanecía cerrada. El sacerdote movió ligeramente el llamador para no atraer la atención de los vecinos. Minutos más tarde un hombrecillo de aspecto amable, que saludó efusivamente a Campion, les franqueó la entrada y, una vez aclarado el motivo de la visita, les fue indicando el camino hasta desembocar en un balcón alargado que ocupaba toda la fachada del edificio y daba al exterior de la calle por donde no tardaría en desfilarse el cortejo real. El mirador se había edificado en el segundo piso y estaba asentado sobre la planta baja con unas sólidas vigas de roble.

La galería quedaba protegida por una barandilla de hierro sobre la que Marjorie apoyaba los brazos, muy atenta para no perderse detalle.

Aunque, hasta ese momento, no habían aparecido los oficiales de la reina encargados de mantener el orden, el cada vez más cercano sonido de las trompetas anunciaba la llegada inminente del cortejo real. Por fin, ante las órdenes de los guardias, los espectadores se agruparon disciplinadamente en las aceras de ambos lados de la calle para dejar el paso libre a la comitiva. No tardaron en aparecer los primeros escuadrones de nobles caballeros, vistiendo uniformes de vistosos colores con sus monturas enjaezadas con gualdrapas de gala. Detrás, un destacamento de la guardia real provista de cascos de acero bruñido que brillaban al sol de la mañana, precedían a la carroza real, flanqueada por bellas damas de honor a lomos de caballos moteados de color gris. La reina Isabel, reclinada sobre mullidos almohadones de raso carmesí, ocupaba en solitario el fastuoso carruaje, tirado por cuatro caballos que marcaban con sus patas el ritmo lento y pausado requerido para la ocasión. El aire se llenó de los gritos entusiastas de los súbditos que saludaban a su soberana con fervor desde las aceras y ventanas.

La lealtad a la reina era un sentimiento popular tan fuerte y espeso que casi se podía tocar. Desde su improvisado trono, Isabel saludaba sonriente y agitaba la mano diestra,

cubierta por unos delicados guantes de encaje, para corresponder a las aclamaciones de sus fieles vasallos.

Marjorie tuvo entonces ocasión de contemplar de cerca los rasgos de la reina, a escasos metros de donde ella se encontraba. Pudo apreciar la suavidad de su afilado rostro, de piel muy blanca, así como el perfil de unos ojos pequeños enmarcados por cejas altas bajo la frente ancha, que terminaba en larga cabellera de color castaño claro, recogida en lo alto por una elegante diadema de piedras preciosas. A pesar de la sonrisa, lucía una mirada penetrante como una daga de acero, expresiva de la frialdad y extrema dureza del poder omnímodo de la Corona, que ella representaba, sobre la vida y la muerte de los súbditos. Cuando hubo finalizado el paso del cortejo, Campion, después de oír el trote de los últimos caballos que se alejaban y no sin cierta ironía en la voz, exclamó:

—¡Dios Salve a la Reina!

## CAPÍTULO CUARTO

### I

Retirada en su habitación de la posada, Marjorie, con las imágenes todavía recientes de la visita a la Torre y el desfile real, escuchó la voz de Alice que le anunciaba la llegada de los sacerdotes.

Al entrar en la salita y aunque Robin la saludó con una amable inclinación de cabeza, se dio cuenta de inmediato del gran cambio que se había producido en él. Le resultaba difícil describir con palabras en qué basaba su impresión, porque se trataba de algo indefinible que afectaba más al interior de su alma que al aspecto exterior. En realidad, al observar la figura de Robin, se percibía en sus gestos la presencia de un alma sacerdotal. Tanto en su actitud como en el porte y tono de voz, le parecía encontrarse frente a otra persona. Ya no era aquel muchacho indeciso y lleno de dudas que buscaba el consejo de sus amigos, sino un hombre seguro de sí mismo y dueño de su destino.

Marjorie había acudido a reunirse con el grupo de los sacerdotes que habían sido recibidos con muestras de afecto por Anthony. También Campion se interesó en cambiar impresiones con los recién llegados, algunos de los cuales, más veteranos, era conocidos suyos. Robin se encargó de presentar uno a uno a sus compañeros, ante Marjorie, que procuraba fijar en la memoria tanto los nombres como sus rasgos, teniendo en cuenta que sería su anfitriona y protectora cuando se trasladaran al norte de Inglaterra para atender a sus feligreses.

Campion dedicó encendidos elogios a la generosa ayuda que prestaba Marjorie a los sacerdotes del centro y norte de Inglaterra, acogidos en su casa. También puso de relieve el mérito y valor que demostraba la joven al arriesgarse a sufrir el acoso de las autoridades, dispuestas a encarcelar a cualquiera que colaborara con los denominados «rebeldes y traidores papistas».

Acabadas las presentaciones aprovechó una pausa para hablar un momento a solas

con Robin.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Muerto de cansancio. Desembarcamos en un puerto de la costa para evitar los controles y llevamos cabalgando desde el amanecer.

—¿Y tú estás bien? —preguntó Robin—. ¿Qué tal les va a los sacerdotes por aquí? ¿Han mejorado las cosas?

Marjorie le explicó que las persecuciones continuaban. Sin embargo, los católicos, más conscientes del peligro, se habían ido organizando para esconder a los fugitivos que prestaban sus servicios en cada uno de los condados o distritos donde operaban. Los fieles que disponían de medios no dudaban en ofrecer sus casas, abiertas siempre a disposición de los fugitivos. Los itinerarios y rutas que utilizaban los sacerdotes se distribuían entre las parroquias con mensajes cifrados que Marjorie enviaba a través de correos voluntarios encargados de informar discretamente a los católicos dispuestos a mantener su fe a toda costa. La red dirigida por Marjorie desde su residencia abarcaba alrededor de una docena de sacerdotes que recorrían numerosas ciudades y pueblos de las comarcas vecinas.

Mientras la joven cambiaba impresiones con Robin, no podía evitar que un cierto rubor coloreara sus mejillas. Sin embargo, y a pesar de que, en algunas ocasiones, las imágenes del pasado se apoderaban de su mente, jamás olvidaba la realidad: Que Robin, fiel a su vocación y pese a no haber sido ordenado, había pasado a pertenecer por completo a Dios.

Marjorie comprendió en toda su profundidad la idea de que Robin, aquel joven enamorado que la cortejaba hacía tan solo dos años, había desaparecido, dejando paso, en su lugar, al nuevo «señor Audrey», serio y comprometido con sus votos, que la trataba como a una más de las personas desconocidas que se encontraban reunidas en aquel salón.

En un extremo apartado cambiaban impresiones con aire de conspiradores el fogoso Anthony, el moderado Campion y el aguerrido «capitán Fortescue», mientras Alice, la hermana de Anthony situada en el centro, daba conversación a todos con su habitual desparpajo. Al mirar en dirección al grupo, Marjorie pensó que aquel extraño capitán Fortescue presentaba más bien aspecto de militar que de sacerdote. Al comunicarle su impresión, Robin le aclaró que tal vez se debiera a que, dadas las circunstancias y en su papel de director del grupo, debía impartir órdenes estrictas al resto de sus protegidos. Sin embargo, Robin había percibido ciertas diferencias de opinión entre Fortescue y Campion respecto a la actitud de los católicos frente a las persecuciones a las que se veían sometidos los fieles en aquellos tiempos.

## II

Media hora más tarde, precedidos por Anthony, se dirigieron todos al comedor donde se habían dispuesto las mesas para la cena. Del numeroso grupo de los sacerdotes solo tres se alojaban en la posada. Por motivos de seguridad, el resto se hospedarían en otros lugares de Londres antes de viajar hacia el norte, de acuerdo con las instrucciones impartidas por el autoritario capitán Fortescue. Al finalizar la cena, Marjorie se despidió de Robin sin saber cuándo volvería a verle, aunque ambos permanecerían algunos días más en la capital.

Al regresar a la salita, Anthony se mostraba serio, en silencio y evidentemente contrariado. Marjorie, que estaba al tanto de los problemas de su amigo, era consciente de los motivos de su enfado. Los católicos ingleses se encontraban en aquellos momentos divididos en dos bandos.

Uno, beligerante y dado a la acción, al que pertenecía Anthony, consideraba que los perseguidos y ejecutados por su fe se encontraban moralmente en situación de guerra. Una guerra que había sido injustamente declarada por la autoridad temporal de la corona que no dudaba en aplicar contra ellos los más crueles medios de tortura, hasta la muerte infamante en el cadalso.

Entonces, a los católicos indefensos, ¿por qué razón no se les permitía emplear las mismas armas que se utilizaban contra ellos para defenderse de aquel implacable enemigo?

El otro bando, en cambio, reacio a emplear la violencia, consideraba que la persecución religiosa no era motivo suficiente como para iniciar una guerra. Citaban, en refuerzo de su postura, la actitud de los primeros cristianos. En particular, se referían a las enseñanzas de los apóstoles Pedro y Pablo, quienes no solo renunciaron a emplear la fuerza contra el Imperio Romano, sino que ellos mismos se negaron a hacerlo y aceptaron el martirio.

Alegaban, por otra parte, que la Santa Sede en la bula papal dedicada a orientar a los católicos ingleses sobre sus relaciones con la Corona, dejaba claro que solo les estaba permitido desvincularse de la obediencia a la reina en las materias relacionadas con la fe, pero no en cuestiones temporales.

Anthony rechazaba esos argumentos y mostraba su enfado en términos tales que su hermana Alice se vio obligada a serenar sus ímpetus.

—Anthony, ten calma. No lo tomes tan en serio.

El joven se revolvió, furioso.

—Sí, que me calme. Siempre lo mismo. Todas nuestras oraciones —respondió— no han servido para salvar a nuestros sacerdotes de las ejecuciones. Las cosas no pueden seguir como hasta ahora. Ha llegado el momento de actuar.

—Hemos de aceptar la Voluntad de Dios, Anthony —le advirtió Alice—. Quizá no desea que nos salvemos por la violencia.

### III

Habían pasado unos días y aquella Nochebuena resultó una extraña jornada para la atribulada Marjorie. Allí, en Londres se encontraba muy lejos de Derbyshire, rodeada de un ambiente festivo que en la capital de Inglaterra había perdido todo el sentido católico de la verdadera Navidad. Lo recuerdos del pasado la asaltaron una vez más. Se cumplían ahora tres años desde que, justo en Navidad, Robin le había declarado su amor. Y ahora, de repente, la vida anterior de Marjorie parecía haber sido borrada, como si nunca hubiera existido. Le parecía que el antiguo Robin había muerto, aunque lo veía allí, físicamente a su lado, por lo que su presencia la hacía sentirse muy confusa.

Esa Nochebuena, Anthony había invitado a Robin a cenar con ellos. Estaban los cuatro solos para despedir a Robin que, acompañado por el capitán Fortescue, se marchaba ya definitivamente a Reims para continuar sus estudios en el seminario. Los amigos aprovecharon la velada para recordar episodios de su pasada juventud en el condado de Derbyshire. Después, Robin les contó algunas anécdotas de su estancia en Reims y de las precauciones que debieron tomar para ocultar su verdadera identidad durante el viaje a Inglaterra. Vestían ropa de caballeros, usaban identidades falsas y se hacían pasar por hombres de negocios. Pese a todo, la llegada a Inglaterra no estuvo exenta de peligros. Al desembarcar descubrieron la presencia de un espía informador que vigilaba los navíos, pero con habilidad lograron despistarle. Alice y Marjorie le escuchaban con toda atención pendientes de sus palabras.

La cena transcurría con normalidad, aunque Marjorie buscaba la ocasión para permanecer a solas con Robin y comunicarle un problema que agitaba su conciencia. Durante el momento en que Alice y Anthony salieron a atender una visita, la joven aprovechó para dirigirse a su antiguo amigo por su apellido y de usted:

—Señor Audrey —dijo—, quiero pedirle el favor de que rece por mí. Necesito su consejo para orientar mi vida en el futuro. Por el momento, creo que, sin duda, mi deber está junto a mi madre mientras viva, pero una vez haya fallecido...

—¿Sí? —dijo Robin.

—Bueno, llegado el caso no estoy segura de si debería marcharme de Inglaterra para

mejor servir a Dios en la vida religiosa. En Derby ya se han marchado una docena de jóvenes, unas a Roma y otras a España...

Ella lo miró esperando la respuesta que no acababa de llegar. Al fin, Robin le habló pausadamente:

—Todavía no he recibido el sacramento del orden, y no me veo con autoridad para dar ese tipo de consejos. Sería mejor que hablaras con algún sacerdote experimentado... por ejemplo, el padre Campion. Pero, desde luego, puedes estar segura de que rezaré por ti y le pediré al Señor que te conceda luces para descubrir cuál es su voluntad y fuerzas que te ayuden a llevarla a la práctica.

Alice apareció en ese momento, acompañada de Anthony y del capitán Fortescue, que había venido a recoger a Robin para emprender el viaje de vuelta a Reims.

Robin se levantó al verlos llegar. Parecían dos caballeros de capa, espada y sombrero de plumas que acompañaban a una dama.

En esos momentos antes de partir, desde las sombras del pasillo apareció el fiel Dick, el antiguo criado de Robin ahora al servicio de Anthony, que venía a despedirse del que fuera su señor. Aunque la emoción de todos los presentes era palpable, lograron controlar sus sentimientos y les desearon un feliz viaje de vuelta sin incidentes. El capitán Fortescue les tranquilizó al asegurarles que, dadas las precauciones tomadas, no habría ninguna dificultad para salir de Inglaterra.

Como el tiempo apremiaba, y no debían retrasar la marcha, Robin se despidió cortésmente de las damas y salió fuera para hablar con Dick.

A Marjorie le hubiera gustado rogarle al capitán que cuidara especialmente de la seguridad de Robin, pero cohibida por la presencia de los demás, logró contenerse. Cuando desaparecieron de su vista, Marjorie se encerró en la habitación. Turbada, sintió que una parte de su alma se marchaba con ellos, pero al cabo de un rato recobró la serenidad.

## CAPÍTULO QUINTO

### I

Aquella tarde Marjorie se había sentado junto a la cama de su madre, ya muy enferma, sumida en la inconsciencia la mayor parte del tiempo. Le parecía mentira que hubiera transcurrido ya un año desde su estancia en Londres, durante la pasada Navidad, en compañía de Robin, Anthony y Alice. En aquellos momentos, al recrudecerse la persecución contra los católicos, Marjorie, en su papel de anfitriona, se había visto obligada a multiplicar las actividades en favor de los sacerdotes que se albergaban en la finca.

Afortunadamente, la residencia de los Manners estaba situada en un alejado coto de caza campestre, aislado de los caminos transitados, por lo que resultaba el lugar ideal para esconder a los fugitivos. No obstante, las noticias eran cada vez más negativas. Marjorie, a través de los mensajes de Anthony, estaba informada de que el propio Campion solo había logrado escapar a duras penas de sus perseguidores arrojándose a las aguas fangosas de un lago.

Cuando se levantó un momento para a atizar el fuego de la chimenea, escuchó el resoplido de un caballo que piafaba, seguido de la voz del jinete que lo calmaba. Marjorie no se extrañó. Estaba acostumbrada a que llegaran huéspedes inesperados. Los recibía con afecto y, como venían fatigados y hambrientos, les ofrecía refugio y comida. En la casa disponían de una habitación siempre libre que hasta los criados llamaban «la habitación de los sacerdotes».

Descendió las escaleras para ver de quién se trataba y le pareció que la voz le era conocida. En efecto se trataba de Anthony.

La joven pudo apreciar que el recién llegado estaba pálido y desencajado. Adivinó que algo grave ocurría. Marjorie ordenó a un criado que le preparara algo de comer y se llevó a Anthony a la salita de costumbre. Como la tarde era ya avanzada, tomó un

candelabro y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Anthony se recostó sobre el asiento:

—Todo ha terminado. Fueron ahorcados hace tres días por esos asesinos sanguinarios.

Anthony estaba fuera de sí y golpeó la mesa con la fusta.

—¡Colgados por traición! —gritó furioso—. ¡Por Dios Bendito!

—¿Quiénes? —preguntó Marjorie angustiada.

—Los tres sacerdotes: Campion, Sherwine y Brian —respondió Anthony.

Al escuchar los nombres Marjorie sintió un ligero alivio. No se trataba de Robin. Al menos todavía no...

Anthony se disculpó ante Marjorie por la violencia de su reacción.

—Lo siento. Estoy demasiado furioso. He salido de Derby a toda prisa en cuanto he recibido la noticia. Voy camino de Londres, pero me he desviado para que estés informada de lo que ocurre. Los tres fueron detenidos el verano pasado. Desde entonces han permanecido en la cárcel, donde fueron sometidos a crueles torturas. Después, los jueces dictaron sentencia de muerte y los llevaron juntos al cadalso. Murieron al mismo tiempo, rezando por la reina.

En ese momento entró una criada con el servicio de mesa para Anthony. Marjorie se hizo cargo de la bandeja y despidió a la mujer. Mientras el joven cenaba en silencio, ella no pudo evitar el recuerdo de su estancia en Londres, hacía justo un año. Tenía fijas en la memoria las imágenes del padre Campion, aquel hombre amable, lleno de vitalidad, sonriente y dotado de un gran sentido del humor. Hasta le parecía volver a escuchar aquel tono de voz tan característico y bien timbrado que le había ganado fama como predicador.

Anthony acabó de cenar y se despidió de Marjorie. Debía continuar su viaje a Londres.

## II

Cuando abandonó la casa, y apenas se perdió en la distancia el rumor de los cascos del caballo de Anthony, Marjorie se encargó personalmente de cerrar la puerta principal. Entonces, pensativa y triste, repitió para sí misma las palabras que tanto temía:

—Está muerto. Campion y los otros sacerdotes han muerto...

Escalofríos de horror sacudieron el cuerpo de Marjorie. Permaneció un rato junto a la puerta, apoyada en la pared, hasta que, algo más recuperada, subió la escalera.

Marjorie hizo un esfuerzo de voluntad y se dispuso a velar a su madre, ya agonizante. Se quedó un rato en la habitación. La enferma abrió los ojos de repente y, para sorpresa de Marjorie, la reconoció pese a la penumbra.

—¿Eres tú, Margy?

—Sí, madre, soy yo.

Se acercó al lecho para ayudarla a cambiar de postura, aunque la enferma no tardó mucho en volver a quedarse inconsciente. Agotada, regresó a su habitación. A eso de las seis de la madrugada, Janet entró apresuradamente en su cuarto y la despertó.

—Perdone, señorita. Creo que su madre parece haber empeorado durante la noche.

Marjorie se levantó rápidamente y, al entrar, comprobó que se acercaba la hora de la muerte. Ordenó a varios de sus criados que salieran a caballo en busca de un sacerdote, con el ruego de no regresar hasta encontrar alguno. Pero no hubo suerte. Llovía torrencialmente y los caminos eran impracticables. Por otro lado, al recrudecerse la persecución, ya no se podía preguntar abiertamente sin despertar sospechas.

Anthony le insistió mucho en la necesidad de extremar al máximo las medidas de cautela. Pasaba el tiempo. La noche de diciembre había caído sin que ninguno de los mensajeros hubiera regresado. La madre de Marjorie despertó de súbito y lanzó una invocación:

—¡Oh, buen Jesús! Margy, ¿dónde está el sacerdote?

—No ha venido ninguno, madre. Pero no sufra. Dios acogerá su alma de todas formas.

Marjorie se acercó al lecho para calmarla.

—¿Por qué no ha venido nadie? —insistió.

—Madre, los sacerdotes están perseguidos ahora. Los condenan a la horca por su fe. Dirígete a ellos para que intercedan por ti. Repite conmigo: padre Edmund Campion, reza por mí. Si lo haces, tal vez acudan. De repente, una sensación extraña se apoderó de Marjorie. Sintió un escalofrío y, al cabo de algunos minutos, la invadió la certeza de que, allí a su lado, había un sacerdote en la habitación.

La madre cerró los ojos y sonrió tranquilamente. La joven dirigió la mirada hacia las cortinas donde percibía aquella presencia. No era nada reconocible por los sentidos,

pero, sin duda, algo había cambiado en el ambiente. La señora abrió los ojos por última vez y su hija se los cerró para siempre con suma delicadeza. Por la serenidad de su rostro parecía como si estuviera dormida.

### III

Dos horas más tarde, apareció el señor Simpson. Por fin lo había encontrado uno de los mensajeros cuando regresaba a su casa. El criado lo llevó hasta la habitación donde Marjorie, después del saludo, añadió con voz nublada:

—Llega tarde, padre, ha fallecido.

—Siento que no hubiera ningún sacerdote para atenderla.

Marjorie lo miró sin decir nada. Le describió cuáles fueron sus últimas horas. Cómo se habían agravado sus dolencias a lo largo del día y cómo, al atardecer, pareció recuperar la consciencia por un momento, para morir poco después.

Guardó silencio, dubitativa, pero al final decidió contar al señor Simpson el extraño fenómeno ocurrido. Pasados unos momentos, preguntó:

—¿Ha recibido usted noticias de Londres? Me refiero al caso de los sacerdotes detenidos. Lo último que supe de ellos es que se encontraban en prisión —añadió el señor Simpson.

—Los han ejecutado ya —dijo Marjorie.

—¿Cómo?

—Los colgaron en Tyburn[3] hace tres días.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Me lo contó el señor Babington cuando estuvo ayer a visitarnos.

El sacerdote se puso pálido. Se notaba que el horror se había apoderado de él.

Apenas consiguió articular palabra. Al cabo de un rato se tranquilizó lo suficiente como para continuar hablando:

—Y ahora, Marjorie, ¿piensa usted vivir sola, o con algún familiar?

—Voy a escribir a mi amiga Alice Babington, la hermana de Anthony. Me ofreció la posibilidad trasladarse a mi casa cuando falleciera mi madre.

—¿Se quedaría con usted aquí, en este lugar apartado?

—Claro —dijo Marjorie sonriente—, aquí tendremos trabajo de sobra para las dos.

## CAPÍTULO SEXTO

### I

Era una mañana de verano brillante y soleada. Marjorie, acompañada de su criada Janet, llegó a caballo a Padley, la mansión de los Fitzherbert. Arriba, en la terraza superior, la esperaban sir John, su hijo Thomas, su mujer y el anciano patriarca de la familia, sir Thomas Fitzherbert, con aspecto débil y enfermizo, a causa de los largos años de cárcel que debió cumplir ante su negativa a abandonar el catolicismo.

Al mismo tiempo que Marjorie, llegaba a pie un joven procedente del camino de Derby.

Sir John, al verlos llegar, comentó sonriente:

—Vaya casualidad. Vienen todos al mismo tiempo.

—Padre, ¿está seguro de la honradez de Hugh Owen? —preguntó el joven Thomas.

—Sí. Le conozco de sobra. Ha trabajado en toda la región sin la menor queja de nadie.

Marjorie descabalgó y se dispuso a saludar a los Fitzherbert, en especial al anciano sir Thomas. Le explicaron que se encontraba en libertad provisional por algún tiempo, acabado el cual ingresaría de nuevo en prisión.

El artesano Hugh Owen no tardó a unirse al grupo. Era un duro trabajador que ejercía el oficio de albañil y carpintero, cargado con una gran bolsa de herramientas al hombro. Sir John le dio la bienvenida y todos juntos se dirigieron hacia la puerta de la casa.

El señor Fitzherbert ordenó que sirvieran a Owen algo de comer.

—Mientras reparas fuerzas, muchacho, te explicaré lo que necesitamos de ti.

Procedió antes a presentarle a Marjorie.

—Esta es la señorita Manners, de la que habrás oído hablar. Ella también va a necesitar de tus servicios. Por cierto, ¿has traído las referencias?

Owen extrajo de la bolsa un papel en sobre lacrado y se lo entregó.

—Vienen de parte del señor Fenton, señor.

John Fitzherbert, después de romper el sello, descubrió que el pliego estaba en blanco.

Owen sonrió.

—No se extrañe, ahora lo hacen con frecuencia, señor, no escriben nada que pueda llegar a conocimiento del enemigo.

—Bueno, Owen. Aquí te vamos a encargar tareas algo complicadas. Pero antes me interesaría conocer cuál será el precio de tus servicios.

—Trabajaré solo a cambio de alojamiento y comida, señor.

Ante las leves protestas de sir John, Owen respondió:

—No se preocupe, señor. No quiero nada más. Considérelo como una aportación mía a la causa de la fe. Este mismo año o como mucho el que viene, espero ser admitido en la Compañía de Jesús.

Sir Thomas le dio la enhorabuena.

—Yo haría lo mismo, si tuviera tu edad.

## II

Cuando el operario terminó de comer, se encaminaron a la capilla donde se realizarían las obras programadas.

Hugh Owen era muy conocido entre los católicos de la región por su habilidad para construir diversos tipos de escondites que pudieran despistar a los espías de la reina. Era un excelente artesano que manejaba por igual la piedra y la madera en la construcción de celdas acondicionadas para albergar a tres o cuatro personas y mantenerlas fuera del alcance de sus perseguidores.

Owen, una vez recibidas las instrucciones oportunas, realizó una inspección previa en el interior de la capilla, donde se proponía trabajar esa noche para mayor discreción. Después de tomar medidas, calcular espacios y trazar planos, se dispuso a iniciar el trabajo.

Comprobó que el tamaño de un armarito donde se guardaban los ornamentos del

altar se podría ampliar de modo que sirviera para alojar con cierta comodidad a una persona. Sin embargo, Owen comprobó que el escondite, cerrado por una mampara de madera, podría ser descubierto debido al sonido a hueco que se percibía al golpear el falso muro. A cambio, les propuso la alternativa de construir el refugio detrás de la chimenea del recibidor de la casa, que lindaba con la pared de la capilla y abrir una vía de comunicación con la iglesia, además de tener capacidad suficiente para albergar a dos sacerdotes.

John Fitzherbert se mostró de acuerdo con la propuesta ya que, en unos tiempos como aquellos, de persecución y martirio, deberían tomarse cuantas medidas de seguridad fueran necesarias.

### III

En la tarde del día siguiente, Marjorie regresaba a casa con su criada Janet a la grupa, mientras Hugh Owen las acompañaba montado en el caballo de la sirvienta.

Al amanecer había terminado sus tareas de reforma en Padley y al llegar la mañana se retiró unas horas para dormir. Después se ofreció para trabajar en la residencia de Marjorie, que aceptó con gusto la propuesta. Le inspiraba confianza aquel hombre sencillo, de la clase trabajadora pero bien educado y amable. Algo en su modo de comportarse le recordaba el espíritu alegre y la gentileza del padre Champion.

—¿Llegaste a conocer al señor Champion? —le preguntó de repente.

—Nunca hablé con él en persona, pero sí tuve la suerte de oír sus homilias y fueron sus palabras las que me impulsaron a pedir la admisión en la Compañía de Jesús. Me parecía estar en presencia de un ser sobrenatural. No podía apartar mis ojos de su rostro mientras hablaba. Parecía inspirado por el Espíritu Santo. No me sentí en paz hasta que decidí solicitar mi ingreso en la orden de los padres jesuitas.

Marjorie le escuchaba en silencio. A pesar de las diferencias de clase, en el fondo, estaba más en sintonía con el carácter de Owen que con los planteamientos radicales de Anthony Babington. Para ella, como para Owen, Jesús era el centro y fundamento de la fe y a su servicio había sacrificado su vida y el amor de Robin. En cuanto a los conflictos entre política y religión, quizá fueran inevitables, pero no formaban parte esencial de su manera de comprender el mundo.

Marjorie preguntó repentinamente a Hugh:

—¿Alguna vez te has parado a pensar en lo que te puede ocurrir?

—Sí.

—¿En el posible final que te aguarda?

—Sí. Yo sé que quizá tenga que morir por mi fe.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Marjorie. Sus palabras habían sonado como una profecía.

Owen, como de costumbre, trabajó durante toda la noche. Al amanecer, cuando Marjorie se afanaba con ayuda de las criadas en hornear el pan, llegó para enseñarle la obra realizada.

Había construido un nuevo espacio oculto en el interior de la chimenea de la salita donde, hace años, recibía a Robin.

Era muy ingenioso porque, a través de un estrecho pasadizo, se accedía al pie de una escalera con una puerta de salida al exterior que solo se abría desde dentro, facilitando así la huida del perseguido. Además, aprovechando el marco de un cuadro, había practicado algunos agujeros en el panel de madera que permitía observar si era seguro salir o si había enemigos en la habitación.

## CAPÍTULO SÉPTIMO

### I

Llegó el invierno de nuevo, cuando Marjorie se volvió a encontrar de forma inesperada con el recuerdo de Robin, a través de la persona de su padre, el señor Audrey.

Alice, Marjorie y su criada Janet, acompañadas por otras personas a su servicio, se habían desplazado a Derby para las compras del mes. Al regresar, habían pasado la noche en Dethick, la residencia de los Babington, mientras Anthony se hallaba de viaje en alguna de sus misiones secretas. Con el fin de llegar a casa de Marjorie antes de la cena, las mujeres salieron de Dethick poco después del amanecer. Al acercarse a las tierras de los Audrey en Matstead avistaron la casa del padre de Robin. Marjorie no pudo evitar que sus sentimientos la llevaran a recordar la figura del joven. Poco después, su caballo, agotado tras el largo viaje, resbaló y estuvo a punto de caer, de modo que la joven prefirió descabalar y llevarlo de las riendas.

Pese a todo, el animal resbaló una vez más y cayó a tierra arrastrando a Marjorie que intentó levantarse, pero hubo de renunciar, al notar que se había torcido un tobillo. Los sirvientes que las acompañaban se apresuraron a prestarle ayuda y Janet la incorporó del suelo. Al poner el pie en tierra se encontró, para su sorpresa, frente a frente con el padre de Robin, que había acudido al escuchar el ruido.

—Lleven a las damas a la casa —ordenó a los criados.

Él mismo tomó las riendas del caballo y guio al grupo hasta el interior del edificio.

### II

Subieron a Marjorie al caballo de Alice y siguieron al señor Audrey, que las acompañaba sin decir palabra. Mientras marchaban en silencio, a Marjorie le horrorizaba pensar que en contra de su voluntad se vería obligada a permanecer unas horas en casa

de un apóstata. Pero el dolor del pie era tan fuerte que no veía el modo de rechazar la ayuda. Asistida por Janet y Alice, subió las escaleras del porche y se sentó en un banco.

El señor Audrey dio órdenes a sus criados para que dispusieran lo necesario para cenar, al tiempo que las tres mujeres tomaban asiento en el comedor. Marjorie, que se encontraba más recuperada, no pudo dejar de pensar en la mala suerte de haber sufrido el accidente justo en aquel lugar, pero no le quedaba otro remedio que aceptarlo y poner buena cara. Sin embargo, no lograba superar el miedo hacia aquel hombre, que había abandonado sin ningún escrúpulo la fe a la que ella había consagrado su vida. Cuando estaban acabando de cenar apareció el caballero y, después de dirigirles algunos comentarios corteses, se dirigió a Marjorie.

—Señorita Manners, me gustaría hablar con usted en privado.

Alice se dio por aludida y se levantó de inmediato para marcharse, pero Janet, dudosa y pendiente de su señora, esperaba instrucciones.

El caballero se dirigió de nuevo a Marjorie.

—¿Me permite?

Marjorie hizo una seña a Janet para que los dejara solos.

El señor Audrey ocupó la silla que había dejado Alice.

### III

—Quiero comentar con usted dos cuestiones que considero de gran importancia.

Marjorie lo miró con aprensión. No recordaba muy bien cuándo fue la última ocasión que se vieron. Tal vez hiciera unos cinco años. Ahora le encontraba notablemente envejecido. Sus ojos azules parecían más pequeños, ocultos entre las arrugas del rostro, pero conservaba el cuerpo erguido y su mirada penetrante era la misma de siempre.

—Bien. Empezaré hablando de mi hijo Robin. Quiero saber qué noticias tiene de él. Hace seis meses que no recibo cartas tuyas.

Marjorie dudó.

—Que yo sepa, se encuentra bien de salud —dijo al fin.

—También me interesa conocer cuándo se ordenará sacerdote.

Marjorie no estaba dispuesta a contestar a semejante pregunta.

—Si él no se lo dice, señor, yo tampoco debo hacerlo.

—Está bien —respondió—, lo comprendo. Pero le recuerdo que ahora soy magistrado y que, llegado el caso, ni siquiera Robin puede esperar la menor benevolencia de mi parte.

—Bueno —respondió Marjorie—, esa actitud suya explicaría el motivo por el cual no ha vuelto a escribirle. Supongo que Robin es consciente de que usted se dispone a cumplir con su deber.

—Muy cierto, señorita, aunque probablemente tiene usted razón. En fin. Como veo que no está dispuesta a facilitar más datos sobre Robin, pasaré al segundo asunto que me interesa tratar. Debería usted tener mucho cuidado, señorita Manners —le advirtió.

—¿Yo? —contestó—. ¿Por qué motivo? Pago todas las multas cuando me las imponen. ¿O será que han dictado nuevas normas sobre la recaudación?

Con habilidad, Marjorie había derivado la conversación al tema de las multas porque, hasta el momento, estaba segura de que su actitud al acoger sacerdotes en casa no era conocida por las autoridades, al menos que ella supiera. En todo caso, le interesaba conocer de qué informes disponía aquel renegado.

—Bueno —aclaró el señor Audrey—, no me refiero a que usted pague puntualmente sus multas, sino a los manejos de los vecinos que viven cerca de su casa, los Fitzherbert. Parece ser que están implicados en las maniobras de ocultar a esos sacerdotes nómadas que van de un lado para otro. Todo el mundo lo sabe y Su Gracia, nuestra reina, ha solicitado un informe del Consejo sobre este asunto.

—Bien. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

El señor Audrey esbozó una amarga sonrisa.

—Entonces, volvamos de nuevo a los vecinos de Padley. Sus amigos deben tener cuidado o se verán metidos en graves problemas. Ahora soy magistrado de la reina, pero en el pasado fui amigo de los Fitzherbert y creo mi deber advertirles.

Marjorie, entonces, comprendió que el hombre estaba intentando ayudar.

—Gracias, señor Audrey; en un principio me pareció que estaba contra ellos, pero ahora veo que solo trata de velar por su seguridad y recomendarles que tengan cuidado.

—No diga ni una palabra más. En todo caso, llegado el momento, debe saber que yo cumpliré con mi deber de magistrado de la corte.

—Pero, señor Audrey —exclamó Marjorie—, ¡el deber no puede estar por encima de sus amistades y hasta de su hijo Robin! Aún no es demasiado tarde para rectificar... sobre todo, piense en su hijo Robin...

El rostro del señor Audrey pareció alterado por una profunda emoción.

—Sí, sí, mi hijo Robin... mi hijo Robin... pero ¿cómo te atreves a hablarme de él? Sí, mi hijo Robin... —sollozaba mientras se dejaba caer en la silla con la cara entre las manos.

Al poco, ya recuperado, el anciano se dio media vuelta y salió de la habitación.

Más tarde, una vez que Marjorie hubo recobrado el ánimo, se mostró dispuesta a dejar aquel lugar cuanto antes. Entre todos, la ayudaron a subir al caballo y, mientras iban de camino hacia su casa, le dio pena pensar en aquel hombre solitario y sumergido en una total confusión de valores opuestos, entre la lealtad y la honra, aunque, llegado el caso, no dudaría en cumplir su deber con todo celo, por muy desagradable que fuera.

Con un suspiro, dio gracias a Dios porque aún faltaba bastante tiempo para que Robin se ordenara sacerdote.

## CAPÍTULO OCTAVO

### I

La noticia le llegó una cálida tarde de junio cuando Marjorie estaba sentada cosiendo fuera de la casa. Se encontraba en la zona más elevada del jardín, donde tantas veces había charlado con Robin. Una brisa leve que venía de los prados cercanos perfumaba el ambiente con aromas de las moradas flores del brezo sobre las cuales revoloteaban las inquietas abejas.

En medio del silencio, escuchó los cascos de un caballo que se aproximaba con rapidez, aunque no pudo ver al jinete, cubierto por el edificio central. Se puso en pie y se volvió a sentar. Miró de nuevo y esta vez percibió que un hombre se acercaba corriendo hacia ella hasta que lo reconoció. Se trataba de Dick Sampson, el criado de los Babington. Llegaba sin aliento, porque había subido a la carrera el empinado sendero que desembocaba en el jardín. Apenas podía articular palabra. Al fin exclamó:

—Se trata del señor Thomas Fitzherbert. ¡Lo han llevado a prisión!

Recuperada la voz, inició su relato.

—Yo me encontraba en Derby y he visto cómo era detenido. No tuve oportunidad de hablar con él. Me dirigí rápidamente a dar la noticia directamente en Padley, pero no estaban los señores. Solo hablé con los criados, que no sabían nada de este asunto, por lo que decidí llegarme hasta aquí.

Dick estaba completamente aterrorizado ante lo ocurrido. Si ya era bastante malo que el anciano sir Thomas permaneciera en la cárcel o bajo vigilancia debido a su fe religiosa, que detuvieran también a Thomas sin que pudiera saberse lo que harían con él, era demasiado fuerte.

Marjorie le hizo sentarse para que le contara lo sucedido con más calma. Dick dio comienzo a su relato. El señor Anthony Babington, su patrón, estaba de nuevo en

Londres y había dejado la casa en manos de los criados. Dick había ido a Derby por la mañana temprano para errar un caballo y regresaba a través de la plaza mayor, cuando vio un grupo de jinetes que llevaba a un preso a la cárcel. Dick se había acercado a ver lo que pasaba y llegó a tiempo de comprobar que se trataba de Thomas Fitzherbert, que se apercibió de su presencia, pero no hizo gesto alguno de reconocerle. Preguntó a uno de los guardias que estaban a la puerta de la cárcel y este le dijo que habían detenido a un católico convicto por orden del Consejo. Además, Dick había oído que el guardia le decía a su compañero que se esperaba la llegada desde Londres de un experto en interrogatorios, para ocuparse del caso. Marjorie se sintió repentinamente invadida por la angustia.

—¿Pudiste oír su nombre?

—Creo que hablaron de un tal sir Topcliffe —respondió Dick.

Marjorie guardó silencio. La ofensiva anticatólica se había reanudado con mayor rapidez de la prevista. Además, esta vez la dirigía un personaje siniestro cuya imagen representaba para ella la más aterradora de las sombras que la perseguían en sus pesadillas. Al horror que la presencia del verdugo despertaba en la joven, se unía la certeza de que, ahora, el ataque lanzado en el distrito de Derbyshire se había organizado a conciencia.

## II

Marjorie vio que el criado necesitaba unas horas de descanso y, cuando se hubo recuperado, le llevó a presencia de Alice para que también a ella le contara lo sucedido en Derby. Entristecida al conocer la noticia, Alice escribió unas letras de consuelo a la mujer de Thomas Fitzherbert, que había permanecido en la ciudad tras la prisión del marido. Cuando Marjorie comentó a su amiga que habían encargado a sir Topcliffe dirigir los interrogatorios del detenido, el rostro habitualmente plácido de Alice se crispó al conocer el nombre del verdugo. Para aliviar la pena de la atribulada mujer de Fitzherbert le ofreció su ayuda incondicional y la posibilidad, si lo estimaba oportuno, de vivir en su palacio de Derby el tiempo que fuera necesario.

Para cumplir lo prometido y acondicionar la casa, Marjorie y Alice decidieron que, al día siguiente, se desplazarían a la ciudad para recibir en persona a la señora de Fitzherbert y prepararle el alojamiento adecuado.

—Hemos de pensar que, para quebrantar su moral, pueden retener a Thomas varios meses en la cárcel antes de someterlo a juicio. Es la forma en que suelen actuar —apuntó Marjorie.

—Eso creo. Y después —añadió Alice—, lo juzgarán bajo el cargo de haber ocultado sacerdotes.

Marjorie permaneció despierta esa noche, perdida en sus pensamientos. Ella había ofrecido su novio a Dios y Dios lo había aceptado con rapidez. Ahora no cabía echarse atrás. Debía permanecer fiel a su decisión con mayor firmeza que nunca, sin perder de vista que, esta vez, el aviso le había pasado muy cerca. En cualquier caso, y sin ceder en la guardia, era necesario seguir actuando de forma discreta y resuelta.

Al recaer las sospechas sobre el escondite de los Fitzherbert en Padley, Marjorie fue consciente de que el único refugio capaz de albergar a los sacerdotes perseguidos se encontraba ahora en su propia casa.

### III

Al atardecer del día siguiente, Alice y Marjorie llegaban a Derby seguidas a caballo por los criados que las custodiaban, al cuidado también de las acémilas donde se cargaban los equipajes. Se habían detenido a comer en Dethick, en casa de Anthony, donde el personal del servicio se conmovió al conocer las malas noticias. Mallow, uno de los criados más aguerridos de Anthony, se ofreció para acompañar a las viajeras a Derby, al pensar que sus compañeros necesitarían refuerzos en la tarea de proteger a las damas de los peligros del camino.

Llegaron a la ciudad por la carretera del norte hasta alcanzar una colina elevada desde la que se veía, a una distancia aproximada de dos millas, sobresalir la aguja de la iglesia de Todos los Santos por encima del humo de las chimeneas. Al cruzar el Puente Viejo, oyeron cómo, en un grupo de personas que marchaban por la misma ruta, algunos comentaban la reciente captura de Thomas Fitzherbert, que había sido un acontecimiento en Derby.

Para acceder al palacio de los Babington, los viajeros debían atravesar la concurrida plaza del mercado, por lo que Alice consideró más prudente utilizar las calles laterales para evitar las miradas de curiosos e indiscretos.

—Hemos de procurar que no se fijen en nosotros. Precisamente se celebra hoy en el mercado la feria del queso. Nos van a reconocer al vernos pasar delante de los puestos —dijo Alice.

—Se van a enterar de todos modos —contestó Marjorie—. No tardará en correr la voz de que Alice Babington ha llegado a Derby. Es mejor seguir adelante sin demostrarles miedo.

Según lo previsto, la plaza estaba llena de gente. Muchos granjeros procedentes de Doverdale se desplazaban a la ciudad para vender sus productos en el mercado donde instalaban sus tenderetes, de modo que solo se podía circular por los bordes y, aun así, los caballos tenían que marchar en fila. Abriendo camino iba el forzudo criado de Dethick que se había ofrecido a acompañarles. Detrás, cabalgaba Alice seguida de cerca por Marjorie. Cerraba la caravana el fiel Dick Sampson, que miraba desconfiado a su alrededor. Cuando estaban a punto de rebasar el recinto de la plaza, pasaron por delante de una posada donde un corro de personas enzarzadas en una discusión se fijaron en ellas. Marjorie observó que, por su forma de vestir, a la moda londinense, no eran los granjeros y campesinos que frecuentaban el mercado. Uno de ellos, en tono agresivo, les gritó a la cara el insulto: ¡Papistas!

Al instante, se produjeron unos momentos de gran alboroto y confusión. Las dos mujeres percibieron el gesto indignado en el rostro de Dick Sampson, que descabalgó furioso y, seguido de cerca por el forzudo Mallow, se lanzaron contra los provocadores que, al verlos llegar, retrocedían en tropel hacia la puerta de la posada, en busca de refugio.

Marjorie, al acercarse su montura al nivel de Alice, notó la extrema palidez de su rostro.

—Te parece que deberíamos...

—Nunca me habían tratado de esta forma en plena calle —dijo Alice nerviosa—. Pero no te preocupes, los criados les van a dar una buena lección. Ahora caminemos rápido, ya estamos casi a las puertas de nuestra casa.

#### IV

Cuando Alice y Marjorie franquearon los grandes portones del palacio Babington, los sirvientes se hicieron cargo de las monturas, a la espera de órdenes.

Alice adoptó el aire de autoridad que le correspondía como dueña de la casa.

—¿Ha llegado la mujer de Thomas Fitzherbert? —preguntó.

—Sí, señora. La recogimos esta mañana de la posada donde se alojaba. Se la ve muy afectada por lo ocurrido.

Alice les dio las gracias y envió a dos criados a la posada, por si Dick y Mallow necesitaban ayuda en su disputa con los forasteros de Londres que les habían gritado al pasar.

Las dos mujeres entraron en el recibidor apenas iluminado, donde les aguardaba la señora de Thomas que se les acercó a toda prisa.

—¡Menos mal que habéis llegado! ¡Gracias a Dios! ¡Estoy desesperada! ¡No me dejan verle!

Alice la abrazó.

—El abogado señor Basset ha estado aquí y me ha informado de que el propio Topcliffe se ocupará del caso. Dicen que es el diablo en persona. Pobre Thomas —dijo entre lágrimas.

Marjorie y Alice la ayudaron a subir las escaleras y, llegados al piso de arriba, la hicieron tomar asiento al tiempo que trataban de calmar sus lágrimas. Las criadas le sirvieron comida y bebida hasta que, algo más recuperada, les contó lo ocurrido:

—Abandonamos Norbury en dirección a Derby, donde Thomas necesitaba pasar un par días para resolver negocios pendientes.

Aunque Marjorie ya había informado a los Fitzherbert sobre las veladas amenazas del señor Audrey, nadie podía imaginar que el peligro fuera tan inminente. Thomas envió por delante a un criado encargado de reservar habitaciones en la posada y, al dejar sus datos, parece que las autoridades estaban al tanto de la fecha de llegada a Derby.

Nada más entrar por las calles de la ciudad se vieron rodeados por un grupo de hombres a caballo a cuyo frente estaba un magistrado. Les preguntaron sus nombres y entregaron al señor Thomas una orden de arresto, bajo la acusación de colaborar con los enemigos de la reina.

Al recordar el episodio, la mujer no pudo contener el llanto, al pensar que su pobre marido habría sido arrojado a un maloliente y oscuro calabozo.

Marjorie la miró con cierta curiosidad. Era de compleción delicada, menuda de cuerpo, rubia y de tez pálida. Mostraba un aire tan desvalido que Marjorie y Alice comprendieron el acierto de su decisión de acompañarla en tan duro trance. En el estado en que se encontraba, aquella mujer aterrorizada y llorosa no podía servir de la menor ayuda para su marido.

Cuando lograron calmarla de nuevo, Marjorie le hizo varias preguntas.

—¿Habéis escondido sacerdotes fugitivos en los últimos tiempos?

—Llevamos seis meses residiendo en Norbury y mientras hemos estado allí no hemos acogido ninguno.

—¿Y sobre ese Topcliffe, sabemos algo? —preguntó.

—Me han dicho que es como el diablo en persona. De él se dice que presume de torturar a los prisioneros.

—¿Estaba presente Topcliffe cuando arrestaron a Thomas?

—No. Me dijeron que llegaría de Londres ayer por la mañana.

Alice abrazó de nuevo a la mujer, que lloraba desconsolada.

Marjorie se levantó de su asiento.

—He de salir un rato —dijo a Alice—. ¿Podrías encargarte a tus criados que me sigan a prudente distancia? Aunque no creo que me pase nada. Solo voy a visitar a un amigo.

Marjorie conocía muy bien Derby desde que era una niña, cuando acompañaba a su padre en algunas ocasiones. Ahora, al recorrer sus calles, no podía dejar de pensar con tristeza en el antiguo convento de los monjes benedictinos, hoy abandonado, o en el ruinoso hospital donde antiguamente los frailes agustinos atendían a los pobres y desvalidos.

Unos minutos más tarde, llamaba a la puerta del despacho del que fuera socio de su padre, señor Biddell. Una mujer anciana abrió la puerta y la hizo pasar.

—El señor se encuentra en el piso de arriba, acompañado del señor Basset.

Marjorie también lo conocía. Era pariente de los Fitzherbert, socio y fiel secretario del abogado, además de un buen católico que había ayudado a veces a Marjorie en su labor de acogida a los sacerdotes.

El abogado señor Biddell era un hombre discreto que no llamaba la atención. Era también católico, pero como nadie parecía darse cuenta no se metían con él. Se presentaba siempre con su impecable traje oscuro, gafas y capa con una amplia capucha; con tal aire de competencia y serena inteligencia, que todos le escuchaban. Era tan experto en leyes que hasta las autoridades del régimen le consultaban, incluidos los oficiales de la reina.

En cambio, el señor Basset, dueño de extensos terrenos y familiar de los Fitzherbert, era un carácter en todo opuesto al de su socio. Hombre de unos cincuenta años, corpulento, de elevada estatura, mejillas sonrosadas y temperamento fogoso, demostraba su notable energía a través de la chispeante mirada de sus ojos. Al entrar Marjorie en la estancia, los dos hombres se levantaron para saludarla. Era una habitación oscura, con las paredes forradas de madera y estanterías llenas de libros. La escasa luz del exterior se filtraba a través de dos ventanas situadas al fondo que daban a la plaza.

—Estaba seguro de que vendrías —dijo el abogado—. Sabíamos que estabas aquí y también hemos oído comentarios sobre el altercado en la posada.

—Sí, al parecer, los que nos insultaron ya han recibido cumplida respuesta de los criados de Alice —dijo Marjorie.

El señor Basset soltó una sonora carcajada.

—Desde luego, a dos de aquellos maleducados se les vio después sangrando por las narices... Pero supongo que tu visita se debe a las malas noticias... ¿no?

—Así es. Hemos acogido con nosotras, en casa de los Babington, a la pobre señora del preso Thomas Fitzherbert.

—Tal como se encuentra la mujer, no le servirá de consuelo a su marido —aseguró el señor Basset—; no para de llorar y de lamentarse.

Después confirmó la veracidad de los datos que él mismo había facilitado a la señora de Thomas Fitzherbert. En efecto, según lo previsto, el señor Topcliffe había llegado de Londres el mismo día del arresto. El señor Basset pensaba que las autoridades cometían un error al acosar de esa forma al poderoso clan de los Fitzherbert, que, por otra parte, nunca se habían mostrado desleales a la Corona además de que sus extensas propiedades, que dan de comer a tantos aparceros, no se pueden quedar sin un legítimo heredero que las administre.

Marjorie preguntó al señor Basset si, en aquellas circunstancias tan graves, no temía por su vida.

—De momento, parece que no —respondió el aludido.

Marjorie volvió al tema urgente de la prisión de Thomas.

—¿Ustedes creen que será sometido a juicio?

—¿Se refiere a un proceso público? No lo creo. Le interrogarán los magistrados, pero no parece que dispongan de pruebas suficientes para condenarle a muerte.

—¿Acaso le imputarán cargos por traición? —preguntó Marjorie.

—Sí, esa es la causa por la que detienen a los católicos. Si nos persiguieran alegando motivos religiosos, no estaría bien visto, ya que, en el fondo, todos somos cristianos. Así que disfrazan sus verdaderos fines bajo la falsa acusación de ser traidores a la Corona y a Inglaterra.

—Pero el señor Thomas no es nada de eso... —intervino Marjorie.

—De todas formas, es bastante probable que le sometan a tortura. En tal caso y como estoy seguro de que no se prestará a renunciar a sus principios, existe el riesgo de que lo condenen a muerte.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarlo? —se ofreció Marjorie.

—Sí. Cuidar de su mujer. Mantenerla en lugar seguro y acompañarla en su dolor.

Marjorie ya se levantaba para marcharse cuando a través de las ventanas abiertas llegaron de la plaza sonidos extraños.

—¿De qué se trata? —preguntó la joven mientras se acercaba a la ventana.

No tardó en salir de dudas. Desde el edificio principal del mercado los oficiales habían abierto camino para dejar paso a un grupo de hombres armados rodeados de una multitud expectante. En primer término, se distinguía a cuatro miembros de la guardia municipal vestidos de librea. A continuación, seis funcionarios, dos magistrados y al final un hombre alto y delgado vestido de negro, al que Marjorie, llegada la comitiva a su altura, reconoció como Topcliffe.

Situado detrás de Marjorie, Basset habló en voz baja velada por la furia:

—Aquí tenemos al verdugo Topcliffe; miradle, va camino de la prisión.

## CAPÍTULO NOVENO

### I

—¡Marjorie, Marjorie, despierta! ¡Acabo de recibir una autorización para visitar a mi marido! ¡Despierta! ¡Es muy urgente! ¡La cita es para esta misma tarde!

Lentamente, Marjorie despertó del pesado sopor que la invadía debido al calor agobiante de aquella tarde del mes de agosto. Al abrir los ojos pudo ver que la excitada mujer de Thomas Fitzherbert agitaba delante de ella una hoja de papel.

Habían transcurrido casi dos meses desde el arresto de su marido, sin que las autoridades hubieran permitido hasta la fecha visitas al prisionero. Durante ese tiempo, Marjorie había permanecido al lado de la atribulada mujer, aunque cada día se encontraba más débil, sometida al denso calor, a la angustia de las persecuciones y a la obligada reclusión en la casa de los Babington, todo lo cual había afectado negativamente a su fortaleza física y moral. Pese al cansancio acumulado, extrema delgadez y pronunciadas ojeras, la joven, tal como le había prometido al señor Basset, no se había planteado la posibilidad de regresar a su casa y abandonar el cuidado de la señora de Thomas.

Sin embargo, en ese tiempo, recibió la buena noticia de que, a uno de los presos, el sacerdote señor Garlick, no le condenaron a la pena de muerte, a cambio de enviarlo de vuelta a Reims. En realidad, la alegría no iba a durar demasiado —pensaba— ya que sobre él se cernía la amenaza de que, si regresaba a Inglaterra para ejercer su ministerio, sería ejecutado.

Con cierto esfuerzo, Marjorie consiguió despertarse al fin, lo suficiente como para preguntarle a la señora de Thomas que le explicara con más calma el motivo de su alegría. La mujer le anunció que había llegado un mensajero con una autorización para que dos personas pudieran visitar al detenido, siempre que se presentaran ante el guardia encargado de la prisión antes de las siete de esa misma tarde.

Así pues y sin más demora, las dos damas, según lo ordenado, se encontraban a la hora indicada a las puertas de la cárcel. A Marjorie se la veía algo recelosa. Desconfiaba de las buenas intenciones de los captores al pensar que, si autorizaban la visita de la esposa, era con el fin de quebrantar por la vía afectiva el ya deteriorado ánimo del marido.

Pasados unos minutos, les abrió la puerta un hombre moreno y de cuerpo delgado que se apartó solícito y con gesto respetuoso para dejar paso a las damas. Le entregaron la carta con la autorización, que les devolvió después de leer su contenido. A continuación, les hizo un gesto para que le siguieran y los tres avanzaron por un corredor oscuro y húmedo, con suelo de tierra apisonada y estrechas ventanas que apenas dejaban pasar la luz, provistas de gruesos barrotes. Las ramas de arbustos que se adivinaban a través de los huecos debían de crecer en algún patio interior. Después de bajar un tramo de escaleras, el guía abrió una pesada puerta que, una vez franqueada, volvió a cerrar y dejó al grupo en la más profunda oscuridad.

—Enseguida vuelvo —explicó el hombre—. Poco más tarde, reapareció con una antorcha y les abrió paso hasta una celda herméticamente cerrada y sin ventilación donde, a la luz de la antorcha, pudieron ver al prisionero. Marjorie quedó impresionada ante el deterioro que mostraba la figura del preso después de su largo confinamiento.

## II

Thomas Fitzherbert mostraba un aspecto deprimente, pálido y enfermizo, que se acentuaba con la barba y el bigote sin afeitar y la ropa ajada por el uso. El acento amargado de sus primeras palabras denotaba el penoso estado anímico en que se encontraba después de los dos meses de cárcel transcurridos.

Marjorie permanecía en silencio pensando que el señor Thomas no demostraba la fortaleza de ánimo necesaria para superar la dura prueba a la que se enfrentaba, aunque trató de rectificar su opinión al considerar que estaban en presencia de un hombre perseguido por su fe.

Al reconocer a Marjorie, Thomas se dirigió a ella:

—Entonces, ¿no hay esperanza de que se fije una fecha para celebrar el juicio y pueda yo defenderme de las acusaciones que se me imputan? Eso es todo lo que pido. En realidad, no tienen motivos para retenerme, salvo mi negativa a cambiar de religión. Ni siquiera hemos acogido sacerdotes durante el último año y, desde luego, no he cometido ningún delito.

Después pidió a su mujer que le informara sobre cómo habían marchado las cosas durante su ausencia, tanto en Padley como en Norbury. Mientras hablaba, su mirada se mantenía fija en Marjorie, como si quisiera decirle algo, pero no se atreviera a hacerlo. Ella lo miraba horrorizada al ver cómo dos meses de cárcel habían minado la apariencia y el ánimo de Thomas. Parecía una persona totalmente distinta del hombre que ella conocía de Padley. Con voz lastimera repetía sus quejas en tono de reproche:

—Y mi pariente, el abogado señor Basset, ¿qué hace para librarme de esto?

Marjorie le respondió que el señor Basset había estado intentando conseguir su libertad por todas las vías legales a su alcance, pero que en esos momentos se había visto obligado a desplazarse fuera de Derby para ocuparse de algunos asuntos relacionados con sus tierras.

—Sí, eso, él en visita de placer por sus dominios mientras yo me pudro en este hediondo calabozo —dijo Thomas de mal talante.

—El señor Basset hace todo lo posible —argumentó Marjorie—. No le será fácil seguir adelante hasta que no se fije la fecha del juicio. Me consta que ya ha preparado la defensa y convocado testigos para probar que usted no había ocultado sacerdotes en su casa.

—¿Por qué ni mi padre ni el señor Basset se han dignado venir a verme? —preguntó airado.

—Lo han intentado muchas veces —respondió Marjorie—, pero no se lo han permitido. Quizá a partir de ahora les autoricen, como así lo hicieron con nosotras.

—La verdad de la historia es que me ha dejado pudrir en esta cárcel. Pero esto no va a seguir así. He de conseguir salir de aquí como sea.

Marjorie pensó de nuevo en las razones que la inclinaban a desconfiar de él. Por su actitud derrotista, parecía a punto de llegar a algún tipo de compromiso con los enemigos del catolicismo. Pero ¿cuáles serían las condiciones del acuerdo? ¿Pasaría Thomas a formar parte de los apóstatas? Marjorie apenas podía creer que el sobrino del anciano y heroico lord Thomas e hijo del valeroso sir John Fitzherbert, pudiera abandonar su fe. Aquella posibilidad le resultaba difícil de aceptar.

Un repentino golpe en la puerta de la celda les indicó que el carcelero venía a dar por finalizada la visita.

—Señor carcelero —habló el joven Thomas—, mi mujer querría hablar con usted un momento. Ella le hizo una seña al carcelero al que se disponía a entregar una fuerte suma de dinero para que se tratara con la debida atención al señor Thomas, que, acto seguido, se despidió de su mujer.

—Volveremos a vernos cuando nos concedan otro permiso de visita —contestó ella—. Durante un breve momento el señor Fitzherbert se quedó a solas con Marjorie.

—Señorita Manners —dijo angustiado—, tienen que sacarme de aquí. Topcliffe me acosa continuamente y amenaza con torturarme. No podré aguantar mucho tiempo más.

### III

Marjorie dormía en la casa de los Babington con su criada Janet en la misma habitación según era la costumbre. Esa noche, Janet vio que Marjorie no se había acostado, rezando de rodillas ante el pequeño altar situado en un extremo de la habitación.

La criada se despertó de madrugada y vio que su señora no se había movido del reclinatorio. Alarmada, se atrevió a llamar su atención:

—Señora, por favor, váyase a dormir.

Marjorie, al oírla, pareció despertar de un trance, se levantó sin decir nada y fue hacia la cama. Era ya muy tarde. En esos momentos, el canto de un gallo anunciaba la aurora de un nuevo día.

## CAPÍTULO DÉCIMO

### I

Dos semanas después, se presentó en casa de los Babington el abogado Biddell y preguntó por la señorita Marjorie al criado que salió a recibirle.

—Escucha con atención —le dijo—. Vengo en busca de la señorita Manners. Pero mi deseo es hablar con ella a solas, no hace falta que avise a nadie más.

Las precauciones fueron inútiles, porque, situada en la galería del piso superior, la señora de Fitzherbert había observado la presencia del abogado y, desde la altura, le preguntó:

—Señor abogado, ¿sabe usted si por fin se celebrará el juicio? Dicen que hasta se podría anular el proceso.

—Es solo un rumor —le contestó el abogado—. Pero no quisiera molestarla a usted, vengo a hablar con la señorita Manners.

—Espere, por favor, tengo mucho interés en hablar con usted, señor Biddell, bajo en un momento —insistió, a pesar de todo, la obstinada señora.

El abogado, decidido a escapar de ella, se dirigió con rapidez hacia el porche de la entrada dispuesto a abandonar la casa, cuando tuvo la suerte de encontrarse frente a Marjorie.

—¡Vamos, de prisa! —le pidió a la joven—. ¡Salgamos fuera! la señora de Thomas viene hacia aquí y no quiero hablar con ella.

Marjorie, sin decir palabra, lo llevó a una salita lateral que utilizaban los criados. Una vez dentro, cerró la puerta con cerrojo y se apartó de la ventana para no ser vista.

—¿Y bien? ¿Qué ocurre? Dígame.

El señor Biddell extrajo con cuidado unos papeles de su cartera. En ese momento el

picaporte se movió. Alguien estaba intentando entrar.

—Debe de ser la señora Thomas —susurró Marjorie—. No se mueva. Se marchará pronto.

En efecto, a los pocos segundos, oyeron cómo los pasos se alejaban. Más tranquilo, el señor Biddell inició el diálogo.

—Me temo que las cosas han resultado como usted sospechaba, Marjorie. En primer lugar, ha llegado a mi conocimiento que Topcliffe abandonará Derby dentro de dos días. Sus hombres así lo han anunciado en la posada. En segundo término, los testigos afirman que se muestra con aires de triunfo ante las personas de su séquito y, por último, corre el rumor de que Thomas Fitzherbert será puesto en libertad unos días después de que Topcliffe regrese a Londres.

—¿Está usted seguro? —preguntó Marjorie.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Completamente. Por ese motivo me resistía yo a hablar con su mujer. También me han llegado noticias de que a Thomas ya no se le considera como a un preso corriente, desde el momento en que ha sido trasladado de la celda donde se encontraba a las habitaciones reservadas para los invitados.

—Pero, en ese caso... ¿Podemos pensar que ha cedido a las presiones de Topcliffe?

—Eso es precisamente lo que me temo. Si de verdad ha jurado fidelidad a la reina Isabel, como así parece, lo más grave es que su actitud no será dada a conocer públicamente.

—No entiendo lo que me dice —dijo Marjorie.

—Está muy claro. Si él hubiera reconocido abiertamente su apostasía y declarado enemigo de los católicos, me daría menos miedo. Pero no es este el caso. Las pruebas de que disponemos indican que debe de haberle prometido a Topcliffe algo de mayor interés para ellos que el cambio de religión. Puede tratarse de los bienes patrimoniales que el torturador de Londres ambiciona todavía más que la conversión del preso a la herejía protestante.

Al escuchar sus palabras, Marjorie se puso muy pálida, aunque no hizo ningún comentario.

—Sí, señorita Manners —prosiguió el abogado—, no me cabe la menor duda de que el joven Fitzherbert se ha prestado a colaborar en la persecución de los católicos, incluidas personas de su familia, no solo de su tío sir Thomas, sino también de su propio padre, de su pariente, el señor Basset, o de cualquier otro que sus nuevos amos le

ordenen. Y eso bajo la farsa de no haber renunciado a la fe católica. Estoy convencido, señorita Manners, de que el verdugo Topcliffe no ha extorsionado a Thomas solo por fidelidad a la causa de la reina Isabel. ¿Sabía que este individuo ha recorrido en los últimos meses varias veces las posesiones de los Fitzherbert en Padley?

—Cómo, ¿en Padley? ¿Qué puede haber encontrado allí? —preguntó Marjorie.

—No buscaba nada, estaba simplemente reconociendo las tierras que algún día acabarán por formar parte de sus propiedades.

—Pero eso... no es posible... —balbuceó Marjorie.

—Pues está bien claro, señorita Manners. Parece evidente que Topcliffe se ha encaprichado de Padley y ha decidido que esas fincas tan productivas sean el precio a pagar a cambio de la libertad de Thomas. Ese es el verdadero motivo de esos aires de triunfo que muestra sin la menor vergüenza. El procedimiento ha quedado al descubierto. Primero ordena la detención del señor Thomas, después le presiona, amenaza y tortura en una celda pestilente, hasta hacerle perder la dignidad y el sentido del honor y, como es evidente, al final acaba por ganar la partida y convierte al joven Fitzherbert en traidor a la causa de los católicos. Probablemente una parte del acuerdo haya sido mantener en secreto su apostasía, salvar de este modo su honorabilidad y entregar Padley en manos de Topcliffe.

Marjorie habló en voz baja, más bien para sí misma.

—Me cuesta creer lo que usted me dice sin pruebas que lo aseguren. Desde luego es algo que bien pudiera haber ocurrido, solo Dios lo sabe... pero, señor Biddell...

—¿Sí? —contestó.

—Supongo que deben existir en manos de Topcliffe documentos firmados por Thomas que nos servirían para demostrar su culpabilidad. ¿No le parece?

—Por supuesto. Ese individuo se vale siempre de contratos por escrito. No se fía de la palabra de nadie, ni siquiera de la suya propia.

—Entonces, señor Biddell, esos papeles, de existir, se encuentran en poder del malvado verdugo, ¿no es así?

El abogado comprendió las intenciones de Marjorie con aquella pregunta y sin palabras se pusieron de acuerdo.

—Ya sé lo que está pensando. El problema es que no podemos, suponiendo que accedamos a los documentos, ni destruirlos ni apoderarnos de ellos, porque entonces Topcliffe y el señor Fitzherbert sabrían que hemos descubierto su patraña... Sin embargo, señorita Marjorie, hay otra opción que deberíamos intentar. Por ejemplo,

obtener una copia del original y enviarla en secreto a los Fitzherbert para que tomaran las medidas oportunas.

—Haga lo posible, señor Biddell. Espero su respuesta mañana a cualquier hora del día o de la noche. Dejaré abierta la puerta de entrada y me ocultaré en esta misma salita hasta que me envíe recado o me informe en persona si hay novedades.

El abogado, antes de abandonar la habitación, le dirigió una mirada de complicidad y asintió.

## II

Después de haber permanecido tres meses viviendo a cuerpo de rey, Topcliffe y sus secuaces pasaban la última velada nocturna en Derby antes de regresar al día siguiente a Londres. Los miembros del Consejo y los magistrados de la localidad se habían esforzado para que su estancia fuera lo más cómoda y placentera posible. Es cierto que, recién llegados, se produjo un ataque violento provocado por los sicarios al servicio de los papistas, pero, desde entonces, al pasear por la ciudad, no dejaron en ningún momento de llevar armas a la vista, por lo que nadie se atrevió a repetir el asalto.

Los funcionarios al servicio de Topcliffe trabaron amistad con un tal George Beaton, un amable empleado en el despacho del señor Biddell, anciano abogado sin apenas trabajo, que les hizo pasar buenos ratos en la taberna de la posada y les invitaba con frecuencia a beber unas pintas de la mejor cerveza. En sus habituales tertulias, el empleado, con el fin de ganar su confianza, les comentaba que, si bien su patrono mostraba inclinaciones favorables a los papistas, él, en cambio, era, como ellos, un fervoroso protestante partidario de la reina Isabel. Ni que decir tiene que las invitaciones corrían siempre a cargo del mencionado Beaton, quien, según reconocía, las tomaba «prestadas» de la caja de aquel abogado medio inútil que no se enteraba de los continuos hurtos.

Los hombres de Topcliffe se habían acostumbrado a la compañía de George de tal modo que, pasado el tiempo y gracias a sus invitaciones y confianzas, acabó por atraer definitivamente su amistad. Esa misma noche, en vísperas del viaje de vuelta a Londres, se encontraban especialmente satisfechos por haber cumplido con éxito la misión que sus jefes les habían encomendado. Con el equipaje dispuesto para salir al amanecer y la euforia de haber cubierto los objetivos previstos, no dudaron en aceptar la invitación a la copiosa cena, regada con cerveza abundante, como siempre a cargo de su buen camarada George Beaton, que se presentó puntual a la hora prevista para la despedida.

Animados los hombres por la generosa comida y sobre todo la bebida sin tasa, los

brindis en honor de Topcliffe se sucedían uno tras otro, de modo que el complaciente George consiguió emborracharlos hasta caer exhaustos. Uno de ellos, con voz pastosa, le rogó que lo acompañara a tomar el aire fresco para despejarse. Se encontraba en tan mal estado que Beaton se vio obligado a llevarlo casi en brazos para evitar su caída. Al salir al exterior, pudo observar cómo Topcliffe se alejaba en dirección al edificio de la cárcel seguido por un magistrado del Consejo.

Al ver que el hombre no despertaba, entró en la posada para dejar al borracho en la cama de su habitación, cuando observó que en la estancia contigua se apilaban los fardos preparados para el viaje. A un lado de los bultos aparecía una cartera que podría encerrar documentos de interés. La abrió rápidamente y no tardó en comprobar que en su interior se encontraban unidos con una cinta roja los papeles que hacían referencia al caso Fitzherbert.

### III

Una hora más tarde, George se encontraba en presencia de su patrón, el señor Biddell. Hizo ademán de buscar los papeles que llevaba en uno de los bolsillos de la casaca.

—Cuéntame —dijo el señor Biddell.

—Aquí los tengo, señor, me ha costado algún dinero y esfuerzo conseguirlos, pero creo que estos son los documentos que le interesaban. La suerte me ha acompañado esta noche. Pude hacerme con varios pliegos manuscritos que estaban separados del resto.

—¿Conoces su contenido? Es de gran importancia para nuestra causa.

—Sí, señor Biddell. Eran cuatro hojas sueltas. En una de ellas se incluía la relación detallada de las fincas que integran la mayor parte del patrimonio de los Fitzherbert en Padley. Su contenido procedía a describir los diversos terrenos, con referencias precisas a la situación geográfica donde se encuentran y las condiciones en que se desarrollan los diversos cultivos. El segundo y tercer pliego estaban escritos en clave, por lo que no me fue posible descifrarlos. Pero, en cambio, el cuarto sí estaba legible, de modo que redacté el breve resumen que ahora le entrego, donde me he esforzado por recoger los aspectos más destacados. Para evitar riesgos, esperé desde mi escondite a que regresara Topcliffe y, cuando se retiró a su habitación, pude escapar sin que nadie me viera.

Al escuchar el relato, el señor Biddell no hizo ningún comentario. Fuera era noche cerrada y la ciudad, como dormida, permanecía en silencio. George Beaton entregó los documentos al abogado y se marchó después de darle las buenas noches.

## IV

Poco tiempo después, el abogado franqueaba la puerta de la casa de los Babington siguiendo las indicaciones de Marjorie. La cerró con cuidado de no hacer ruido y se dirigió a la salita donde había hablado con la joven el día anterior después de evitar la presencia de la señora Fitzherbert.

Según lo prometido, dentro le esperaba Marjorie, que le dirigió una mirada interrogante y después corrió las pesadas cortinas, encendió una lámpara antes de releer unas cuantas veces el resumen de las notas copiadas por George. Su rostro palideció de modo ostensible.

—Habrá comprobado, señorita Marjorie, que el asunto es tan triste como yo se lo había adelantado.

Al observar que la joven, anonadada, parecía haber perdido el uso de la palabra, el abogado leyó el resumen en voz alta, para que asimilara mejor su contenido.

—Como ve, el señor Fitzherbert será puesto en libertad a los tres días de la marcha de Topcliffe a Londres. A partir de ese momento, ya no volverán a molestarle. Se habrán terminado para él las cárceles y las multas. A cambio Thomas promete comportarse como un fiel seguidor de la reina Isabel, lo que supone actuar como un espía más a su servicio en contra de los católicos. También parece que Topcliffe recibirá pronto y sin demasiados problemas la herencia familiar que, no tardando mucho, pasará a pertenecer al verdugo de Londres. Los bienes incluyen la práctica totalidad del inmenso patrimonio de los Fitzherbert, desde la casa-palacio de Padley a varias granjas, diez zonas ajardinadas, mil acres de tierra de cultivo, más de seiscientos acres de pastos y trescientos de bosques.

—¿Y este documento es válido desde el punto de vista legal? —preguntó Marjorie.

—Sí, por completo. Además, se ha firmado en presencia de varios testigos. Es irrefutable.

—Pero ¿cómo Thomas Fitzherbert se ha prestado a firmar semejante acuerdo? —dijo Marjorie escandalizada.

—Pues así es, por mucho que lo lamentemos, señorita.

—No me lo puedo creer... ¡Ha jurado fidelidad a la reina Isabel! —murmuró la joven como pensando en voz alta.

—Nos guste o no —concluyó el señor Biddell—, lo cierto es que, a partir de ahora, Thomas Fitzherbert puede considerarse para los fieles católicos al mismo nivel del perverso Topcliffe.

—En tal caso —añadió Marjorie— podemos estar seguros de que no dudaría en denunciarnos a cualquiera de nosotros.

—Por supuesto, señorita Manners, con total seguridad. Además, le recuerdo que ese documento es secreto, de modo que el señor Fitzherbert, al figurar como miembro de la Iglesia de Roma, se encuentra bien situado para denunciar ante los hombres de Topcliffe a sus familiares y conocidos católicos y también pasarles información detallada sobre los movimientos de nuestros sacerdotes.

—¿No podemos dar a conocer la maniobra entre los fieles para que estén prevenidos respecto al compromiso de Thomas con los protestantes?

—De momento no serviría de mucho. Ellos lo negarán todo. Y por nuestra parte no podemos hacer uso de estas pruebas sin quedar en evidencia.

—Al menos —insistió Marjorie— debería usted avisar a los más comprometidos, a su tío, sir Thomas, a su padre, sir John, y su pariente, el señor Basset.

—Descuide, señorita. Así lo haré. Y respecto a la señora de Thomas Fitzherbert, ¿cuál sería la actitud más correcta, puesto que ella es inocente? —preguntó el abogado.

—Lo más prudente sería dejarla al margen de todo esto —respondió Marjorie—. No se le puede contar nada a una persona como ella, incapaz de guardar un secreto. Pero informaré a los Babington para que adviertan del peligro que corren los sacerdotes bajo su custodia.

—Y respecto a usted, Marjorie, ¿seguirá aquí en Derby al cuidado de la señora de Fitzherbert?

—No, señor Biddell. Se me notaría demasiado el desprecio que siento hacia su marido, cuando lo vea libre, feliz y sin remordimientos. Me buscaré alguna excusa que justifique el regreso a mis tierras. Pienso marchar de aquí mañana mismo.

# TERCERA PARTE

## CAPÍTULO PRIMERO

### I

La posada abierta en Cheapside con el nombre de «El toro rojo» garantizaba a sus clientes numerosas ventajas. Además de amplios espacios y cómodas instalaciones, el patrón, que se mantenía en un discreto segundo plano, se limitaba a controlar que los servicios estuvieran siempre a punto. Limitado al estricto cumplimiento de sus obligaciones, procuraba no inmiscuirse en los asuntos privados de los huéspedes. No hacía preguntas y aparentaba la mayor ignorancia sobre la identidad y actividades de las personas acogidas en su establecimiento.

Aquel día, un nutrido grupo de viajeros acababa de llegar procedente de la costa. Guardando un respetuoso orden se distribuyeron por las dependencias que ocupaban el primer piso casi en su totalidad. En el resto de la posada también se acomodó otro numeroso grupo de personas en habitaciones de la segunda planta apalabradas a nombre del señor Anthony Babington. Resultaba evidente que varios miembros de los dos grupos eran viejos conocidos. Los últimos en aparecer habían atravesado una aparatosa tormenta del mes de agosto y llegaban calados hasta los huesos.

Aunque procedían de la costa, el posadero hubiera apostado que el punto de inicio del viaje, a través del canal de la Mancha, no era otro que el seminario de Reims. Pero su verdadero cometido consistía en evitar las suposiciones y no hacer preguntas indiscretas. Todo quedaba reducido a tratar bien a sus clientes y aparentar ignorancia de acuerdo con el dicho: «Cuanto más tonto, mejor». En realidad, gracias a esta actitud, a medias entre la prudencia y la eficacia, lograba atraer a numerosos huéspedes.

Uno de ellos, el señor Alba, ya se había alojado en la posada cinco años atrás, pero nada de esto era asunto de su incumbencia.

Robin estaba ocupado en deshacer el equipaje cuando unos ligeros golpes se oyeron en la puerta, que se abrió sin esperar permiso. Sorprendido, comprobó que aparecía frente a él el rostro sonriente de Anthony Babington, que lo miraba con curiosidad y que, al verlo tan cambiado no pudo evitar saludarle con voz animada:

—Robin, muchacho, te has convertido en todo un hombre.

Al darse cuenta de que su antiguo amigo era ya un sacerdote recién ordenado, según costumbre de la época, le besó las manos.

Después de tomar asiento, Robin se mostró interesado en conocer cuál era la situación de los asuntos en Inglaterra.

—Me alegro de verte, Anthony. Cuánto tiempo ha pasado, ¿verdad? ¿Cuéntame cómo están las cosas por aquí? ¿Qué noticias tienes?

—Habla tú primero —le pidió Anthony.

Robin no se hizo de rogar. Le expuso el buen ambiente del seminario y cómo transcurrió la ceremonia de su ordenación sacerdotal celebrada el mes anterior en la iglesia-catedral de Chalons sur Marne, completamente abarrotada de fieles. Después, acompañado de otros sacerdotes habían zarpado rumbo a Inglaterra en un viaje tranquilo y sin incidentes.

—Ahora te toca a ti, Anthony. Cuéntame lo que sepas sobre la actitud de mi padre y de nuestra casa de Derby.

—Bueno, no solo te hablaré de eso. Ya sabrás el nuevo rumor de que el joven Thomas Fitzherbert ha dejado en secreto de pertenecer la Iglesia católica.

—Sí. Marjorie me informó de ello hace dos años por carta.

—Desde entonces no ha vuelto a aparecer por Padley. Tampoco se le ha visto frecuentar ninguna iglesia del rito protestante, al menos en los alrededores de Derby. Pero sí conocemos que visita con frecuencia a Topcliffe en Londres, aunque intenta pasar desapercibido. Yo creo que no hay ningún católico del Reino Unido que no sepa que es un traidor. Esto se debe a la actividad epistolar de Marjorie que ha advertido a todo el mundo. Es una activista incansable. Mi hermana Alice la admira mucho. Ella no se mueve de su casa pero cuenta con voluntarios a su servicio que darían la vida por la causa. Sus pastores, granjeros y aparceros circulan libremente por los campos trayendo mensajes de los sacerdotes y de sus perseguidores. Así se han salvado muchos de ellos, como los señores Ludlan, Mc Garlick y Simpson.

—¿Han intentado espiar sus movimientos o detenerla? —preguntó Robin.

—Han enviado a vigilar sus tierras pero no han llegado a registrar su casa y, como

apenas sale, no levanta sospechas.

—¿Qué sabes de mi padre? —preguntó Robin—. Me escribió él mismo para decirme que le habían nombrado magistrado y desde entonces no le he vuelto a escribir.

—Sé que lo han nombrado magistrado y que se sienta en el tribunal para juzgar y condenar a los católicos. Por mi parte he cortado mis relaciones con él.

Anthony se levantó y dio una vuelta a la habitación. Después miró a Robin sin decir nada.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Robin.

Anthony no contestó. Se acercó a la puerta y echó el cerrojo.

—Robin, ¿qué prefieres?: Saber una cosa que puede resultarte desagradable o ignorarla.

—¿Tiene algo que ver conmigo o con el sacerdocio?

—Tiene que ver con todos los católicos ingleses —respondió Anthony.

—Entonces prefiero saberlo.

—¿Lo escucharás como si fuera secreto de confesión?

—Si me lo pides, así lo haré.

—Bien. Pues entonces, adelante.

## II

Cuando Anthony dejó de hablar, Robin estaba muy pálido.

—Supongo que, si lo has contado en otras ocasiones bajo secreto de confesión, no habrán querido darte la absolución.

—Dos sacerdotes se negaron, pero hubo otro, en cambio, que sí me la dio.

—A ver si te he entendido bien. Un grupo de católicos os habéis juramentado para matar a la reina Isabel y tratar de que María Estuardo se proclamara reina en su lugar. Tú vives ahora en Londres y frecuentas la Corte. Quieres tener la seguridad de que la reina de Escocia secunda el plan y esperáis conseguir ayuda militar del Duque de Parma para evitar un posible levantamiento si muere la reina Isabel. ¿De verdad os proponéis asesinar a la reina, Anthony?

—Por supuesto que sí.

—Entonces no puedo darte la absolución. Los católicos no tenemos obligación de

jurar obediencia a la reina, tal como ha dicho el Papa, pero el mandamiento de no matar nos obliga a todos.

Anthony se puso muy nervioso.

—Robin, escúchame. Tienes que entenderlo, aunque sea en el concepto de viejos amigos.

—No puede ser en concepto de amigos, Anthony. Entonces tendría que denunciarte.

—¿Cómo dices?

—Sí. En conciencia tendría que hacerlo —insistió Robin—. Tú, no obstante, me has pedido que lo trate como secreto de confesión y así lo haré. Esto lo sé, como sacerdote, no como Robin Audrey.

Anthony se tranquilizó.

—Aun así, ¿no me darás la absolución?

—No puedo absolverte si persistes en tu propósito de matar a la reina.

—Bueno, pero ¿puedo seguir hablando bajo el secreto de confesión? Quizá si conocieras todos los detalles, me darías la absolución.

Robin asintió, resignado.

—Hace tiempo que llevo perfilando mi plan —dijo Anthony—. He reunido a la gente dispuesta a participar. He estado en Francia y hablado con el señor Morgan, hombre de confianza de María Estuardo. Durante bastante tiempo no hubo ningún avance. La reina María fue puesta bajo custodia. Entonces yo me puse a su servicio para hacerle llegar mensajes de sus partidarios. Sin embargo, el año pasado, desde que sir Amyas Poulet fue nombrado su carcelero me ha sido imposible. Los mensajes eran interceptados y no había medio de comunicarse con ella. Todas sus cartas debían pasar por las manos de Walsingham. En otoño fue trasladada y tuvimos más suerte. Está ahora cerca de la casa de los Gifford.

—¿Conoces a Gilbert Gifford?

—Lo he visto una vez, en Reims.

—Forma parte del plan y ha encontrado la forma de comunicarse con la reina María. Un fabricante de cerveza, que es católico, prepara uno barril especial para ella. Dentro, en una caja de metal, introducen las cartas para poder comunicarse.

—¿Me estás diciendo que la propia reina María Estuardo está al corriente de este proyecto criminal? ¿Que se muestra de acuerdo en que maten a su prima?

—Al parecer eso es lo que suponemos, pero no tenemos pruebas.

—No me lo puedo creer —dijo Robin—. ¿Hay algún escrito de su puño y letra diciendo esto?

—No he tenido acceso a las cartas. Pero dicen que la reina ha dirigido a Gifford una nota cifrada que muestra su sello. La acaban de trasladar de nuevo. Ahora se encuentra en Tixal. La llevan de aquí para allá sin la menor consideración. Incluso se alojó una noche en nuestra casa de Derby porque no había lugar adecuado para ella. Aunque solo pasó allí unas horas, he vendido la casa asqueado al enterarme de que entre sus muros recibió el trato cruel que se reserva para los presos delincuentes. Pero volvamos a lo nuestro. Para llevar adelante el plan contábamos con la ayuda del sacerdote señor Ballard, pero ha sido detenido.

—¿Cuándo ha sucedido? —preguntó Robin.

—La semana pasada. Llegué a pensar que podría habernos delatado bajo tortura, pero he hablado con Walsingham en la Corte y no deben de saber nada, porque —si no— ya me habría detenido a mí también.

—Anthony, te ruego que abandones el proyecto —suplicó Robin.

—Siempre has sido blando de carácter —respondió Anthony—. No debes olvidar que estamos en guerra y no somos los católicos quienes la hemos declarado. Llevan más de veinte años en esa campaña bélica en contra nuestra y en el transcurso de la batalla han perdido la vida una gran cantidad de católicos. Unos han sido ahorcados en el patíbulo y otros han fallecido por las torturas y malos tratos en prisión. De modo que, si la reina Isabel nos combate de forma tan feroz, ¿por qué no vamos a responder con las mismas armas?

—Anthony, te lo suplico por lo más sagrado, abandona el plan. Esta situación me asusta y me parece falta de todo sentido. María Estuardo no puede aprobar ese plan.

—No entiendo por qué has de tener miedo, Robin. Todo saldrá bien. ¿Qué fallo puede tener este plan?

—Puede tener mil fallos, Anthony.

—¿Como por ejemplo?

—Todo lo que sabes es a través de Gifford. En realidad, ni siquiera puedes estar seguro de si cuentas con el respaldo de la reina María.

—Entonces, Robin, ¿crees que Gifford miente?

—No lo sé, pero puede ser una trampa.

Anthony hizo un gesto de desdén.

—Además —continuó Robin—, según tengo entendido Walsingham es un personaje muy importante en la Corte de la reina Isabel que se relaciona contigo y, sin embargo, no te ha preguntado sobre tu fe religiosa. Eso no me parece lógico. A menos que sea para vigilarte de cerca.

Anthony dirigió a su amigo una mirada de desánimo.

—Lo siento, Robin. No estás hecho para estas cosas —le dijo con voz compasiva—. Pareces ignorar que vives ahora rodeado de enemigos por todas partes incluyendo a tu propio padre, que, llegado el caso, no tendría piedad de ti.

Al pronunciar estas palabras, Anthony fue consciente de que había hablado demasiado y cometido un grave error.

—Lo siento, Robin. No he debido decir eso. No seguiremos hablando de esto. Pero ¿me darías la absolución?

Robin negó con la cabeza.

—Entonces, al menos, dame tu bendición.

Anthony se arrodilló y Robin, un tanto forzado, le pronunció las palabras rituales.

### III

Los dos amigos bajaron a una de las salas de la posada donde había algunos de los conocidos de Anthony que le quería presentar. Robin le seguía con gesto ausente. Su corazón estaba inquieto por la charla que acababa de mantener con Anthony. Aunque le hubieran confiado la intriga bajo secreto de confesión que él solo conocía como sacerdote, le había despertado gran inquietud el verse envuelto en conspiraciones políticas nada más regresar a Inglaterra. Le resultaba un cambio demasiado brusco al pasar de la paz del seminario a aquel torbellino de pasiones donde se interferían el bien y el mal, el celo en la defensa de una causa justa con el más horrendo de los crímenes.

La voz de Anthony que le informaba sobre la identidad de los invitados le obligó a salir de su aislamiento y prestar atención a sus palabras.

—Este es el señor Chernoc, de Lancashire, muy conocido en la Corte, y a su lado se encuentra el señor Savaje, de noble familia, aunque de carácter algo frívolo.

—¿En la Corte de la reina también hay católicos? —preguntó Robin.

—Como puedes suponer, son muy pocos. Entre las damas de la reina figura alguna de religión católica. Asisten a misa en las embajadas acreditadas en Londres para no

llamar la atención. En ese aspecto, el cardenal Mendoza nos presta gran ayuda.

El señor Chernoc se acercó a ellos para cambiar impresiones y se dirigió a Robin.

—Me han dicho que acabas de llegar de Reims. Pero has nacido en Inglaterra, ¿cierto?

—Procedo de la región de Derbyshire —contestó Robin.

—¡Ah! Derbyshire, entonces tal vez has oído hablar de Marjorie Manners.

—Somos amigos desde la infancia.

—Tienes suerte al disfrutar de su amistad. Yo no la he tratado en persona, pero es muy conocida por su valor y el riesgo que corre para proteger a los nuestros.

Robin se alegró al oír hablar bien de Marjorie, aunque sus sentimientos hacia ella se habían borrado por completo y ahora solo conservaba el recuerdo lejano de su amistad como un alegre rayo de sol. Robin había cambiado tras los años de estudio en el seminario donde se había encontrado con el Amor divino como algo muy superior al humano. Percibió en sí mismo lo que el Amor a Dios podría hacer en los corazones de los jóvenes sacerdotes que marchaban a Inglaterra dispuestos al martirio tan felices como si fueran a su boda.

En la capilla del seminario no se celebraban misas de Requiem por los mártires, sino «Te Deums» de acción de gracias y adornos florales en los lugares que ocuparon en vida en el refectorio. Robin, que durante sus años de seminarista había vivido intensamente esas emociones, llegó a imaginar que tal vez algún día también su puesto en la mesa se cubriría de flores, cuando alcanzara la gracia del martirio por su fe. En esos momentos le alegraba saber que Marjorie se había esforzado en la defensa de la fe católica y en proteger la vida de los sacerdotes refugiados en su propia casa. Algún día en el futuro, quizá también él se vería obligado a buscar el amparo de su casa, para no caer en manos de sus perseguidores.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### I

Mientras Robin recorría las calles de Londres no pudo evitar una cierta sensación de extrañeza. Al tomar conciencia de su nuevo estado sacerdotal observaba el entorno ciudadano y a las gentes que le rodeaban desde un punto de vista totalmente nuevo y distinto.

En realidad, su presencia en la capital podía considerarse como una continuada y peligrosa infracción de las leyes en vigor<sup>[4]</sup>.

Ciertamente y según las leyes del reino, había cometido todos los delitos posibles. No solo profesaba una religión prohibida, sino que había sido ordenado sacerdote en el extranjero y regresado ilegalmente a Inglaterra con el fin de atraer a la mayor cantidad de súbditos de la reina al catolicismo, es decir, según la versión oficial, a convertir a los fieles vasallos en traidores a la Corona y a su país.

El reto le suponía a Robin una aventura apasionante capaz de ilusionar a cualquier joven tan idealista y emprendedor como él. A pesar de su felicidad interior no podía evitar sentir, en algunos momentos, la profunda turbación de su espíritu cuando recordaba los planes regicidas que le había comunicado Anthony en su último encuentro. Por supuesto que Robin era consciente de que las confidencias de su amigo le fueron hechas bajo secreto de confesión y, por tanto, no debían afectarle a él como persona. Pero, en su calidad de sacerdote, no podía respaldar aquel descabellado plan, aunque comprendía el sentir de los fieles dispuestos a defender sus vidas. Muchos de ellos pensaban que, del mismo modo que el catolicismo se había revitalizado durante la época de la reina María Tudor, podía recuperarse todavía con mayor fuerza con el acceso al trono de Inglaterra de María Estuardo.

Un tanto confuso, Robin trató de alejar de su mente unos problemas de conciencia tan delicados. Por el momento disfrutaba de una relativa calma al contemplar, libre de

obligaciones inmediatas, los monumentos más famosos de Londres.

Al partir de Reims camino de Inglaterra, le informaron que algunos sacerdotes que operaban en las regiones del norte establecerían contacto para indicarle los lugares donde ejercería su ministerio, pero hasta el momento no había recibido noticias de ellos. Para aprovechar la estancia en la capital, fue a visitar a dos jesuitas que llevaban un mes residiendo en casa de lord Vaux. El más joven, el padre Soutwell de solo 25 años, era discreto y delicado y se dedicaba a escribir poesías. Mantuvo con ellos una larga conversación, pero no resolvieron sus dudas, ya que carecía de noticias recientes sobre las actividades de los demás sacerdotes. Finalizado el encuentro, Robin recorrió Londres al azar visitando los sitios más importantes de la ciudad. Vio al arzobispo de Westminster entrar en la catedral y aprovechó la ocasión para visitar su interior.

## II

Al día siguiente, el posadero le entregó la correspondencia recién llegada. Era un envoltorio cerrado, pero no mostraba escudo de armas. Por el volumen, parecía haber más de una carta dentro. Mientras recogía el paquete vio a la entrada varios bultos apilados. Robin tuvo un extraño presentimiento y le preguntó al posadero:

—¿Qué es todo esto? ¿Han llegado más forasteros?

—No, señor, al contrario, se han marchado repentinamente algunos de los huéspedes y nos han aclarado que enviarían porteadores para hacerse cargo del equipaje.

—¿Y dice usted que formaban un grupo?

—Sí —contestó el posadero—, varios hombres que llegaron casi al mismo tiempo que usted.

—Ahora los recuerdo, pero no pensaba que se irían tan pronto. Creí que estarían aquí más tiempo.

Subió las escaleras, entró en su habitación y cerró la puerta con llave antes de abrir las cartas.

Al ojear la primera, escrita con la letra de Anthony, comprendió lo que estaba ocurriendo.

*«Creo que nos han descubierto. Me siento vigilado y no he logrado ponerme en contacto con **B**. Los espías me siguen a todas partes. A mis dos amigos les sucede lo mismo. El señor **Ch**. se encuentra a mi lado y se asegurará de que esta carta se entregue a alguien de confianza para que te la lleve a la posada. Acompaño a esta carta otra de advertencia a los demás para que huyan lo antes posible. Si tienes oportunidad, diles*

*que acudan al punto convenido y que, si no logramos escapar, al menos moriremos todos juntos. Tenías razón. El señor G. ha resultado ser un traidor que actuaba de acuerdo con W. Ahora te ruego que guardes esta carta y se la entregues a Ella o, al menos, le transmitas el mensaje de que estamos dispuestos a entregar la vida en defensa de su causa. A Ella la han llevado de nuevo a C.».*

No había firma, tan solo dos letras **A.B.** apenas garrapateadas a toda prisa.

Robin la leyó tres veces. Para entender el contenido del mensaje era necesario saber que la letra **B.** se refería al señor Ballard, la **G.** señalaba al traidor Gifford y la **W.** a Walsingham. **Ch.** aludía al señor Charnock, **C.** a Chartley y «**Ella**» no era otra que la reina María Estuardo.

Ahora lo comprendió todo. El equipaje abandonado a la entrada demostraba que los fugitivos salieron huyendo y, por tanto, que nadie más se ocuparía de recuperarlo. Había una segunda hoja, firmada también con las siglas **A.B.** Se trataba, en realidad, de unas frases de despedida en términos tan emotivos como los del enamorado que se despide de la amada. Anthony confirmaba su disposición a entregar la vida en defensa de María, hasta un millar de veces, si tal cosa fuera posible. Aconsejaba a Su Majestad extremar la vigilancia y no confiar en el malvado «**G**». La encomendaba al buen Jesús y le rogaba oraciones por la salvación de las almas de las personas que habrían de morir por tan justa causa. Robin leyó la carta varias veces para fijarla en la memoria y después la rompió en trozos diminutos que arrojó por la ventana.

### III

Unos días más tarde se hizo del dominio público la noticia de que Anthony Babington y varios de los implicados en la conjura contra la Isabel habían sido detenidos.

Robin fue a visitar a lord Vaux para que le ampliara detalles de lo sucedido. Al final de la entrevista, cambiaron impresiones sobre la actitud más prudente a seguir para no caer en manos de los enemigos. Estuvieron de acuerdo en que, si abandonaba la posada de forma precipitada, podría despertar sospechas, por lo que les pareció más prudente que dejara pasar algún tiempo con el fin de no llamar la atención de los perseguidores. Así lo hizo Robin que, llegado el momento oportuno, salió de la posada en compañía del señor Arnold, otro sacerdote de los recién ordenados en Reims.

Para cumplir el encargo de Anthony, se dirigieron hacia la localidad de Chartley el lugar donde, en esos momentos, se hallaba recluida la reina María Estuardo.

Salieron una mañana que había amanecido neblinosa y triste. El barro acumulado en

el camino dificultaba la marcha de los caballos que debían avanzar con paso lento. Después de cabalgar en condiciones penosas todo el día, llegaron a Watford donde encontraron una posada modesta, aunque disponía de un pequeño y bien cuidado jardín. Levantada la niebla, apareció un cálido sol que animó el decaído ánimo de los viajeros. El señor Arnold se hizo cargo de los caballos y Robin ordenó, a la vista del buen tiempo, que les sirvieran la comida en el jardín. En cuanto terminaron, el señor Arnold se fue en busca de las monturas, ya que se habían propuesto llegar a dormir en Leighton. Robin se quedó pensativo un momento al recordar a Anthony y al resto de los fugados. Se preguntaba si habrían conseguido escapar. Se levantó en dirección a la zona de los establos, pero se detuvo al escuchar el ruido de lo que parecía ser gente que corría. El señor Arnold venía ya con los caballos.

—¿A qué se deberá todo ese jaleo? —preguntó Robin.

—No te puedo decir, andaba por las caballerizas y no he visto nada.

Robin, algo asustado, observó que no había nadie en la posada. Deseaba salir de allí cuanto antes pero no quería dejar de pagar la cuenta de la comida.

—¿Has visto a la posadera? —preguntó—, no la veo por ningún sitio.

—No tengo ni idea —respondió.

#### IV

Robin salió del jardín en dirección a la calle y vio a un grupo de campesinos que, provistos de horcas y seguidos por mujeres, niños y una reata de ruidosos cachorros de perro, se dirigían hacia unos pajares cercanos. Pronto acudieron en su ayuda varios hombres armados que rebuscaban entre las pilas de henos con sus espadas dispuestas. Robin siguió tras ellos en silencio, aunque hubo de apartarse al verlos regresar a toda prisa.

—¡Rápido, salgamos de aquí cuanto antes! —le urgió al señor Arnold.

—¿Qué ha sucedido?

—Acaban de apresar a varios de los sospechosos.

Robin entró en la posada y tras depositar en el mostrador una cantidad de monedas muy superior al valor de la comida, saltó sobre el caballo y a toda velocidad los dos sacerdotes no tardaron en perder de vista la posada y los edificios del pueblo. Ya a considerable distancia de posibles perseguidores comprobaron cómo un nutrido grupo de campesinos y guardias rodeaban a los recién capturados fugitivos.

Mientras cabalgaban a buen paso, Robin comunicó al señor Arnold sus tristes impresiones:

—Estoy seguro de que los recién capturados eran los compañeros de la conjura de Anthony escapados de Londres que se habían escondido en los pajares. Creo que les siguieron la pista y ahora los han detenido a todos para someterlos a juicio. Todos serán condenados a muerte.

## CAPÍTULO TERCERO

### I

Las noticias y rumores sobre la desarticulación de la trama y la captura de los conjurados parecían circular a la misma velocidad y siguiendo las etapas que jalonaban la ruta que recorrían Robin y Arnold. En un cruce de caminos, vieron un correo a caballo con el uniforme de la Casa Real que, sin duda, se dirigía velozmente hacia el palacio de Buckingham. Cuando llegaron a Coventry, les informaron que los detenidos habían sido torturados. A entrar en Lichfield, a las puertas de la posada, oyeron el relato que en ese momento contaba uno de los empleados.

Según explicaba, los espías de la reina habían tenido conocimiento desde el principio de la conspiración de Babington a través de los informes facilitados por el espía Gilbert Gifford. Este personaje intrigante fingía apoyar los planes de conjurados, cuando en realidad trabajaba para los enemigos y transmitía los planes secretos a Walsingham, la mano derecha de la reina Isabel.

Los datos disponibles confirmaban que, ingenuamente, Anthony Babington había depositado plena confianza en Gifford, hasta el punto de facilitarle una lista de los implicados que incluía un dibujo en el que, alrededor de Anthony, se distinguían los rasgos de las caras de todos ellos, identificados con sus nombres. El documento había llegado a manos de la reina Isabel, que pudo reconocer a varios de los personajes representados, ya que algunos de ellos formaban parte de su Corte en Londres.

Robin, siguiendo los deseos de Anthony, se había propuesto visitar a María Estuardo con el fin de comunicarle el mensaje de despedida que su amigo había dejado para ella. Dispuesto a cumplir el encargo, preguntó al hombre de la posada si le sería posible ser recibido por la reina en la prisión del castillo de Chartley, donde se hallaba recluida.

El buen hombre le respondió amablemente.

—Según dicen, en estos momentos solo han concedido libertad de movimientos al

doctor Bourgoign, el farmacéutico a su servicio y algunas de las damas que la atienden. Debería usted preguntar para que le informaran sobre el régimen impuesto en la cárcel.

Aunque el consejo no le sirviera de gran ayuda, al menos era algo mejor que nada. Mostró su agradecimiento con un gesto de la mano, al que respondió el hombre con una leve palmada en el brazo.

Cuando por fin Robin, dudoso e inseguro, se detuvo frente a los espléndidos bosques en torno al castillo-prisión de Chartley, iluminados por la luz del atardecer, descubrió que carecía de un plan definido sobre lo que debería hacer para cumplir su objetivo. Había oído decir que, a veces, María Estuardo solía montar a caballo por los alrededores de la prisión, pero ahora parecía que incluso esa limitada licencia de libertad le había sido prohibida. Todo indicaba que la única posibilidad de cumplir sus propósitos era establecer contacto con el señor Bourgoign, el experto en plantas curativas. Las sólidas puertas del castillo de Chartley estaban cerradas, bajo la custodia de un solitario centinela. Robin y el señor Arnold pasaron de largo ante él con fingida indiferencia. Poco después oyeron a su espalda el trote apresurado de un caballo que se detenía ante la prisión. Intrigados, se volvieron a mirar. El guardia, después de preguntar en voz alta la identidad del recién llegado, le permitió el paso tras la sonora apertura de los cerrojos. A todas luces se trataba de un correo portador de algún mensaje de Londres.

Al mismo tiempo otro hombre a caballo salía del castillo en la dirección contraria, tal vez portador de cartas destinadas a la Corte. Una vez realizada la operación, se cerraron de nuevo las puertas. Robin, que había observado la escena desde cierta distancia, dirigió el caballo hacia el pueblo consciente de que, de forma casual, se encontraba en el mismo centro neurálgico de la política inglesa del momento. Parecía evidente que las graves tensiones derivadas del conflicto entre las dos reales primas, Isabel y María, generaban aquel agitado e incesante intercambio de misivas.

—Haremos lo que podamos —murmuró Robin; y se encaminó a la aldea seguido por el señor Arnold.

## II

Un precario asentamiento de edificios, a todas luces provisionales, aparecían, como surgidos de la nada, al borde del camino. Robin pensó que se destinarían a la residencia de los sirvientes contratados para atender a una situación imprevista, como era la de cuidar de una reina prisionera. Salvo alguna excepción, se trataba de simples chamizos de madera, desprovistos del tiro de chimeneas, como lo demostraba el hecho de que los humos salían al exterior a través de un agujero practicado en los techos. Delante de las

viviendas descansaban algunos hombres sentados en bancos. Robin se dirigió a uno de ellos.

—Mi caballo está muy cansado y nosotros necesitamos reponer fuerzas. ¿Conoce usted alguna posada en la que nos podamos alojar?

—Lo siento, señor, pero no va a encontrar ninguna, al menos a cinco millas de distancia, que disponga de habitaciones libres.

—¿Podría decirme si mi amigo el doctor Bourgoign se encuentra alojado en Chartley?

—¿Es usted amigo del doctor Bourgoign?

—Eso creo —respondió Robin con gesto de indiferencia.

—Si es así, quizá sea él la persona más indicada para ayudarle. Vive en las habitaciones reservadas al séquito de la reina María, aunque a veces aparece por aquí a visitar a una de las sirvientas, que se encuentra enferma.

—¿Puede indicarme la casa donde vive esa mujer?

—Sí, señor. Es aquella, la última siguiendo esta misma acera —señaló el hombre—. La enferma forma parte de las cocineras que atienden a la reina. La han separado de sus compañeras para evitar el riesgo de contagio.

Robin le entregó como recompensa de sus informes algunas monedas y se dirigió hacia la zona indicada. La casa, algo alejada del resto, parecía mejor construida y más cómoda que el resto de las viviendas y se hallaba un tanto separada de la calle. Robin bajó del caballo y llamó a la puerta, que se abrió de inmediato. Se ve que esperaban la llegada de alguna visita. La mujer que abrió la puerta se mostró sorprendida ante la presencia de Robin, que le preguntó:

—¿Se encuentra aquí el doctor Bourgoign?

—No, señor... precisamente lo estábamos esperando,... pero mire, allí viene.

Robin se giró y pudo ver que se acercaba por el camino un hombre mayor vestido con un bien cortado traje de color negro. Un sirviente le seguía de cerca. Robin se dispuso a aprovechar la oportunidad, aunque antes debía asegurar el terreno que pisaba. Con voz amable preguntó a la mujer:

—Pertenece a la Iglesia Católica, ¿no? —Al verla dudar, la tranquilizó—. No temas, Yo también. Y creo que el doctor Bourgoign lo es igualmente.

—Sí, señor, todos los que servimos a la reina María lo somos, creo yo.

Con una sonrisa, Robin dio unos pasos al encuentro del doctor, apenas a unas yardas

de distancia.

Lo pudo mirar ahora con mayor detalle. Era casi un anciano, de barba recortada y gafas que caminaba con cierta dificultad. Robin pensó que el buen médico debía de ser una persona muy generosa para venir a esas horas de la tarde a cuidar de una pobre criada enferma. Se acercó y le saludó con todo respeto.

—Doctor Bourgoign, perdone mi atrevimiento, pero necesito hablar con usted unos minutos. Por favor, aparente que somos amigos y haga como si me conociera.

El hombre se le quedó mirando con evidente alarma en los ojos...

—No sé quién es usted, joven —dijo el doctor.

—Estoy en peligro, señor. Le ruego que haga lo que le digo. Soy sacerdote. Puede saludarme como si fuéramos viejos conocidos.

Bourgoign lo miraba con asombro y, tras unos momentos de duda, le tendió la mano.

—Gracias, señor. Ahora le explico —le dijo Robin—. Vengo directamente de Londres. Hace dos semanas me entrevisté con Anthony Babington...

—Bien, joven. Me ha dicho usted lo suficiente como para que le atienda —le tranquilizó el doctor Bourgoign—; caminemos juntos un momento.

—Voy en dirección a Derby —dijo Robin—. Me oculto bajo el nombre supuesto de «señor Alba». Soy un sacerdote católico recién ordenado y acabo de llegar de Reims.

—Entonces, ¿no le importaría repetirme la fórmula de la bendición del sacerdote al diácono durante la misa? —le pidió el doctor Bourgoign.

Robin quedó en suspenso, pero al momento pronunció en latín las palabras rituales: «Dominus sit in corde tuo et in labis...» —empezó a recitar el sacerdote.

—Basta —cortó el doctor—, ya es suficiente. Le creo. Puede seguir.

—Como le dije, hace dos semanas me reuní con el señor Babington.

—¿Dónde?

—En la posada «Red Bull», en Cheapside.

—La conozco. Me he alojado allí varias veces. ¿Es usted uno de los conjurados?

—No. Solo me he relacionado con ellos en mi condición de sacerdote. También hablé con el señor Charnoc.

El anciano, atemorizado, giró la vista a su alrededor.

—Por favor, procure no dar nombres, estamos rodeados de espías. Ahora le

agradecería me diera a conocer cuál es el motivo de su visita a Chatley.

—Para eso me he atrevido a molestarle, señor. Verá. La noche siguiente a la apresurada huida de los hombres a los que me he referido, el dueño de la posada «Red Bull» me entregó unas cartas de uno de los implicados en la trama. En ellas me revelaba que el plan había fracasado, y que todo estaba perdido. Esa misma persona me rogaba hiciera llegar a manos de la reina María una carta de despedida.

—Le escucho. Continúe.

—El escrito al que me refiero, debería ser entregado a S.M. en el papel original o bien, si fuera necesario destruirlo por motivos de seguridad, repetir su contenido literal de palabra en presencia de nuestra reina. Debido al peligro de los espías, he considerado más prudente seguir esta segunda opción. Así que me he aprendido de memoria el contenido de la carta y me gustaría tener la oportunidad de repetirlo de viva voz ante la reina María.

—Entonces, ¿ha destruido la carta?

—Así es.

—¿Se trataba de algún mensaje secreto?

—Secreto en cuanto se refiere al deseo de que no caiga en manos enemigas.

—¿Trataba de algún tema relevante respecto al conflicto planteado entre las dos reinas?

—Solo es importante para demostrar la lealtad inquebrantable a la causa de la reina María del autor de la carta antes de morir.

—Entonces, si usted me lo permite, yo mismo puedo cumplir el deseo de su amigo y trasladar sus palabras a oídos de S.M. ¿No es eso lo que desea?

—Desde luego, puede hacerlo usted mismo, pero me ha de prometer que cumplirá el encargo tal como se le he dicho. Con eso me basta. Yo seguiré el viaje hacia el norte donde me esperan para atender a los fieles católicos.

—Ya veo... En fin, señor Alba, me ha convencido... Voy a procurar que cumpla su deseo y lo reciba la reina.

—Pero si acaba de ofrecerse usted para hacerlo... —dijo Robin.

—Es que hay algo más. No le he informado de otro asunto que nos tiene muy preocupados —afirmó el señor Bourgoign con voz apenada—. Llevamos tiempo rezando a todas horas para que el Señor nos permitiera disponer de un sacerdote. Sabemos que la vida de la reina se encuentra en grave riesgo. Quizá sea esta la última oportunidad de que

disponemos para ser atendida por un sacerdote, antes de ser condenada a muerte.

Desde su reciente ordenación, Robin comprendió por vez primera el gran consuelo que suponía para los católicos la presencia de un sacerdote para morir en paz. En el seminario de Reims había aprendido que los fieles desean ardientemente la atención espiritual que solo pueden recibir a través del sacerdote.

—Ahora para mí —prosiguió el señor Bourgoign— el problema será encontrar el modo de llevarle a presencia de la reina. Se halla sometida al control absoluto de sir Amyas, quien se encarga de autorizar cada una de las visitas y de abrir la correspondencia.

Después de reflexionar un momento, el doctor le preguntó:

—¿Conoce usted algunos principios básicos de las hierbas medicinales?

—No gran cosa... lo siento. Apenas conservo los nombres y propiedades de algunas plantas que se utilizan para curar las dolencias, tal como aprendí en los campos de Derby —contestó Robin.

—¿Recuerda cómo se llaman en lengua latina?

—Sí. De niño incluso llegué a distinguir unas de otras y me gustaba identificarlas en mis paseos por el bosque. Con el tiempo he olvidado cómo se llamaban la mayor parte de ellas...

—No importa, será suficiente con que las pronuncie en latín para impresionar a sir Amyas, que desconoce por completo esa lengua.

Acto seguido el doctor observó con interés el aspecto elegante de la ropa de Robin.

—¿Sus vestidos son los que se llevan ahora en Francia?

—Sí, en efecto. Hace unos días que he salido de allí, los adquirí en Reims.

El señor Bourgoign se mostró satisfecho y después de apoyarse en el brazo de Robin le confió:

—Parece que Dios se ha dignado atender nuestras plegarias. Voy a tomar las medidas oportunas para que usted y su acompañante se alojen esta noche en lugar seguro. Mañana por la mañana, a primera hora, enviaré a buscarlos. ¿Podría usted celebrar misa?

—Por supuesto. En mi equipaje guardo todo lo necesario y lo haré encantado.

—Muy bien. Ahora escuche con atención. Usted será presentado ante los guardias como un acreditado doctor que ha ejercido la medicina en Francia y cuenta con experiencia sobre las propiedades curativas de las plantas. Al tener noticia de que yo me

había desplazado a Chartley, ha venido a visitarme para renovar los contactos profesionales que hemos mantenido en París, hace cinco años. A pesar de su juventud, usted —supuestamente— habría conseguido enorme prestigio entre la nobleza, además de atender al propio rey de Francia en varias ocasiones. Uno de sus mayores éxitos ha sido salvar de una muerte segura a la señorita Elise, de la noble familia de los Guise.

—Me ha comprendido, ¿verdad? —remachó el señor Bourgoing—, pues ahora tenga la amabilidad de acompañarme.

## CAPÍTULO CUARTO

### I

Al día siguiente, un tanto desconcertado por la rapidez con la que se habían desarrollado los acontecimientos, un tal señor «Robert Alba» fue recibido por dos hombres que lo llevaron a través del puesto de guardia del castillo-prisión a una sala de reducido tamaño donde, según le indicaron, debería aguardar la llegada del director de la cárcel, sir Amyas, y del médico francés de María Estuardo, el doctor Bourgoign.

En la pasada noche, el plan del señor Bourgoing había quedado ultimado rápidamente. Horas antes, al atardecer, Robin y el doctor caminaron juntos por la aldea a la vista del público, para demostrar a los vecinos que se trataba del feliz reencuentro de dos buenos amigos largo tiempo separados. Después, Robin se había retirado a descansar en la casa de la sirvienta enferma. A su compañero, el señor Arnold, le encontraron alojamiento en una de las casas del mismo barrio. Los caballos fueron acondicionados en un cobertizo vacío, habitualmente en desuso, que solo se utilizaba en casos de emergencia, cuando los establos de Chartley estaban ocupados.

El señor Bourgoign había advertido a Robin de lo difícil que era, en aquellos momentos, lograr que algún extraño visitara a la reina cautiva, sobre todo a raíz de que se descubriera la conjura organizada por Anthony Babington. Se tomaron, además, otras medidas de precaución. Diez días antes, los dos fieles secretarios de María Estuardo, Nav y Curle, habían sido detenidos, y quizá torturados. Los archivos personales de la reina fueron confiscados y sus joyas, requisadas. Las únicas personas autorizadas para hablar con ella eran, aparte del carcelero jefe, dos de sus damas de compañía y el médico Bourgoign.

Aquella mañana, a las seis en punto, Robin había celebrado misa en la casa de la cocinera enferma, a la que administró la comunión. Al terminar la misa había reservado una forma consagrada que introdujo en un estuche junto a su pecho, oculto entre la ropa.

El señor Bourgoign se había encargado de recordar a la reina que, según las normas acostumbradas, antes de recibir la comunión debía guardar el preceptivo ayuno eucarístico.

Ahora, mientras esperaba, Robin se dedicaba a repetir mentalmente el mayor número posible de nombres latinos de las plantas curativas que conocía, al tiempo que trataba de reproducir con la imaginación los gestos y actitudes que se suponen propias de los médicos.

Aunque procuraba mantener la calma, sus nervios se encontraban en máxima tensión. No solo debería aprobar el interrogatorio al que iba a ser sometido por sir Amyas, sino que se disponía a cumplir su misión de sacerdote con la mujer más controvertida de Inglaterra, precisamente cuando negros nubarrones de tormenta amenazaban su existencia. Robin se llevó las manos al pecho y acarició el estuche donde guardaba la sagrada forma.

Bajo la influencia de los emotivos discursos de Anthony, Robin atribuía a María Estuardo la suma de las más grandes cualidades humanas y espirituales encarnadas en una mujer, hasta convertirla en una figura casi celestial. Todos los que la conocían estaban de acuerdo en resaltar la excelencia de sus virtudes. La presentaban como ejemplo de persona sencilla, inocente, discreta, pura y carismática. Las personas más allegadas que la rodeaban la querían aún más y tanto las damas del séquito como los criados se peleaban por entrar a su servicio. Robin abandonó sus reflexiones al escuchar pasos acelerados en el vestíbulo y se dispuso a saludar al hombre de elevada estatura que entró, acompañado por el doctor Bourgoign.

## II

Era sir Amyas un individuo de rostro enjuto, facciones duras y aspecto desagradable, que mostraba poblados mostachos bajo una mirada huidiza. Se cubría con una capucha de malla y llevaba una espada de gran tamaño al cinto, incluso en las dependencias interiores de un castillo que se suponía bien seguro vigilado por guardias de toda confianza. Había sido nombrado para el cargo de jefe de la prisión por sus modales desabridos y fama de hombre cruel, para substituir a los cortesanos lord Shrewsbury y sir Ralph Sadler, considerados por la reina Isabel como personas demasiado amables y educadas para desempeñar el puesto de carceleros con la debida firmeza. El timbre de la voz sonaba tan hostil y desabrido como su figura.

—Y bien, caballero, ¿es usted amigo del doctor Bourgoign?

—Sí, señor, tengo ese privilegio.

—Al parecer, se conocieron en París, según tengo entendido. Su colega me dice que es usted un experto conocedor de las propiedades curativas de las hierbas.

—Bueno, creo que tiene una opinión demasiado favorable de mí...

—... Y que viene usted a ponerse a disposición de la reina de Escocia.

—Estaré encantado de ofrecerle mis conocimientos, para su mejor servicio.

—Los traidores suelen afirmar tales cosas.

—Yo vengo como médico, no tengo nada que ver con la política.

Sir Amyas emitió una risa escéptica:

—«*Vous avez raison*», —dijo en francés con fuerte acento británico. ¿Y ha llegado usted a Chartley por casualidad?

La ironía era demasiado evidente y Robin respondió con franqueza.

—En absoluto, yo iba camino de Derby pero me pareció que sería interesante acercarme antes a Chartley.

—¿Ah, sí? ¿Se puede saber, entonces, cuáles son los motivos de su interés por Chartley?

—Que la reina se encuentra aquí —respondió Robin con sencillez.

Sir Amyas rio de nuevo. Parecía disfrutar de su charla con Robin. Sus ojos le escrutaron de pies a cabeza.

—¿Dónde están sus medicinas? ¿No las trae con usted?

—No suelo llevarlas conmigo. Simplemente, salgo a recoger las plantas que necesito, según lo exija el tratamiento de la enfermedad.

—En eso lleva razón. Pero, veamos, ¿se considera usted capaz de curar los achaques de Su Excelencia?

—En estos momentos no puedo emitir un diagnóstico preciso, ya que dispongo tan solo de los datos generales facilitados por el doctor Bourgoign.

Sir Amyas reflexionó en voz alta.

—Estoy harto de sus constantes migrañas y cambios bruscos de humor. La señora se muestra incapaz de comer, beber y dormir como cualquier persona normal. Si esto sigue así, acabarán por acusarme de haberla envenenado. De modo que tal vez sea mejor que la examine usted mismo. Pero recuerde que ha de ser en mi presencia.

Al escuchar sus palabras, Robin permaneció en silencio, sin saber qué decir. Su

misión fracasaría si aquel tipejo no se quitaba de en medio. Pero de todas formas aceptó.

Sir Amyas abandonó la sala y cruzó el vestíbulo, custodiado por los dos guardias que habían recibido a Robin y se dirigió al pie de una escalera, también vigilada por otros dos centinelas provistos de armadura y lanza. Se acercó a una puerta protegida por una gruesa cortina que descorrió antes de golpearla con fuerza.

—¿Se ha levantado ya Su Excelencia? —preguntó a la dama que le franqueó la entrada.

—Sí, señor Amyas —respondió.

El hombre entró en la habitación y después de atravesar el vestíbulo levantó la cortina de una segunda puerta, que, tras una leve llamada respondida en el interior por sonoros ladridos de los perros, abrió con brusquedad.

Ante una señal suya, el doctor Bourgoign y Robin le siguieron.

### III

A pesar de que la reina María Estuardo de Escocia había superado ya la juventud y de que las desgracias sufridas en los últimos años habían envejecido sus facciones, a Robin le pareció vivir un sueño cuando fue presentado a la soberana. Era una mujer fascinante, incluso en aquellas circunstancias y, aunque Robin no hubiera sabido que se encontraba en presencia de una reina, habría percibido el encanto que emanaba de su persona, más digno de admirar en aquel trágico ambiente que en los tiempos felices como reina consorte de Francisco II en la Corte de Francia.

Ahora mostraba un rostro pálido como la cera, enmarcado por su cabellera de color castaño. La boca pequeña y la nariz de trazo delicado resaltaban la viveza de sus grandes ojos color miel, que miraban penetrantes a su alrededor. Las manos, blancas y alargadas, surgían de entre las mangas de fino encaje como unidas en oración. Al hablar, el tono de su voz era firme y decidido propio de quien es consciente de su sangre real. En conjunto, su figura causaba una extraña impresión de poder y fragilidad. Los tres hicieron una reverencia ante ella. Sir Amyas se irguió el primero, sin esperar, de acuerdo con el protocolo, el permiso de la reina. Ella movió lentamente sus dedos en dirección a los otros dos, que se incorporaron a su señal. El señor Amyas tomó la palabra.

—Aquí le presento al médico francés doctor Alba que se ha prestado a realizar el reconocimiento necesario para establecer un diagnóstico sobre el estado de salud de S.E. Pero ya le he informado que la inspección deberá realizarse en mi presencia.

—En tal caso podía usted haberse ahorrado el esfuerzo —respondió María—; de

ningún modo voy a permitir que el señor Alba me examine delante de usted.

Robin comprendió que la reina pretendía ser atendida en confesión y por ese motivo necesitaba evitar la vigilancia de su carcelero. Ante la actitud cerrada de sir Amyas, permaneció impávida, sin dar la menor señal de ansiedad, pese a la insistencia de este.

—Eso es absurdo, Señora, yo soy el responsable de su salud y no puedo...

—Tiene usted toda la razón —respondió la reina—; hay extremos a los que no se puede llegar, aunque sea por motivos de salud.

—Excelencia, tengo obligación de velar...

—Es mi última palabra, señor —respondió la reina.

—Pero, Excelencia —protestó Amyas—. Tenga en cuenta que este hombre es un perfecto desconocido y no sabemos cuáles serán sus intenciones.

—En tal caso —respondió la reina—, si no es persona de confianza, usted no debería haberle dejado entrar.

—Mi obligación es velar por su bienestar y el doctor Alba viene recomendado por su médico, el señor Bourgoign.

—Su opinión no me interesa en absoluto —dijo la reina, y se reclinó sobre la cama.

—Me alejaré lo más posible hasta el fondo de la habitación y vuelto de espaldas.

Esta vez la reina ni se tomó la molestia de responder.

Robin se hizo cargo del problema de sir Amyas. Se mostraba preocupado por la salud de la reina y dispuesto a cortar los rumores de que Isabel había ordenado envenenar a María para zanjar el problema, decisión que, de ser cierta, no era compartida por el encargado de su seguridad.

—La reina ha dejado clara su postura —dijo Robin—. Por lo que a mí respecta y siguiendo una primera impresión, considero que su estado no es todo lo bueno que debiera. Para un diagnóstico adecuado necesito efectuar un examen completo, que estoy dispuesto a realizar en presencia de sus damas, pero de nadie más.

Robin hizo una reverencia, en ademán de retirarse y se dirigió hacia la puerta.

Forzado por las circunstancias y contrariado, sir Amyas no tuvo otro remedio que ceder.

—Voy a concederles quince minutos. Les aguardo en la habitación de al lado —dijo mientras abandonaba la habitación.

## IV

María dejó pasar unos instantes hasta que la puerta se cerró por completo después de salir el airado sir Amyas y ordenó a una de sus damas que corriera el cerrojo interior. Después, se apartó rápidamente de la cama para tomar asiento en un sofá. Robin se situó a su lado, dispuesto a escuchar la confesión. Administrado el sacramento, una de las damas prendió dos velas y la reina se arrodilló para recibir la comunión de manos del sacerdote.

## V

Consumida la sagrada forma, la reina María se recostó de nuevo sobre el sofá mientras recitaba la acción de gracias. Al terminar se dirigió a Robin en voz baja:

—No puedo expresarle con palabras lo que ustedes dos acaban de hacer hoy por mí. Pensaba que, dada la situación, no volvería a disponer de un sacerdote antes de morir. No dispongo de los medios para recompensarles como se merecen pero estoy segura de que el Señor lo hará con abundancia. No tardaré mucho en ser ejecutada, pero ahora me encuentro en paz con mi buen Dios. No creo que se me permita ver a ningún sacerdote a partir de ahora, por eso quiero dejar claro que soy inocente de haber tramado la conjura que me atribuyen los jueces. No he tomado parte en esa conspiración. Reconozco que mi único deseo ha sido siempre liberarme de la cárcel. Tal vez habría, incluso, llamado a las armas a mis súbditos de Escocia en mi defensa, pero nunca, jamás, conspirado directamente para atentar contra la vida de Isabel. Sé que yo seré considerada culpable de la trama y así lo harán aparecer ante todos. Pero la verdad es que no muero por haber cometido ningún crimen de lesa majestad, sino a causa de profesar la fe católica.

Emocionado ante sus palabras, el doctor Bourgoign besó la mano de la reina.

—Majestad, ha pasado el tiempo. Ahora, si nos autoriza, vamos a llamar a sir Amyas.

Dispuesto a cumplir su promesa, Robin se retiró un momento para repetirle a la reina María las palabras de despedida de Anthony que recibió con lágrimas emocionadas. Y acto seguido preguntó a Bourgoign:

—¿Cuál le parece la versión que debo dar al señor Amyas, en calidad de supuesto médico sobre el estado de Su Majestad?

El doctor Bourgoign le ofreció la respuesta.

—Puede darle a conocer un diagnóstico prudente y explicarle que me ha dado las instrucciones para el tratamiento adecuado. Añada que la reina, aunque de salud

quebrantada, no padece ninguna enfermedad grave.

## VI

Media hora más tarde, el señor Bourgoign y Robin se despedían frente a una zona ajardinada del castillo orientada hacia el sur.

—No puedo expresarle con palabras la admiración que siento por el valor y entereza de ánimo que ha demostrado. En todo momento ha sabido mantener a raya a sir Amyas y ha logrado ofrecer los auxilios espirituales a la reina en unos momentos de tan gran aflicción para ella. En julio pasado, pidió que le enviaran un capellán católico, pero desde entonces ya no han accedido a sus demandas. ¿Podemos contar con usted para que vuelva a atender a la reina?

—¿Venir otra vez aquí? —preguntó Robin. La idea le atemorizaba.

—Sir Amyas parece haberse convencido de que usted es un médico de toda confianza —añadió Bourgoign—. Por mi parte, me ocuparé de resaltar que la reina, gracias a su tratamiento, ya se alimenta con normalidad y ha recobrado sus fuerzas. Así quedará confirmada su fama de médico excelente y no habrá dificultad para que le autoricen una nueva visita.

Robin sintió que la posibilidad de repetir la escena le llenaba de inquietud. Pero, al mismo tiempo, se apiadaba del sufrimiento de aquella gran mujer privada de su libertad como los cientos de presos encarcelados por el único delito de practicar la religión católica.

A Robin le había impresionado el fervor de la reina María al ver cómo se arrodillaba humildemente ante su Dios, para recibir la forma consagrada. Si en algún momento Robin pudo haber sentido algunas dudas sobre su inocencia, ya se habían disipado. La reina no era solamente una gran mujer por la que sus fieles estaban dispuestos a dar la vida, como en el caso de Anthony, cuyo mensaje había transmitido a la soberana, sino además se convertía en ejemplo vivo de los confesores de la fe, la encarnación del espíritu de una religión por la cual el mismo Robin no vacilaría en ofrecer su vida. Y es que la cuestión religiosa se encontraba en el ojo del huracán que en esos momentos asolaba la historia de Inglaterra.

Con el ánimo turbado, Robin concluyó la entrevista:

—En cualquier momento pueden enviarme a buscar. El mensaje deberá remitirse a nombre de la señorita Manners en Hathersage, Derbyshire, quien me lo hará llegar de inmediato. Yo vendré desde allí o desde el fin del mundo para servir a la reina.

## VII

—Primero deme su bendición, señor Alba —le pidió Marjorie arrodillándose ante Robin en el vestíbulo de entrada.

Habían transcurrido ya varios meses desde que Robin abandonó el castillo de Chartley y se alojaba en casa de Marjorie. Había cabalgado sin prisas hacia el norte después de instalar a su compañero, el señor Arnold, en Lancashire. Celebraba misa cuando le era posible en el trayecto que va de Yorkshire a Wakefield hasta acceder por fin, un día de noviembre, a Booth's Edge donde se había congregado un nutrido grupo de personas para recibirle. Allí reconoció a sir John Fitzherbert, con la misma expresión decidida de siempre. A su lado, Alice Babington mostraba la expresión serena habitual, aunque ahora teñida de tristeza. Junto a ella, la viuda de su hermano Anthony, vestida de luto riguroso, que había perdido a su hija pequeña dos meses antes de la muerte del marido. Anthony había sido ejecutado en los calabozos próximos al campo de San Giles, un lugar donde él solía reunirse con sus amigos.

Era una historia horrible que Robin había escuchado en las tabernas mientras viajaba hacia el norte.

Allí estaba también Dick Sampson, el fiel criado que había ido a dar la bienvenida a su antiguo señor. Todos ellos, desde Marjorie hasta el último aparcero de la granja, se arrodillaron uno a uno para recibir la primera bendición de manos de Robin.

Se anunció a los presentes que el sacerdote, después de celebrar misa a las seis de la mañana, escucharía confesiones a partir de las ocho.

## VIII

Esa noche, acabada la cena, informaron a Robin de los últimos acontecimientos ocurridos en la comarca antes de responder a la curiosidad de los asistentes que deseaban conocer noticias de sus primeros pasos en Inglaterra. Aunque no se consideraba un buen orador, habló durante una media hora sobre los momentos más destacados de su viaje, para satisfacer la curiosidad de sus anfitriones. En especial, el mayor interés se centraba en el relato de su entrevista con María Estuardo que, siguiendo la ruta de su cautiverio, había dormido una noche en el palacio de los Babington en Derby. Para los oyentes, conocer las impresiones de alguien que acababa de ser recibido por la reina María despertaba tal grado de interés que Robin se esforzó en contar su experiencia con todo detalle.

—Además, cabe dentro de lo posible que haya de repetir la visita —añadió Robin—. El señor Bourgoing me advirtió de que, en caso necesario, enviaría un mensajero para

acompañarme hasta el lugar donde se encontrara la reina, pero lo cierto es que, hasta ahora, no he recibido noticias suyas. Y, dado el tiempo transcurrido, si han descubierto que soy sacerdote y no médico, probablemente no me van a permitir atenderla de nuevo.

—A lo mejor le han devuelto a su antiguo capellán —apuntó sir John Fitzherbert.

—No lo creo —dijo Robin—; ya se lo retiraron en la cárcel de Chartley, de modo que ahora, en el castillo de Fotheringhay, donde fue trasladada en septiembre, será todavía más difícil.

—Así pues, señor Robin, ¿podrían reclamar su presencia? —preguntó Marjorie, con voz de alarma.

—Sí. Cabe dentro de lo posible —respondió Robin.

—Y ¿cómo lo sabremos? ¿Se recibiría aquí el mensaje?

—Sí, eso es lo que le rogué al doctor Bourgoing —confirmó Robin.

—¿Sabe alguien más, aparte del doctor y de nosotros, dónde se encuentra usted ahora?

—No, señorita Marjorie. Nadie más.

Tras unos momentos de silencio habló de nuevo la joven.

—Bueno, señores, ya es tarde. Se nos ha pasado el tiempo demasiado rápido. Ahora el sacerdote subirá a la primera planta para confesar a quien lo desee.

Así lo hizo Robin dispuesto a administrar el sacramento, en la misma salita donde siete años antes durante su noviazgo había cortejado a Marjorie. Al recordar aquellos tiempos, le embargaba una sensación de alegría, compartida con Marjorie, que se sentía orgullosa de ofrecer su casa para el mejor servicio de la fe católica. Ella fue la primera en arrodillarse ante Robin para confesar sus faltas y recibir la absolución como lo hubiera hecho con cualquier otro sacerdote, para después ceder el turno al nuevo penitente.

Marjorie tuvo la seguridad de que, a partir de entonces, se le podría plantear un problema de conciencia por culpa de Fotheringhay, lugar donde se encontraba prisionera en la actualidad la reina María. En el caso de que llegara el esperado mensaje solicitando la presencia de Robin en el castillo —y estaba segura de que ese momento no tardaría en producirse—, le entregarían una carta dirigida a su nombre, de acuerdo con las instrucciones dejadas por Robin. La responsabilidad de entregarla en manos de Robin quedaba, pues, sometida a su decisión. Era aquella una posibilidad que, apenas surgida, ya desencadenaba una profunda lucha en su interior.

## CAPÍTULO QUINTO

### I

La incertidumbre crecía de día en día en las dependencias del castillo de Fotheringhay. Pasaron las navidades y no llegaban noticias concretas de Londres. Al parecer, a la reina María, en vísperas de la Navidad, le habían concedido de nuevo los servicios de su anterior capellán. Sin embargo, había transcurrido un mes desde entonces y se desconocía tanto la situación actual como el futuro que aguardaba a la reina. Aunque oficialmente se hizo pública la sentencia de muerte, hasta el momento se ignoraba la forma y el momento en el que se habría de cumplir.

Ante la falta de noticias, los vecinos se reunían en pequeños grupos en el extremo del puente recién construido para observar las entradas y salidas de las autoridades y guardias del castillo. A la izquierda del puente, quedaba situada la iglesia rematada por su elevada torre. Más allá, se dibujaba el contorno de las murallas del castillo, rodeado por un doble foso, que inundaban parcialmente las aguas del río. Desde su observatorio, los ociosos se dedicaban a propagar los más disparatados rumores en relación con la reina María.

El traslado del capellán a otras dependencias del castillo dio lugar a múltiples especulaciones y numerosos chismes sin fundamento real. Incluso llegaron a afirmar que se trataba de un sacerdote falso, amante de una de las criadas al que substituyó otro de honestidad probada. Uno de los caballeros con autoridad en el interior del castillo respondió a las preguntas de los curiosos con el relato de lo ocurrido.

Siguiendo instrucciones superiores, sir Amyas había decidido que, tanto el mayordomo, señor Melville, como el señor De Préau, el capellán, abandonarían el servicio de la reina, para lo cual fueron alojados en el extremo del castillo más alejado de las habitaciones de María. Pese a todo, no cesaron las suposiciones de los que, fieles a su papel de propalar chismes, se mostraban seguros de que la ejecución de María era

inminente, mientras no faltaban los partidarios de otra nueva teoría, según la cual María Estuardo se había convertido al protestantismo y, por ese motivo, ya no precisaba la asistencia de un sacerdote católico. Enredados en sus disputas, ni uno solo de los chismosos advirtió cómo, al amanecer, un joven salía discretamente del pueblo y solo después prestaron relativa atención al oír el sonido rítmico de los cascos de un caballo que se alejaba al galope.

## II

Mientras tanto, dentro del castillo de Fotheringhay la vida se desarrollaba con la rutina acostumbrada. Los seis guardias que vigilaban el puente levadizo tendido sobre el foso exterior dejaron su puesto, como siempre, a las cuatro en punto «sin novedad». Los soldados relevados se dirigieron en dirección a sus cuarteles. Sir Amyas, que había cambiado impresiones con el señor del castillo, sir Fitwillon, atravesaba en esos momentos el patio central, mientras dos soldados escoltaron al carnicero del pueblo hasta las cocinas. Pasados unos diez minutos del cambio de guardia, tres hombres hablaban en voz baja al pie de la escalera por la que acababa de subir sir Amyas. Uno de ellos era el señor Melville, mayordomo de la reina. Cruzó el patio acompañado por el doctor Bourgoing hacia la entrada exterior. El médico se separó de él en dirección a las dependencias reservadas a la reina. El tercer hombre, que debía de ser el capellán francés De Préau, acompañaba al señor Melville.

Media hora después, cuando faltaban solo unos minutos para la hora de recoger el puente levadizo por la noche, el mayordomo salió por una puerta lateral y desapareció en la obscuridad. Era en ese mismo momento cuando el joven caballero salió despacio del pueblo. Al sacerdote De Préau se le había ordenado retirarse a las habitaciones que ocupaba el señor Melville. Al anoecer, sonó el cuerno con el toque de queda y se encendieron las antorchas de la entrada. Poco después de escucharse el segundo aviso, la reina acompañada de sus damas pasó al comedor con la significativa ausencia del mayordomo y del capellán. Mientras tanto, el misterioso jinete que cabalgaba en la obscuridad de la noche se encontraba ya a unas diez millas de Fotheringhay, en el camino de Leicester.

## III

El domingo siguiente, fue también un día rutinario dentro de los muros del castillo. En el pueblo, a las ocho y media las campanas de la iglesia llamaron al servicio matutino. A las once, un sonido de trompeta anunciaba el nuevo cambio de guardia. A las once y media sirvieron la comida de la reina. A las doce terminó de comer y subió a

su alojamiento.

Al mismo tiempo llegaba a Leicester el desconocido jinete, que se dispuso a descansar unas horas en la posada y eligió un caballo de fresco para continuar su viaje, a las tres de la tarde. De nuevo anocheció. De nuevo se relevaron los guardias, subió el puente levadizo y al mismo tiempo, en la carretera a Burton, el caballero, fatigado, se preguntaba cuándo vería aparecer las primeras luces del pueblo.

#### IV

Apenas con las primeras luces del día siguiente, Marjorie se despertó sacudida por su criada Janet.

—Señora, ha llegado un joven, a pie. Afirma que se vio obligado a abandonar su caballo que cayó exhausto a unas cinco millas de aquí. Dice que debe entregarle una carta dirigida a su nombre.

Marjorie se despertó de inmediato. Noticias urgentes como aquella no eran ninguna sorpresa. Con cierta frecuencia, los sacerdotes en apuros enviaban mensajes cuando necesitaban dinero o conocer los movimientos de los espías. Se levantó de la cama y se vistió apresuradamente.

—Por favor, Janet, hazle pasar al vestíbulo, enciende el fuego, prepara comida y sírvele una jarra de cerveza.

Marjorie bajó unos minutos más tarde. El joven había tomado asiento junto al fuego que ardía alegremente en la chimenea.

—Soy la señorita Manners. Me dicen que tienes una carta para mí...

El joven se levantó para saludarla.

—La conozco bien, señorita, soy hijo de John Merton. —Marjorie sonrió aliviada. Pensó que podía ser la temida carta de Fotheringhay.

—Te habría reconocido de no ser porque todavía es de noche. Puedes entregarme la carta.

—Se la envía el señor Melville.

—¿Quién? —preguntó Marjorie, contrariada.

Se trata del señor Melville, señorita, el mayordomo de la reina María en el castillo de Fotheringhay. A continuación, le explicó a Marjorie que el señor Melville, a cuyo servicio se encontraba, le había encargado, como buen conocedor del camino a Derbyshire, llevarla a su destino.

Marjorie quedó como en trance, sin escuchar las palabras del joven. Sus temores se habían hecho realidad. Su amigo Robin se había acogido a su protección y ahora debería entregarle una carta con un mensaje que pondría en grave riesgo su vida. Con el agravante de que había sido ella misma quien, seis años antes, había aconsejado a Robin su ingreso en el sacerdocio. Por unos momentos, Marjorie se propuso destruir aquella carta, sin abrirla. Con cierta cautela, preguntó el joven:

—¿Sabe alguien que estás aquí?

—No, señorita Manners.

—Si yo te lo pido y te facilito un buen caballo, ¿te marcharías sin decir nada a nadie?

—Por supuesto que sí.

Marjorie meditó. La idea le tentaba. Podía proporcionar al chico una montura y enviarlo de vuelta, sin mayores consecuencias. Pero, en tal caso, no acudiría a Fotheringhay ningún sacerdote.

Por otra parte, ella estaba segura de que tampoco Robin se esperaba, a esas alturas, ser reclamado para atender a la reina María. Así que, pensaba, no se extrañaría de no recibir noticias suyas. Había permanecido fuera un mes y ni siquiera al regresar había preguntado por la llegada de algún correo. Así pues, si Marjorie, tras despedir al joven, explicaba a su criada Janet la versión de que en la carta recibida uno de los sacerdotes se limitaba a pedir ayuda económica, el problema quedaría resuelto. No obstante, preguntó al mensajero:

—¿Conoces el contenido de la carta?

—Sí, señorita Manners. En ella se dice que el sábado pasado, la reina María se vio privada de su capellán y, por ese motivo, el doctor Bourgoing decidió reclamar la ayuda de ustedes.

—Pero antes dijiste que venías por encargo del mayordomo señor Melville...

—Bueno, es que el señor Melville, aunque es protestante, permanece fiel a María Estuardo, de modo que me ha enviado por intermedio del doctor Bourgoing.

—Pero —respondió Marjorie— ¿necesitan el sacerdote con tanta urgencia?

El joven la miró, extrañado.

—Quiero decir —aclaró Marjorie— que seguramente le devolverán a su capellán...

—No, señorita... quizá usted no conoce bien la situación... Piensan ejecutar a la reina en breve plazo. De eso no tenemos la menor duda. He venido para que pueda recibir los últimos auxilios de un sacerdote antes de morir. Lloraba amargamente cuando

se llevaron al capellán. También el señor Bourgoing se mostraba muy afectado. Por eso me han ordenado que me desplazara hacia Derbyshire a la mayor velocidad posible.

Al escuchar sus palabras, Marjorie recordó entonces la angustia de su propia madre cuando, en el lecho de muerte, reclamaba la presencia del sacerdote que, finalmente, no llegó a tiempo. Comprendió el horror que supone para los católicos verse privados de la paz y el perdón que, como el mismo Jesucristo, les trasmite el sacerdote, cuando se ciernen sobre sus almas las sombras de la muerte. Es cierto que, si no es posible la presencia del sacerdote, la Divina Misericordia perdona los pecados. Pero ¿cuál sería la responsabilidad de cualquier persona que de modo consciente impidiera a un alma el consuelo de recibir los últimos sacramentos? Marjorie fue consciente que, en aquellos momentos, su vida estaba destinada a garantizar a la reina este servicio. No podía fallarle. Había tomado la decisión correcta. Recobrada la calma, se dirigió al joven.

—Espérame aquí un momento. Voy a avisar al sacerdote.

## V

Una hora más tarde, apenas cuando los primeros rayos de sol iluminaban la campiña, Marjorie, la criada Janet, Alice y Robin, conscientes de la gravedad del caso, se reunieron junto a la puerta de entrada. Después de pronunciar las últimas palabras, Marjorie había subido la escalera con paso decidido, hasta el dormitorio de Robin, situado en la primera planta. Golpeó la puerta con energía y, tras unos minutos de espera, para darle tiempo a despertar, deslizó la carta bajo la puerta y le habló con voz firme:

—Por fin ha llegado el mensaje que esperábamos. No admite demora. Puedes bajar, hemos dispuesto lo necesario y el desayuno está servido.

Mientras Robin se arreglaba, Marjorie ordenó a los mozos de cuadra que ensillaran dos buenos caballos para un largo viaje. Alice, al escuchar el alboroto, quiso acompañarles a desayunar y después se dirigió con el resto del grupo a la puerta principal, donde ya se encontraban los caballos listos para el viaje. Antes de salir, Marjorie se detuvo un momento junto a Robin.

—Estuve a punto de quemar la carta y enviar al jinete de vuelta, sin decirte nada. Tengo miedo de lo que vaya a pasar cuando llegues al castillo de Fotheringhay. Ruego a Dios que te proteja.

Sin decir nada más y sin esperar la respuesta se adentró en la casa reclamando la presencia de Janet y Alice, que se acercaron para que el sacerdote les diera su bendición antes de emprender la marcha seguido por el joven mensajero.

## CAPÍTULO SEXTO

### I

Al amanecer del miércoles 25 de enero y mientras sonaban las campanas de la parroquia de La Conversión de San Pablo, dos fatigados viajeros cruzaban el puente de Fotheringhay. El castillo se recortaba hacia la derecha, oscuro y gris, difuminado por la niebla que se elevaba desde los márgenes del río. Ante los diversos incidentes surgidos el lunes, primer día de viaje, Robin decidió que debían descansar esa noche. En cambio, y para recuperar tiempo, el martes cabalgaron sin apenas descanso las 24 horas de una jornada que se le hizo interminable. Llegados a la posada, Robin subió a la habitación que compartía con el joven Merton y se quedó dormido de inmediato. Horas más tarde le despertó el penetrante sonido de la trompeta del castillo que anunciaba la hora de la cena. John Merton, que se encontraba a su lado, le dio a conocer las últimas novedades.

—Señor, he hablado con Melville, el mayordomo de la reina. En su opinión es inútil cualquier intento de convencer a sir Amyas, al menos por el momento. El señor Melville le ha preguntado el motivo por el que se le impide visitar a la reina, pero no le ha dado respuesta. Piensa que, pura y simplemente, se trata de privarla de sus atribuciones reales antes de la ejecución. Se espera que la orden de cumplir la sentencia llegue de un momento a otro.

Robin le miró entristecido.

—¿Se sabe algo de su capellán, el señor De Préau?

—Dicen que anda por los pasillos como alma en pena. Parece que vendrá a hablar lo antes posible con usted. El señor Melville cree que, mientras tanto, puede circular tranquilo por el pueblo sin el riesgo de encontrarse con sir Amyas, ya que, en los últimos días, no se le ha visto fuera de los muros del castillo.

Robin cenó en una salita de la posada con dos abogados y un oficial del señor

Fitzwilliam. Al acabar, el joven Merton le informó de que el capellán De Préau había llegado y le esperaba en su habitación. Robin abandonó la sala y subió las escaleras hasta la planta superior. En su habitación, encontró a un hombre de baja estatura y aire compungido que paseaba nervioso por la estancia. Al verlo entrar le tomó de las manos y susurró agitadamente un torrente de frases que mezclaban palabras en inglés y francés.

Robin se soltó en un vano intento de calmarle.

—Tome asiento, señor De Préau y, por favor, hable más despacio o no conseguiré entender ni una palabra. Dígame lo que debo hacer. Como usted sabe, estoy a sus órdenes y a las del doctor Bourgoing.

Robin miró con cierta lástima al atribulado sacerdote, que gesticulaba y miraba al cielo mientras repetía desolado el nombre de su señora, la «reina santa y mártir», al tiempo que despotricaba en contra de este «país de bárbaros» sin corazón. Por lo que a él se refería, apenas lograba evitar los ataques de los malvados sicarios que lo cercaban como leones sedientos de sangre y escapar de los graves peligros que le acechaban dentro y fuera del castillo. Como ejemplo, citaba la actitud agresiva del cruel sir Amyas, quien no dudaría en retorcerle el cuello si alguien le informaba de que le había visitado en la posada. Bramaba con furia contra los asesinos que se mostraban dispuestos, no solo a destruir el cuerpo, sino también el alma de la piadosa reina María, al privarla de la asistencia de un sacerdote.

El buen sacerdote le dijo que, de momento, las posibilidades de que a Robin, bajo la supuesta identidad de doctor Albert, se le permitiera visitar a la reina en el castillo eran prácticamente nulas. El doctor Bourgoing le había mandado llamar con la esperanza de lograr el permiso de sir Amyas, con la misma excusa que sirvió en Chartley, pero el inmediato y trágico final de la reina María Estuardo había hecho inútil el intento. El capellán continuó su agitada charla:

—Debe usted elegir —le dijo a Robin en un inglés con fuerte acento francés—; si decide quedarse y arriesgar su vida en el empeño, no cabe duda de que el Señor le recompensará. Pero en el caso de que se marche, nadie le culparía de nada. He de reconocer que, si me atreviera, yo también abandonaría este infame lugar.

Robin —con una sonrisa— respondió:

—Me quedo.

El francés le tomó de nuevo las manos y se las besó, emocionado.

—Es usted un héroe y un mártir. Moriremos juntos.

Después de despedir al francés, Robin se vistió con su ropa de noble caballero de

capa y espada, dispuesto a pasear por las calles de Fotheringhay con el mismo aire de superioridad de los numerosos forasteros que habían llegado a la ciudad durante los últimos meses. Aristócratas, oficiales, funcionarios de la corte y abogados frecuentaban a diario los alrededores del castillo. Una hora después, regresó a la posada un tanto frustrado. Le molestaba el hecho de que, a partir de ahora, dedicaría la mayor parte de su tiempo a la actividad que más le aburría: esperar. Con paciencia y quizá pasado algún tiempo, lograría hablar con el doctor Bourgoign.

## II

Sin embargo, pasaron cinco días sin que Robin recibiera las noticias que esperaba. Por fin, John Merton le entregó una carta escrita de la mano del propio doctor Bourgoign, en la que le comunicaba la llegada inminente del señor Beale, un destacado miembro del Consejo Real. Su presencia anunciaba el rápido final que aguardaba a María Estuardo: la ejecución de su pena de muerte. Añadía el doctor que ese motivo le impulsaba a realizar un último intento para que sir Amyas autorizara la visita de Robin.

Esa noche, Robin no lograba conciliar el sueño, al imaginar el sufrimiento de la reina, que había manifestado su ardiente deseo de recibir los sacramentos. Le mortificaba, además, el pensar que su habitación en la posada se encontraba tan solo a unos cientos de metros de la ilustre prisionera. Distancia corta, pero, dadas las circunstancias, totalmente infranqueable para él.

## III

El sábado siguiente, por la mañana, el joven Merton le rogó que le acompañara. El señor Bourgoign, que había conseguido permiso para salir del castillo, deseaba hablar con él. Robin se vistió de nuevo su capa y armado con la espada abandonó la posada. Subieron por la calle en cuesta que desembocaba en la iglesia y se perdieron en un callejón angosto encerrado entre dos edificios de gran tamaño. Merton empujó una puerta adosada a la pared que daba a un pequeño jardín. Allí encontraron al señor Bourgoign, dedicado en ese momento a recolectar algunas hierbas. Al percibir su presencia, hizo una seña a Robin para que se ocultara en un saliente del muro que separaba el jardín de la vivienda y le habló en voz baja.

—La reina se encuentra enferma de nuevo y he logrado permiso de sir Amyas para recoger plantas medicinales. El señor Beale llegará mañana, lo que hace suponer que no tardará en cumplirse la sentencia de muerte. ¿Me ha entendido usted bien? —susurró.

Robin asintió.

—Entonces, continuó. Me propongo hablar con sir Amyas para informarle de que usted ha respondido a mi llamada y se ha desplazado a Fotheringhay, dispuesto a facilitarme los consejos médicos que necesito. La reina ha sido informada de su llegada y se echó a llorar al conocer que, a pesar de disponer de un sacerdote a unos pasos del castillo, no se le permitirá verle. Sin embargo, hay que esperar. Si Amyas autoriza la visita del falso médico señor Alba, quiere decirse que la ejecución de la reina se aplazaría por algún tiempo. En caso contrario, parece seguro que el señor Beale es portador de la orden de ejecución inmediata y, por tanto, ya no hace falta ningún médico.

Por motivos de prudencia, el doctor Bourgoign consideró necesario acortar la entrevista. Pero antes de despedirse, Robin le preguntó:

—Dígame, señor Bourgoign. ¿Mi presencia aquí supone un mayor riesgo para la vida de la reina?

—En absoluto. La suerte de la reina ya está echada. A partir de ahora, el único que corre peligro es usted.

—Eso no importa. Lo último que me falta por saber es si podré estar presente en el lugar de la ejecución para darle, al menos, la última bendición.

—No lo creo. Eso solo sería posible en caso de que el acto se hiciera en la plaza pública. Pero no creo que lo hagan así. Váyase ya y rece por la reina.

#### IV

Durante la mañana del domingo, Robin permaneció en su habitación del piso alto de la posada, vigilando desde la ventana los movimientos registrados en torno a los accesos al castillo, de un lado, y los caminos de entrada al pueblo, de otro. De este modo, asistiría a la llegada de los mensajeros o vería aparecer el séquito de guardias que suelen acompañar a personajes tan importantes como sir Beale.

Al anochecer, Robin advirtió cómo dos hombres a caballo remontaban la cuesta que desembocaba en el puente nuevo. A primera vista no había nada en ellos que llamara la atención. Desde luego no se trataba del temido Beale, al que se esperaba rodeado por un nutrido cuerpo de oficiales y autoridades de la Corte de Londres. Al ver que se aproximaban los dos jinetes, Robin sintió una extraña sensación, tal vez debido al aire misterioso, oscuro y siniestro, que desprendían sus figuras. Ambos llevaban equipajes de los que se hizo cargo el posadero, además de ocuparse de los caballos antes de franquearles el paso al edificio. Cuando Robin bajó a cenar, solo vio a uno de ellos. Situado en un extremo de la sala preguntó a uno de los comensales si conocía la

identidad del recién llegado.

—Sí. Es el mayordomo del señor Walsingham, le conozco de verlo en Londres.

Ya había acabado de cenar cuando en el exterior se oyó el ruido de caballos que pasaban bajo las ventanas.

—¿Qué es eso? —preguntó Robin a su compañero de mesa.

—Debe de ser la comitiva que acompaña a sir Beale. Por fin han llegado.

Se asomó a la ventana, pero la obscuridad de la noche y la falta de luz le impidió distinguir los detalles de la comitiva. Solo vio un grupo aproximado de una veintena de hombres que se alejaban presurosos en dirección al castillo.

En el interior de la posada se levantó un murmullo de voces asustadas. No era solo Robin el que percibía el aire siniestro que rodeaba a todos los que habían participado en el proceso contra la reina mártir.

## V

Recién llegado a su habitación, Merton le entregó una nota manuscrita, sin sobre, pero doblada varias veces para ocultar su contenido. Una vez desplegada, Robin la leyó sin hacer ningún comentario. Se limitó a preguntarle:

—¿Podrías averiguar quiénes eran los dos caballeros que han llegado esta tarde a la posada? —preguntó Robin.

—Preguntaré por ahí —respondió Merton— pero, si no le importa, antes me gustaría saber lo que dice esa carta.

—Son malas noticias —confirmó Robin escuetamente—. Por favor, haz lo que te pido. Es importante identificar a esos dos hombres. Espero que me informes lo antes posible sobre ellos.

Cuando el muchacho se fue, Robin leyó la nota de nuevo, antes de destruirla.

*He hablado con sir Amyas hoy. No quiere saber nada de este asunto y creo que sospecha de usted. Lo mejor que puede hacer es desaparecer cuanto antes. En todo caso, tenga mucho cuidado.*

*P.D. Acaba de llegar señor «B» y ha estado hablando con sir «A». Me parece que todo ha terminado.*

Diez minutos después regresó Merton y encontró a Robin inmovilizado.

—No voy a poder ver a la reina —dijo con tristeza.

Merton le contó que no había logrado averiguar gran cosa.

—Dicen que solo venía un hombre del servicio del señor Walsingham, pero mienten, porque he visto a un camarero de la posada que bajaba con varios platos y una botella de vino por la escalera que lleva a una habitación situada sobre las cocinas.

## CAPÍTULO SÉPTIMO

### I

Esa misma noche se extendió como la pólvora el rumor que más tarde se convirtió en terrible noticia. La sentencia de muerte acababa de llegar a Fotheringhay y se le había comunicado ya a la reina. A lo largo de la madrugada una agitada multitud se fue concentrando a las puertas del castillo. Con las primeras luces del alba, se procedió a bajar el puente levadizo. En el interior empezaba a oírse el ajetreo de guardias y personal de servicio. Sin embargo, los grandes portones que daban acceso al patio de armas permanecían cerrados. No por mucho tiempo. De pronto, con un leve roce, empezaron a girar sobre sus goznes y dejaron ver a los centinelas que guardaban el paso. Las gentes se precipitaron hacia la entrada de modo que Robin, que durante la noche se había situado en lugar preferente, se vio arrastrado por el ímpetu de la masa humana. Era tal la acumulación de personas reunidas en tan reducido espacio que apenas lograba poner los pies en el suelo.

El pueblo, una vez que llegó al patio de armas, fue obligado por los guardias a permanecer detrás de las plazas reservadas para las autoridades que habían llegado desde Londres el día anterior y ocupaban la zona central del patio. Permanecían en pie, muchos de ellos vestidos de negro y con la cabeza descubierta en señal de respeto, ante un insólito acontecimiento, como era la ejecución de una reina, que iba a producirse en breve. Robin se vio relegado, a su pesar, a un extremo muy distante del porche del castillo, donde, según todos los indicios, se cumpliría la sentencia de muerte.

A su espalda quedaba un muro de piedra al que finalmente logró escalar para evitar las presiones de la multitud. Desde allí, percibió con toda claridad la imposibilidad absoluta de avanzar hacia el lugar donde sería ejecutada la reina y, por tanto, su propósito de darle la absolución antes de la muerte había quedado frustrado.

Era algo que Robin ya se había temido y por eso los dos últimos días fueron tan

amargos para él. La noche anterior, Merton había entrado en la posada, pálido y muy asustado. Le contó que el señor Walsingham se encontraba presente en la habitación de la reina cuando le leyeron el edicto con la sentencia de muerte. María, dando muestras de gran serenidad, le pidió que permitieran la entrada a un sacerdote para administrarle los últimos auxilios espirituales. Debían avisarle con tiempo, dado que la ejecución tendría lugar a las ocho de la mañana siguiente, y los puentes del castillo no quedarían abiertos hasta las siete. Si era posible, ella les rogaba que lo dejaran pasar para asistirle, aunque se mantuviera en la distancia. Dejó claro que moría sin pena, consciente de que derramaba su sangre por la Iglesia católica. Afirmó que no se le condenaba por haber participado en ninguna conjura contra la reina. María, después de besar la Biblia, declaró una vez más su inocencia, al negar su participación en ninguna conjura dirigida contra la vida de Isabel. Ella iba a morir a causa de la fe en la que fue educada y de la cual Isabel había apostatado. Para terminar, la reina María afirmó no tener miedo a la muerte.

## II

Los recuerdos de su visita a María Estuardo en la cárcel, los sentimientos y emociones ante su sacrificio se revolvían ahora en su imaginación, cuando se encontraba a punto de asistir al martirio de una reina, convencido plenamente de su inocencia respecto a los delitos por los que había sido condenada. Ella moría por su fe, un crimen del cual también Robin podía ser acusado. Por un momento se preguntó si él sería capaz de morir con tanto honor y dignidad, si llegaba el caso.

Repentinamente, Robin volvió a la realidad al escuchar el sonido penetrante de las trompetas y el redoblar de tambores. Como resultaba imposible adivinar lo que estaba sucediendo en el interior del castillo, circulaban numerosos y contradictorios rumores entre la multitud expectante. Mientras unos afirmaban que los sonidos estaban destinados a despertar a la reina, otros que anunciaban su llegada al lugar donde sería sacrificada. Amaneció un día gris y cubierto de nubes negras propio del mes de febrero. Para iluminar la penumbra las antorchas seguían encendidas.

Se oyeron de repente los primeros compases de una marcha fúnebre que a Robin le resultaba conocida, pero no lograba identificar. Según la opinión de uno de los presentes, se trataba de la música utilizada en las ceremonias de la quema de brujas.

De súbito, un aterrador murmullo de angustia fue creciendo en los labios del público. Todo hacía pensar que la reina se encontraba en el porche del castillo. En realidad, era imposible saber si era cierto o no. Robin esperaba que en el momento de la muerte se produciría alguna señal que diera a entender el cumplimiento de la sentencia, pero no

hubo ninguna. La desagradable y odiosa melodía continuaba sonando, como última muestra de la presencia diabólica en aquel acto.

De repente, la música dejó de sonar y un gemido agudo, débil al principio, que fue ganando intensidad, se elevó sobre el patio de armas. Eran los estridentes aullidos de un perro. Segundos más tarde se oyó un fuerte griterío que, desde el porche invisible, se extendió al exterior y fue coreado por los miles de personas congregadas en el patio. Robin aseguró su posición en el muro de piedra trepando un poco más arriba, agarrado al saliente de una ventana. Se hizo de nuevo un silencio extraño que se rompió de forma brusca al recrudecerse los gritos, cuando el verdugo apareció en uno de los balcones del castillo mostrando la cabeza de la reina María en una bandeja de plata[5].

## CUARTA PARTE

### CAPÍTULO PRIMERO

#### I

Había transcurrido un año desde la muerte de la María Estuardo en Fotheringhay, cuando un reducido número de católicos se reunieron en casa de Marjorie.

Entre ellos se encontraban sir John Fitzherbert y Alice Babington, que se mostraba tan serena y callada como de costumbre, aunque más delgada y pálida. La viuda de su hermano Anthony ya no se encontraba en el grupo, pues había decidido, a la muerte del marido, volver con su familia.

Robin acababa de regresar de Derby, portador de malas noticias. El sacerdote, señor Simpson, había sido capturado a su regreso a Inglaterra y estaba confinado en la cárcel a la espera de juicio. Le amenazaban con la tortura y pena de muerte, a no ser que aceptara la propuesta de ser recibido en la Iglesia protestante, opción que, al parecer, el sacerdote había considerado. El sufrimiento era excesivo para él. Marjorie estaba preocupada al pensar en el ejemplo demoledor que su desertión provocaría entre los católicos de Derbyshire. Le parecía imposible que un hombre tan fiel y valeroso como el señor Simpson pudiera abandonar su fe. Se ofreció para visitarle en la cárcel y reconfortar su espíritu, pero los asistentes a la reunión se mostraron en contra de la propuesta, debido al riesgo de que también ella fuera detenida. La ayuda de Marjorie en favor de la causa era demasiado valiosa. Aquella casa, no muy ostentosa y de aspecto vulgar, perdida entre los campos de labor, no despertaba sospechas y, hasta el momento, había pasado desapercibida. Sin duda, era el único lugar seguro para los católicos perseguidos. Además, desde allí se organizaban los servicios de información y se distribuían las cartas a sus destinatarios, sacerdotes y fieles, que operaban por la zona del norte de Inglaterra. Prevalció el criterio de la mayoría respecto a que Marjorie era la pieza esencial y no podían arriesgarse a prescindir de su ayuda. Finalmente, Marjorie se dio por vencida y

renunció a su pesar a la idea de visitar al señor Simpson.

## II

—Hay otra cuestión —dijo Robin—. En principio, había pensado no decir nada para no crear alarma, pero en vista de las circunstancias he cambiado de opinión.

A mi regreso de Fotheringhay, como recordará la señorita Manners, le hablé de mis temores sobre la actitud de una de las personas que acompañaban a lord Shrewsbury, al notar en su mirada un cierto aire de desconfianza sobre los motivos de mi presencia en aquel lugar. Evidentemente, sospechaba que no era el médico francés que aparentaba ser. Luego olvidé el incidente y no lo había vuelto a recordar hasta ver de nuevo al mismo personaje esta mañana en Derby. Os cuento. Casualmente me encontré hoy a John Merton que paseaba con su padre y nos saludamos con afecto. El muchacho me explicó que ya no estaba al servicio del mayordomo señor Melville y me habló de su próximo viaje a Francia. Aún no habíamos terminado la conversación, cuando apareció lord Shrewsbury con el magistrado señor Columbell y algunos hombres más. Entre ellos se encontraba el que sospechaba de mí en Fotheringhay. ¡Qué mala suerte! Si me hubiera cruzado con ellos yo solo, estoy seguro de que ni me hubieran mirado, pero como, al parecer, eran amigos de los Merton, se detuvieron a saludarles y entonces aquel hombre me reconoció.

—¿Qué estaría haciendo lord Shrewsbury en Derby con el señor Columbell? —se preguntó sir John Fitzherbert.

—Eso mismo pensé yo —contestó Robin—, así que, para averiguar algo más les seguí a prudente distancia y vi cómo, al final, entraban todos en casa del señor Columbell.

—¿En torno a qué hora sería? —preguntó de nuevo sir John.

—Alrededor del mediodía —respondió Robin—. Me imagino que iban a comer juntos y eso es lo que me resulta muy raro. ¿Por qué motivo se rebajaría un aristócrata de la categoría de lord Shrewsbury a compartir un almuerzo con un magistrado tan modesto como el señor Columbell? También me extrañó que la comida se celebrara en la casa de este, cuando el palacio de lord Shrewsbury se encuentra muy cerca y en la misma zona.

—Pero ¿qué tiene eso que ver contigo, Robin? —intervino Marjorie.

—Sí, ahora lo explico. Me refiero a que, dadas las circunstancias de la persecución a que nos vemos sometidos, me planteo si, como sacerdote, habré de tener cuidado y permanecer escondido, sin dejarme ver en el pueblo. En realidad, ese hombre al servicio

de lord Shrewsbury lo único que sabe de mí es que estaba en Fotheringhay hace un año, pero solo por esa razón no pueden considerarme sospechoso.

—De todos modos —le aconsejó sir John—, tal vez sea lo más seguro que no se deje ver demasiado. Por el momento no parece que nadie le haya seguido la pista desde Derby. Aquí está a salvo, porque nadie sospecha de esta casa. Lo mejor sería que permaneciera escondido durante las próximas dos semanas sin dejarse ver por la ciudad, para que se olviden de usted.

Marjorie asintió.

—Me parece lo más oportuno —afirmó Marjorie.

—De acuerdo —dijo Robin—, así lo haré.

### III

A punto de finalizar la reunión, se oyeron en la puerta principal varios golpes de aldaba. La sirvienta Janet salió a ver quién era. Poco después, regresó a la sala:

—Sir John —dijo—; uno de sus hombres ha venido de Padley y quiere hablar con usted, a solas.

—Disculpen un momento —dijo sir John—. Lo recibiré en el vestíbulo.

Los demás se sentaron de nuevo un tanto alarmados. Esperaban malas noticias. La preocupación aumentó cuando los minutos pasaban y sir John no regresaba. Por fin escucharon sus pasos. Se mostraba muy serio.

—Estamos en graves problemas —dijo—, pero aún nos queda algún margen para escapar. De momento, necesitamos que la señorita Manners nos permita dormir esta noche en su casa. Si les parece, partiremos a primera hora de la mañana.

—Por supuesto, aquí estarán seguros —les tranquilizó Marjorie—. ¿Qué ha ocurrido?

—Por orden de lord Shrewsbury, nuestro querido magistrado Columbell ha sido el encargado de detenernos al señor Fenton y a mí. Lo más terrible es que mi propio hijo Thomas parece haber sido el organizador de la caza. Ya me extrañaba que no hubiera actuado antes. Menos mal que Thomas cree que estoy en Padley a la espera de mi amigo el señor Eyse, invitado a asistir a la misa de la Candelaria que se celebraría en mi casa. Le he mandado recado para que no venga. En cuanto al señor Fenton, se encuentra en Tansley. En eso mi hijo se ha equivocado. No sabe que se marchó de Padley.

—¿Esperaba usted alguna visita más? —preguntó Marjorie.

—No, a nadie. Puede ser que llegue de improviso, pero no lo creo. En cuanto a nosotros —dijo mirando a Robin—, lo más prudente para escapar será que salgamos de este condado en dirección a Stafford.

Su voz sonaba amarga. Se notaba la tristeza que sentía al saber que era su propio hijo Thomas quien lo entregaba en manos de sus enemigos. En todo caso, no había tiempo que perder. Marjorie les preparó equipaje y provisiones para dos o tres semanas. Tiempo suficiente para que avisaran en su recorrido a las personas que corrían peligro de caer en las próximas redadas, siguiendo los planos de situación y los datos facilitados por Marjorie. Ese era el caso de los sacerdotes señores Garlick y Ludlam, conocidos en los ambientes católicos, a los cuales, en el supuesto de ser capturados, les aguardaba una sentencia de muerte segura y rápida. Entre los nervios y los preparativos del viaje, los expedicionarios permanecieron despiertos hasta altas horas de la madrugada.

Robin estaba asombrado de la capacidad de organización y la sangre fría que demostraba Marjorie, además de su exacto conocimiento de cada caso en particular. Ella estaba bien informada de los lugares donde se escondían todos los sacerdotes de la región norte y sabía cómo localizarlos cuando fueran necesarios los servicios religiosos. Se lamentaba la joven de la escasez, cada vez mayor, de sacerdotes, de modo que resultaba casi imposible atender la solicitud de sacramentos para los fieles situados en los lugares más remotos o menos accesibles. En la lista facilitada por Marjorie se apuntaban los nombres de las personas y lugares que, de modo preferente y según sus necesidades espirituales, no podían dejar de contactar. Al fin, abrumados por la fatiga, se retiraron a descansar.

Alice acompañó a sir John a la habitación que le habían asignado y Marjorie quedó un momento a solas con Robin.

—Por favor, no olvidéis tomar todas las precauciones durante el viaje. Es importante.

—Haremos todo lo que podamos —dijo Robin.

—Sería un desastre si te pasara algo, Robin. Eres uno de los escasos sacerdotes que todavía quedan libres en nuestra región. Recuerda siempre a las almas que dependen de tu cuidado.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### I

Las noticias del violento asalto a Padley fueron conocidas por los viajeros durante su estancia en Langley, la residencia del pariente de los Fitzherbert, el señor Basset. Habían atravesado por diversos lugares de Staffordshire, siendo bien acogidos en los hogares de los católicos. Llevaban unas semanas en el condado y se disponían a regresar a Derbyshire, cuando decidieron descansar algunos días en casa del señor Basset. Al llegar, les entregaron una carta de Marjorie en la que les informaba del ataque lanzado por los representantes de la reina Isabel sobre Padley. Los invasores quedaron sorprendidos ante el gran número de personas que, en esos momentos, se habían reunido en la casa. Entre ellos se encontraba Anthony Fitzherbert, séptimo hijo de sir John y hermano del traidor Thomas. El señor Fenton se había acercado también el día anterior, al no haber recibido el mensaje de alerta que le enviaron para que huyera. El magistrado, señor Columbell, envió una patrulla de hombres armados que rodearon sigilosamente la finca y por la noche se precipitaron al interior de la casa. Por sorpresa detuvieron al joven Anthony y al señor Fenton. No causaron daños materiales, quizá advertidos de que las riquezas de la familia Fitzherbert pasarían en el futuro al patrimonio del señor Topcliffe y, por tanto, no era prudente estropearlo. Los demás quedaron libres de cargos.

En relación con el caso del sacerdote, señor Simpson, Marjorie les confirmaba que, a pesar de su compromiso de abjurar de la fe católica, continuaba recluido en prisión, aunque bajo la promesa de ser liberado en breve. Ella confiaba en que el ingreso en la misma celda del heroico joven Anthony Fitzherbert sirviera de ejemplo para que el señor Simpson cambiara de postura. Al recibir tan inquietantes novedades, Robin se asombraba de la entereza con la que el atribulado sir John Fitzherbert recibía la captura de su hijo Anthony, al que aguardaba un triste destino.

—Mi hermano —se lamentaba sir John— ha pasado la mitad de su vida en prisión y mi hijo Thomas es un traidor que ha jurado fidelidad a la reina Isabel. Yo he sido

multado y perseguido de todas las formas posibles y para atender las sanciones me he visto obligado a vender buena parte de mis mejores fincas. A mi alrededor, he visto cómo una familia tras otra abandonaba la religión de sus padres. Así que, en cierto modo, puedo estar orgulloso de que, al menos, Anthony haya mostrado la valentía de estar dispuesto a sufrir por su fe. Ojalá que su heroicidad y posible martirio sirva para la conversión de su hermano, el traidor.

Aunque abatidos por tantas desgracias, la estancia de los fugitivos en la casa del señor Basset en Langley resultaba más tranquila que en Derby, debido a la menor presión de los perseguidores. Además, el señor Basset era por temperamento un hombre optimista ya que, de momento, no se había visto forzado a cambiar sus ideas religiosas. Solamente le hacían pagar las multas, pero, por lo demás, le dejaban vivir en paz en su casa que era grande, cómoda y estaba rodeada de un jardín que, a veces, sirvió de escondite para acoger de forma discreta a sacerdotes en dificultades. Estaba convencido de que el rey de España mandaría su armada para combatir a los seguidores de la reina Isabel y la obligaría a derogar las crueles medidas contra los católicos. Al contrario, tanto sir John como Robin no creían en absoluto en semejante posibilidad, pero no querían llevarle la contraria. Para evitar discusiones estériles, sir John decidió cambiar de conversación. Aunque planteó al señor Basset un tema espinoso.

—¿Podrías decirnos qué ocurrió en el caso del señor Sutton, el sacerdote que fue ejecutado en Stafford el año pasado?

El rostro del señor Basset cambió repentinamente y se contrajo de tal forma que sus ojos recordaban dos cabezas de alfiler.

—¿Qué pasa con eso? —preguntó a su vez con tono airado.

—He oído decir que en tus manos estuvo la posibilidad de impedir la ejecución pero que no lo hiciste. No te ofendas, nunca le di crédito a semejante infundio.

—Pues es verdad. Al menos, lo es en cierto sentido.

—¿Así que es verdad? —se extrañó sir John.

—Sí y celebro tener la oportunidad de explicarme. Prestad atención y, por favor, pensad qué hubierais hecho vosotros en mi lugar. Como sabéis, el señor Sutton fue capturado, juzgado y condenado a muerte. Antes de que se dictara la sentencia hice lo que pude por salvarlo, pero todo fue inútil. Al negarme en redondo a formar parte de los responsables de la ejecución de un sacerdote, nombraron otros oficiales en mi lugar. El problema fue que, tres días antes del día señalado para que se cumpliera la sentencia, me llegó una confidencia alarmante. Me decían que el señor Sutton había acordado un pacto con sus verdugos para salvar la vida a cambio de facilitar los nombres de sus

compañeros de sacerdocio que operaban en la zona.

La información abarcaba también las casas donde se refugiaban y los lugares en los que se celebraban las misas. En fin, como os podéis imaginar, un verdadero desastre para los católicos. Entonces, decidí que era mejor acelerar el cumplimiento de la sentencia para impedir que todos esos cayeran en manos de los jueces, Así que me ocupé de que lo ejecutaran lo más rápidamente posible. Con eso evitaba que el señor Sutton pusiera en peligro, no solamente la salvación de su alma, sino también la vida de numerosos sacerdotes que hubieran sido conducidos a prisión y tal vez ejecutados. Puedo deciros que el señor Sutton murió como un buen sacerdote y estoy seguro de que se arrepintió de haber pensado en cometer una traición semejante.

Al escuchar sus palabras, sir John se cubrió el rostro con las manos y Robin guardó un silencio respetuoso. La crueldad de los perseguidores planteaba, en efecto, situaciones complicadas —y no solo a los sacerdotes— en las que resultaba extremadamente difícil tomar la decisión correcta.

## II

La última tarde, antes de abandonar la casa del señor Basset, su anfitrión les invitó a pasar a una pequeña sala de estudio que comunicaba con su dormitorio, atestada de cientos de libros y en tal cantidad, que Robin solo había visto algo semejante en la biblioteca del seminario de Reims. Una estantería rodeaba toda la habitación desde el suelo hasta el techo y estaba completamente llena de libros, que también ocupaban una parte de la mesa de trabajo. El señor Basset sonrió al ver el asombro de Robin.

—Aunque no lo parezca, todos los libros están ubicados en el lugar que les corresponde y perfectamente ordenados, hasta el punto de que podría encontrar sin dificultad en breves momentos cualquiera de los volúmenes buscados. Pero no es eso lo que me proponía mostrarles —dijo en dirección a Robin.

Provisto de un candelabro, les pidió que se acercaran a un estante situado detrás de la puerta. Junto a los libros había dos cajas. El señor Basset las abrió para mostrarles el contenido, que dispuso sobre la mesa. Aunque Robin los miraba atentamente, no lograba identificar aquellos objetos. Se trataba de una bola de cristal asentada sobre un soporte de oro y envuelta en un paño de terciopelo. A su lado aparecía un extraño aparato junto a unas raíces y algunas hierbas secas.

—Esto que veis aquí me sirve de gran utilidad para mis prácticas de magia. Ya sé que a sir John estas cosas no le gustan nada —añadió—, pero yo siempre le digo que se trata de un simple juego sin malicia.

Robin, sorprendido, no acertaba a discernir si aquello iba en serio o en broma. Sin saber a qué atenerse, preguntó cauteloso.

—¿Y esto para qué se usa?

—Bueno —respondió el señor Basset—, yo creo que Dios ha dejado escrita su voluntad en el sol, en las estrellas y hasta en las hierbas del campo. Igual que nosotros, por experiencia, pronosticamos los cambios del tiempo con solo observar el cielo, también podemos aventurar el futuro, si acertamos a interpretar las señales que se perciben a nuestro alrededor. Así, yo fui capaz de predecir la muerte de una persona de sangre real, María Estuardo, un año antes de que sucediera. Por ejemplo, a vosotros el ataque de los hombres de la reina Isabel a Padley os tomó desprevenidos y os visteis obligados a huir precipitadamente. Yo, en cambio, al emplear mis artes mágicas logro adivinar el futuro y escapar a tiempo antes de caer en manos de mis perseguidores.

Robin, entonces, sintió curiosidad respecto a las opiniones de aquel hombre excéntrico. En el fondo, también a él le hubiera gustado conocer lo que le tendría preparado el futuro, al considerar los riesgos que le acechaban por todas partes. Al despertar por la mañana nunca estaba seguro de si, en la tarde de ese mismo día, no se vería forzado a escapar a toda prisa. Por las noches, al acostarse le asaltaba la inquietud de no saber si despertaría en este mundo o en el otro. Sin ir más lejos, dentro de unas horas abandonarían la amable hospitalidad del señor Basset, para regresar a las peligrosas tierras de Derbyshire, de las que se vieron forzados a escapar unas semanas antes y donde, con toda probabilidad, no se habrían apagado los ecos de la persecución anticatólica. Desde luego, a él le encantaría conocer qué futuro le aguardaba.

Así pues, Robin le siguió la corriente.

—Y, dígame, señor Basset, ¿también ha echado un vistazo a mi futuro?

Pero su pregunta no obtuvo respuesta. Basset se limitó a tomar el candelabro en sus manos y a guiarlos fuera de la estancia.

## CAPÍTULO TERCERO

### I

Los padres Ludlam y Garlick llegaron juntos a Padley.

—Seremos unos cuantos esta noche —les informó sir John al recibirles—. Robin Audrey y la señorita Manners también han prometido acompañarnos. No tardarán en llegar.

A la espera de los que faltaban, surgieron comentarios sobre la situación actual. Todos se mostraron de acuerdo en que, desde la pasada Cuaresma, las campañas desencadenadas contra los católicos parecían haber remitido en Inglaterra. Ya era hora —afirmaban— de que los perseguidos por la fe pudieran tomarse un respiro.

Ni siquiera habían molestado a sir John a partir de las celebraciones de la Pascua, aunque, de todos modos, él ya había tomado la precaución de reducir lo más posible las estancias en Padley. De hecho, en los últimos meses no había vuelto a aparecer por allí hasta la noche anterior, para atender a los sacerdotes durante un par de días. El ambiente era grato, al calor de aquella tarde de julio que habían elegido para reunirse. Mientras aguardaban a Robin y Marjorie, conversaban animadamente. El padre Garlick, graduado en la Universidad de Oxford, era un hombre de refinada educación, aficionado a los deportes y a la vida al aire libre. Sin vestir de sotana nadie lo identificaría como sacerdote. El padre Ludlam, por el contrario, sí respondía más al tipo del clérigo veterano, de voz suave y sonrisa dulce. Hablaba poco y escuchaba con la mayor atención a su interlocutor.

—Hacía tiempo —explicaba el padre Garlick— que no disfrutaba de tantos meses de tranquilidad como ahora. Creo que lo peor de la tormenta ya habrá pasado y que la reina, al menos por el momento, se debe dedicar a tareas de gobierno más importantes que perseguir a los católicos.

—¿Se refiere usted a la Gran Armada del rey de España, de la que tanto se habla? —

preguntó sir John.

—No sabemos si finalmente llegarán a nuestras costas, pero, en todo caso, no me cabe duda de que el problema tendrá a la reina ocupada por algún tiempo.

—¿Se han recibido noticias de Londres?

—Bueno, allí corren multitud de rumores y falsas alarmas de un desembarco inminente, pero la realidad es que no ha ocurrido nada.

Después de un breve paseo y sentados a la sombra, continuaron la charla distendida hasta el atardecer. Allí se encontraban tan alejados del mar que el peligro de una invasión les parecía algo tan distante e irreal como la venida del fin del mundo. La conversación había recaído sobre el retraso de Robin, cuando, justamente, le vieron aparecer por el camino. Se levantaron a saludar y Robin les informó:

—Antes de venir he pasado a recoger a la señorita Manners y Alice me ha dicho que se encontraba enferma, en cama. Nada grave, parece una simple fiebre del heno, propia de la primavera.

—Lo siento. Es una mujer extraordinaria —dijo el padre Garlick—, además de administrar sus tierras con la firmeza y eficacia de un hombre, organiza a la perfección las actividades de los sacerdotes de la zona. Esperemos que se recupere.

Una vez que estaban ya todos se dirigieron a la casa para cenar. Fue una velada muy agradable. Las ventanas abiertas dejaban pasar la brisa nocturna de verano y algunos sonidos lejanos llegaban desde el fondo del valle, ladridos de perros y el monótono balar de las ovejas. Los comensales se sentían tranquilos y felices en buena compañía, disfrutando de la cena. No se podía pedir más.

Pero lo cierto era que toda aquella aparente felicidad no se correspondía con el clima de tensiones que ensombrecía la vida de un país dominado por el temor y la desconfianza entre católicos y protestantes.

—¿Sabemos algo nuevo sobre la situación del padre Simpson? —preguntó Garlick.

—Parece que sigue firme en su decisión de jurar fidelidad a la Iglesia de Inglaterra —le respondió sir John—, pero creo que todavía no se ha celebrado el acto de recepción oficial. Dicen que se encontraba enfermo después de su larga estancia en el malsano calabozo de Derby. Deben de estar esperando a que mejore de aspecto para presentarlo ante el pueblo.

—No acabo de hacerme a la idea —dijo el padre Garlick—. Nunca había conocido a un sacerdote con mayor celo por la fe. He viajado muchas veces con él antes de

ordenarme. Era un hombre callado pero muy firme en sus convicciones.

—Hemos de ser comprensivos —intervino Robin—. Esos calabozos de Derby son un lugar perverso que produce un desgaste mayor que cualquier tortura. La señorita Manners me contó sus impresiones, después de visitar en la cárcel al joven Thomas Fitzherbert. La soledad, el aire viciado y el hambre quebrantan la voluntad de los presos. Ocurre en todos los calabozos, así los más débiles acaban por ceder. Si se hubieran limitado solamente a aplicar la tortura o la muerte, a estas horas Inglaterra se habría mantenido fiel a la fe católica. Marjorie me reconoció que en aquellas condiciones era muy difícil resistir.

El padre Ludlam sonrió levemente.

—Eso depende del tipo de persona. Yo creo que me resultaría más fácil soportar el calabozo que la tortura... a menos que recibiera una gracia especial del Señor.

—Yo no les sabría decir —dijo Robin.

## II

Una hora antes del amanecer del día siguiente, Robin celebró la primera misa en la capilla de Padley. En la noche anterior había estado confesando y ahora el recinto se encontraba abarrotado de gente. La segunda misa corrió a cargo del padre Garlick, con Robin como ayudante. Le resultaba sorprendente cómo aquel hombre de rostro curtido por las actividades al aire libre, a las que era tan aficionado, se transformaba ahora un sacerdote centrado en el santo sacrificio sin perder su aspecto de deportista de hombre fuerte y musculoso.

Al padre Ludlam le correspondió la tercera misa, a la que Robin asistió desde un extremo de la capilla. Observó que, a pesar de su voz bien modulada y ademanes suaves, no daba en absoluto la sensación de ser un hombre de ánimo vulnerable o de voluntad débil. De procedencia humilde, era hijo de un aparcerero, mostraba sin embargo un aspecto más noble que muchos aristócratas de sangre. Justo cuando terminó la misa, se oyeron por las escaleras de la casa pasos apresurados. Al momento, un criado entró en la capilla con muestras de agitación.

—¡Rápido! ¡Hemos visto a una cuadrilla de hombres que suben desde la vaguada del valle y a otra que avanza por la llanura. Vienen al mando del mayordomo de lord Shrewsbury!

## III

Al oírse las voces de alarma, la confusión se apoderó de Padley. Siguiendo las instrucciones de sir John, los criados subieron a la capilla para borrar todo rastro de las misas recién celebradas. Retiraron los candelabros y el crucifijo, escondieron los ornamentos que revestían el altar y las casullas de los sacerdotes. En unos minutos lo que fue capilla recobró su anterior aspecto de hogareña sala de estar.

—¡Vayamos de prisa! —les urgió sir John a los tres sacerdotes—. No hay tiempo que perder.

Con la mayor celeridad posible bajaron al piso inferior, donde los criados ya habían abierto los escondrijos habilitados por el carpintero Hugh Owen dos años atrás.

Sir John estudió el reducido tamaño del escondite.

—Aquí solamente hay espacio para dos personas. Menos mal que disponemos de un tercer nicho de emergencia en la planta de arriba.

—¿Cuál de ellos le parece más seguro? —preguntó Robin.

—Creo que es este —respondió.

Robin se volvió a sus compañeros.

—No vamos ahora a discutir: es para vosotros dos. Garlick y Ludlam, adelante.

Sin darles tiempo a responder, cerró la puerta del escondrijo y subió las escaleras a toda prisa. Sir John subió con él y, después de darle instrucciones, le ayudó a retirar el panel de madera que ocultaba la entrada.

—¿Y usted, qué piensa hacer? —preguntó Robin.

—Yo me las arreglo solo. No se preocupe, hágame caso y entre rápido.

Robin, sin más protestas, se deslizó en el interior del agujero.

—Ahora —le indicó sir John a través del panel—, eche el cerrojo desde dentro.

Robin cerró y como señal de haber comprendido dio tres golpes en la madera.

#### IV

Robin, en la silenciosa oscuridad del reducto, permanecía sumido en sus pensamientos. Se imaginaba a los hombres de lord Shrewsbury rodeando la casa, entrando en ella y buscando los escondites. Cuando descubrieran el suyo, sería capturado, maniatado y conducido a la odiosa cárcel de Derby. Allí le interrogarían bajo tortura a la espera de la hora final.

El sudor le corría por su rostro. Robin dejó de pensar y se abandonó en las manos del Padre Eterno y de Jesús Crucificado, que podrían librarle de las injusticias de este mundo. Le reconfortaba la idea de que Marjorie se hubiera librado de caer en manos de los enemigos, gracias a que ese día estaba enferma y no se había presentado en Padley. Algo más calmado, Robin comenzó el rezo de los misterios del rosario.

No tardó en percibir ruidos difíciles de identificar, pero indicadores de que los hombres de la reina se encontraban en la casa. Escuchó cómo daban sonoros martillazos en las paredes para detectar la presencia de posibles huecos. Estaba claro que llevaban un plan determinado: sabían lo que estaban haciendo. Casi con seguridad, disponían de la información detallada que, tal vez, les habría facilitado Thomas, conocedor de la presencia de sacerdotes y de los escondites de la casa. De repente, se oyeron fuertes voces y los lamentos de los criados. El corazón de Robin latía con tanta fuerza que le parecía imposible que no le oyeran desde la planta baja. Dejó de retumbar el ruido de las picas al romper la madera. Se ve que, al fin, habían encontrado una zona que sonaba a hueco. Robin se dio por capturado. Por un momento decidió entregarse, aunque después le pareció mejor seguir escondido.

## V

Las exclamaciones y gritos que venían de la planta baja le indicaron a Robin que sus compañeros habían sido capturados. Le pareció oír la voz del padre Garlick en el tropel de gente en movimiento. Quizá se hubiera desplazado a Padley el propio señor Columbello para vigilar la marcha del asalto. Intentaba imaginar qué estaría ocurriendo en el vestíbulo y se preguntaba angustiado si habrían detenido también a sir John. Su corazón casi dejó de latir cuando oyó voces justo al otro lado del panel de madera que le ocultaba.

—Por fin nos hemos librado de esos indeseables.

—Sí, pero falta uno. Ralph nos dijo que había otro sacerdote más.

—¿A quién te refieres?

—Al misterioso tipo que estaba en Fotheringhay.

—Pues aquí no aparece. Lo he registrado todo.

—¿Estás seguro?

—No hay ningún otro sitio donde puede haber un escondite. Hemos tanteado y las paredes son sólidas en todos lados. Vamos a comprobarlo de nuevo.

El otro hombre martilleó con fuerza las paredes de la habitación, pero no encontró

nada sospechoso.

Con el alma en vilo, Robin escuchó cómo salían y le pareció, al cabo de un rato, que habían abandonado la planta superior.

## VI

Durante algún tiempo todavía se escucharon pasos en el exterior, cerca de la puerta. Después se oyó cómo se llevaban a los prisioneros y poco más tarde, los cascos de los caballos que se alejaban. Robin siguió escondido, sin atreverse a salir y se quedó dormido en la oscuridad. Despertó bruscamente, alarmado por unos golpes suaves dados en el panel de madera que ocultaba el escondite. Solo entonces se decidió a salir. Al principio quedó deslumbrado por la luz. Ante él se encontraba una joven criada que no paraba de llorar.

—¿Ya se han marchado? ¿Qué hora es? —le preguntó Robin—. He perdido la noción del tiempo...

—Son las dos de la tarde —respondió la sirvienta entre sollozos.

Robin repitió la pregunta:

—¿Se han ido todos?

Ella asintió con la cabeza.

—¿A quiénes han detenido?

—No han dejado a casi nadie. Además de los dos sacerdotes y varios criados, se llevaron también a sir John.

—¿Pero es que no se escondió?

—No hubo forma de convencerle. Prefirió quedarse con nosotros —respondió la chica y se echó de nuevo a llorar ruidosamente.

## CAPÍTULO CUARTO

### I

Marjorie se encontraba todavía acostada cuando Alice le llevó la noticia, recibida a través de un mensajero, de que habían detenido a sir John Fitzherbert, junto a diez de sus criados y a los sacerdotes Garlick y Ludlam, pese a permanecer ocultos en el escondrijo de la chimenea.

—¿Se sabe algo de Robin? —preguntó Marjorie.

—Se ha librado, gracias a que estaba escondido en el piso de arriba y no lograron encontrarlo. Parece que vendrá a visitarnos cuando haya oscurecido.

Era ya noche cerrada cuando Robin subió las escaleras de la casa de Marjorie, que lo esperaba con impaciencia. Los dos, reservados y tristes, no hicieron comentarios sobre lo sucedido.

—Janet le ha preparado una habitación. Podrá descansar unas horas, pero después de la medianoche deberá marcharse. Pienso que, si han decidido vigilar las entradas y salidas de Padley, mañana vendrán a buscarle. Aquí le dejo marcada la ruta que le conducirá a lugar seguro —le dijo Marjorie al tiempo que le ofrecía un plano trazado en una hoja de papel.

—Siguiendo el mapa llegará a la cabaña que nos presta David, un pastor de toda confianza que cuida sus rebaños en los alrededores. Le llevará comida y bebida cada día. Como medida de precaución, lo más conveniente sería que permaneciera escondido allí al menos dos semanas.

—De acuerdo, así lo haré. Pero en ese tiempo, ¿sería posible recibir alguna noticia sobre mis compañeros y de sir John? —le pidió Robin.

—Le enviaré una carta a través de su antiguo criado, Dick Sampson, lo antes posible, cuando sepamos con certeza lo que está pasando en Derby.

—¿Me será difícil de noche encontrar el camino al refugio? —preguntó Robin.

—Hasta el amanecer cabalgará por tierras que conoce bien. Son los cotos donde practicábamos la caza con halcones hace ya muchos años —dijo Marjorie, que se ruborizó levemente al recordarlo—. Después, ya con la luz del día, bastará con seguir las rutas marcadas en el mapa. Confío en que, para entonces, casi habrá llegado al final del viaje.

Seguidamente, Marjorie le advirtió de las condiciones pactadas con David que debería guardar a lo largo de su estancia para no llamar la atención de posibles delatores. Entre las más importantes, figuraba la prohibición de llevar en su equipaje ornamentos o signos exteriores que revelaran su condición de sacerdote, así como libros de lectura o textos de la liturgia católica.

Robin se mostró de acuerdo y, después de reflexionar sobre el asalto a Padley, preguntó, como hablando consigo mismo:

—¿Habrá tenido algo que ver mi padre con lo ocurrido?

—No lo creo —contestó Marjorie.

—Piensas que Garlick y Ludlam serán condenados a muerte y ejecutados, ¿verdad?

Marjorie asintió con la cabeza.

Robin se levantó para marcharse.

—Gracias por todo. Ahora voy a descansar un rato.

Alice y Marjorie le pidieron su bendición.

Hacia la una de la madrugada, según lo previsto, Marjorie, que permanecía en vela, escuchó el trote de un caballo al marcharse.

## II

Robin nunca había permanecido en una soledad tan absoluta durante un período tan largo de tiempo. No vio ni habló con nadie en dos semanas. Ni siquiera al pastor, que una vez al día, de buena mañana, dejaba provisión de agua y comida en la puerta. Era un hombre mayor, un tanto encorvado, de piel curtida y rostro surcado de arrugas. De aspecto sobrio y silencioso, cuidaba de un pequeño rebaño sin apenas abandonar la zona de pastos durante el año ni bajar casi nunca a la aldea más próxima.

Robin permanecía la mayor parte del tiempo confinado, sin atreverse a salir de la choza. Encendía fuego durante el día para cocinar las truchas que le suministraba David, y lo apagaba de noche como medida de precaución. Las horas pasaban con lentitud, de

modo que no siempre lograba superar el aburrimiento derivado de la soledad. El pastor se negaba a hablar con él y, de acuerdo con las condiciones acordadas, tampoco se le había permitido llevar el breviario y la Biblia, cuya lectura le hubiera servido de ayuda para hacer más llevadero su encierro. Solamente le quedaba el recurso del rosario, que dejaba escondido bajo unas piedras fuera de la choza. Así que su actividad quedaba reducida a dormir y rezar.

Por las noches dedicaba un rato a cuidar del caballo, amarrado a las ramas de unos árboles situados en el barranco próximo, oculto por unas rocas. Le llevaba en un cubo el agua del manantial que fluía junto a la cabaña y una brazada de hierba fresca recién cortada. La actividad le servía para distraerse, hacer ejercicio y disfrutar de la brisa campestre. Robin aliviaba la soledad pensando que se trataba de un tiempo de retiro espiritual como al que había asistido en Reims antes de recibir la ordenación sacerdotal.

En la noche del 25 de julio se desató una fuerte tormenta. Robin escuchaba el repiqueteo de la lluvia y los aullidos del viento. Afortunadamente el refugio estaba hecho de adobe compactado y no dejaba pasar el agua. En la penumbra y arrullado por el vendaval, se quedó dormido. Le despertaron unos golpes en la puerta que le llenaron de inquietud. Una voz conocida le tranquilizó:

—Soy Dick Sampson, señor, le traigo una carta de la señorita Manners.

Robin le abrió paso y al verle empapado le invitó a entrar y después de cerrar la puerta le agradeció que hubiera cumplido su encargo a pesar de la tormenta.

—Gracias por venir con este tiempo, Dick; ¿cómo van las cosas?, ¿todo bien? —preguntó—. Perdona mi tardanza, estaba dormido y no te había oído llegar.

—No se preocupe, señor, la tormenta ha sido muy ruidosa —le respondió Dick.

Con la carta de Marjorie en sus manos, Robin tomó asiento, abrió los sellos que cerraban el sobre y se dispuso a leer.

### III

«Tres hombres valientes han dado gloria a Dios. Garlick y Ludlam fueron juzgados sumariamente, seguros del destino que les aguardaba. No demostraron miedo alguno ante la muerte. Los dos sacerdotes, después de su captura, quedaron recluidos en la misma celda del padre Simpson. Ta vez lo hicieron con la intención de que Simpson, a punto de apostatar, les convenciera de las ventajas de cambiar de bando. Sin embargo, por la gracia de Dios, ocurrió justo lo contrario. Fueron ellos los que convencieron al padre Simpson de perseverar en la fe y compartir su mismo destino.

Cuando se lo comunicaron a lord Shrewsbury se enfureció de tal forma que decidió acelerar los trámites para la ejecución. De inmediato, les dieron lectura de la sentencia, sin que ninguno de los tres se alterase lo más mínimo. Días más tarde, los llevaron al patíbulo, situado en lugar público, junto al puente de Santa María. En el trayecto hacia el lugar de la ejecución, un amigo del padre Garlick se acercó a despedirle con muestras de gran respeto. El sacerdote aparecía con el rostro sereno, hasta el punto de que, con la sonrisa en los labios, le dijo que estaba muy contento porque iba camino de la gloria. Al llegar ante la horca, declaró ante los asistentes que había venido al mundo para proclamar la palabra de Dios en el seno de la Religión católica y que por eso entregaba con gusto su vida. Después besó el vástago de madera del que serían colgados. El padre Simpson tampoco mostraba ninguna señal de debilidad, una vez superada la anterior crisis de conciencia. El padre Ludlam fue ejecutado en último lugar y sus palabras de despedida fueron *Venite benedicti Dei*. Los tres han entregado su vida con gesto alegre. *Laus Deo*.

Por lo que se refiere al proceso iniciado contra sir John, todo parece indicar que, por el momento, ha debido de ser aplazado.

En cuanto a usted, padre Robin, creo que lo mejor es que permanezca recluido en la cabaña del pastor al menos otra semana. Hemos sabido que fue el traidor Thomas quien facilitó los datos que hicieron posible el allanamiento de Padley y que las autoridades han desplazado una patrulla de espías que vigilan las fincas de los Fitzherbert. Lo que se ignora es cómo llegó a oídos de Thomas la noticia de que había sacerdotes en Padley. Pensamos que han sobornado a alguno de los criados para que delate a su señor. Por esos motivos, creo lo mejor que siga usted escondido. La semana que viene le enviaré de nuevo a Dick con noticias sobre cómo van los asuntos por aquí. Cualquier cosa que necesite se la enviaré con Dick. Le encomiendo siempre en mis oraciones».

Al pie de la carta faltaba la firma que, por otra parte, era innecesaria para Robin.

Dick se marchó poco después y Robin no pudo dormir rumiando lo que acababa de leer. La muerte de los tres sacerdotes le resultaba difícil de asimilar. Una cosa es saber que puede ocurrir una tragedia y otra muy distinta, recibir la noticia de que los temores se han cumplido. A pesar de todo, allí, reclinado en su camastro, se alegró al pensar que, al final, el padre Simpson había compartido el martirio con Garlick y Ludlam. Su mente se llenó de recuerdos al tiempo que, en el exterior, había amainado la tormenta y se vislumbraban los primeros atisbos del alba. Aunque por el oeste permanecían las sombras de la noche, sobre las rocas orientadas al este asomaba un tímido rayo de luz. Después del aguacero, el aire fresco de la campiña llevaba hasta la choza de Robin el olor de las hierbas aromáticas silvestres de los valles cercanos. Una fuerte sensación de paz embargó el alma del sacerdote, algo así como la calma del guerrero que precede al

comienzo de la batalla.

## CAPÍTULO QUINTO

### I

Una semana después de que Dick Simpson regresara de su visita a Robin a la cabaña, para hacerle entrega de la carta de Marjorie, la joven, de acuerdo con Alice, había pensado enviar de nuevo al mensajero con la noticia de que las aguas parecían haberse calmado y era el momento de regresar a su refugio en casa de los Manners. En efecto, según todos los indicios la alarma había cesado y por primera vez en tres semanas Marjorie se sentía tranquila. En ese tiempo no se había detectado en la zona la presencia de merodeadores sospechosos. Tal vez se debiera, pensaba Marjorie, a que las ejecuciones de los sacerdotes Sampson, Garlick y Ludlam habían provocado una fuerte impresión entre los vecinos de Derby. Como le comentaba el señor Biddell a Marjorie en una carta, esas muertes probablemente hubieran aconsejado a los responsables abrir un período de paz en el distrito, para acallar las críticas del pueblo. En las tabernas y plazas los ciudadanos consideraban que era un exceso de crueldad condenar a muerte a tantos inocentes solo por sus convicciones religiosas. A ese factor se unía, además, que la mayor preocupación de las autoridades en esos momentos se centraba en las batallas navales que libraban en el Canal de la Mancha las flotas de Inglaterra y España durante el mes de agosto de ese año 1588. En vista de que la atención del país se desplazaba hacia la defensa de las costas frente al enemigo, Marjorie pensó que, relajadas las presiones religiosas, era un buen momento para que Robin regresara y, tras un breve descanso, abastecerse de ropa y comida antes de reemprender en los dos meses siguientes sus servicios como sacerdote en el condado de Staffordshire. Marjorie se hizo la ilusión de que, si la calma se prolongaba, llegarían de Reims algunos sacerdotes más para administrar los sacramentos en la zona y permitir a un mayor número de católicos la práctica de su fe.

En pleno sueño, Marjorie abrió repentinamente los ojos sin saber qué hora era ni cuánto tiempo había estado durmiendo. Fuera, la débil luz de la luna apenas aclaraba la

oscuridad de la noche. A pesar del silencio que la rodeaba, a Marjorie le parecía haber escuchado entre sueños una voz que pronunciaba su nombre.

Dirigió la mirada a Alice, pero al comprobar que dormía profundamente en la cama de al lado, estaba claro que no pudo ser ella quien la llamaba. Alarmada se incorporó para escuchar sin volver a oír nada fuera de lo normal. Al recostarse en la almohada percibió claramente un roce sobre el cristal de la ventana como si alguien hubiera arrojado intencionadamente unos granos de arena. Ya más despierta, se dirigió con rapidez a comprobar el origen del ruido y vio recortado el perfil de una sombra humana en el exterior. Asustada, corrió hacia la cama de su amiga:

—¡Alice! ¡Alice!, me parece que hay alguien ahí fuera...

De inmediato bajaron muy agitadas al vestíbulo para avisar al portero, felizmente dormido, que, al ver a las señoras, se incorporó avergonzado. Marjorie le ordenó abrir la puerta y una vez franqueado el paso, Robin entró con rapidez:

—Creo que me vienen siguiendo. Seamos prudentes.

Marjorie cerró la puerta rápidamente con el cerrojo.

## II

—Ahora estás seguro, cuéntanos por favor lo que ocurre —le tranquilizó Marjorie.

Robin estaba pálido pero firme en su resolución. Ella se alegraba de verle, aunque debido a la impresión y la ansiedad del momento no acertaba a expresar sus emociones.

—Ayer el pastor que me suministraba la comida, en lugar de dejarla fuera y desaparecer como era lo habitual, se acercó a la ventana de la choza y me hizo unos gestos extraños con las manos que no logré interpretar. Fiel a las normas de no hablar conmigo establecidas como condición para cederme la cabaña, el pastor se marchó sin pronunciar palabra. Esa misma tarde sucedieron algunas cosas extrañas. Apareció un hombre merodeando alrededor de la choza y mi cuidador no vino a traerme la cena. Empecé a pensar que era peligroso permanecer en mi escondite. En el caso de que vinieran a buscarme, encerrado entre aquellas paredes, no tenía escapatoria. Quizá tuviera más posibilidades de sobrevivir si abandonaba el lugar. Así que, ya decidido, me puse en marcha rápidamente y tomé la dirección de Padley. Caminaba a pie en vez de a caballo y procuraba elegir senderos poco frecuentados para no dejar huellas. En plena noche y vencido por la fatiga, me senté a descansar un rato. En la distancia escuché el trote de un caballo. Aunque era un hombre solo, debía evitarlo a toda costa. Como os dije al principio, había pensado refugiarme en Padley, pero cambié de idea al comprobar

que me seguían y directamente me dirigí hacia aquí.

Sin acabar de hablar Robin, Marjorie le interrumpió con un gesto:

—Silencio. Se oyen ruidos fuera. ¡Escuchad!

Se quedaron callados y pudieron escuchar al pie de las colinas el rumor de varios caballos que se aproximaban.

### III

A la brumosa luz del amanecer que empezaba a iluminar las ventanas, los tres cambiaron miradas intranquilas. Marjorie fue la primera en hablar, dirigiéndose a Robin:

—Deprisa, no hay tiempo que perder. Vamos a la planta de arriba, le acompañaré hasta el escondrijo. —Apenas les dio tiempo de abrir la puerta secreta y meter a Robin en el nicho cuando se oyeron fuertes golpes en la puerta principal.

### IV

A la puerta, al frente de un piquete estaba el señor Audrey. No tenía aspecto de que le agradara lo que estaba haciendo, pero debía obedecer las órdenes recibidas. El día anterior, lord Shrewsbury le había recordado que, en su papel de magistrado al servicio de su Majestad, quedaba obligado a cumplir sus compromisos con el mayor celo posible. En todo caso, resultaba evidente que le disgustaba que la persecución le hubiera llevado a la casa de los Manners.

Aquella misma noche un informador le había avisado de que un fugitivo sospechoso de ser un sacerdote oculto bajo el nombre de «señor Alba» escondido en una choza de los páramos, había escapado de noche en dirección a la casa de los Fitzherbert en Padley. En su seguimiento, salieron hacia ese lugar varios hombres a caballo mientras sus compañeros inspeccionaban la cabaña del pastor. Uno de los vigilantes lo vio salir y le había seguido sigilosamente hasta comprobar que su verdadero destino era la casa de los Manners. Antes de amanecer se reunió con el resto de sus camaradas para marchar en esa dirección donde, casi con seguridad, se hallaría el sacerdote.

Llegados ante la puerta de la casa, el señor Audrey aguardaba impaciente que le abrieran paso. Ante la demora, ordenó repetir la llamada.

Finalmente oyeron la voz vacilante del portero:

—¿Quién anda ahí?

—Abran la puerta en nombre de la reina —bramó el señor Audrey.

—Un momento, señores. La dueña de la casa duerme, esperen a que reciba el aviso.

El señor Audrey les aclaró a sus acompañantes:

—No será necesario emplear la violencia, conozco a la dueña, la señorita Manners es una antigua amiga mía.

Poco después se oyó el rechinar del cerrojo y, al abrirse el portón, Marjorie apareció cubierta con una capa larga y con capucha.

—Señorita Manners —habló el señor Audrey—, siento molestarla a estas horas de la mañana, pero mis informadores me dicen que se ha detectado la presencia de un desconocido en esta dirección. Según ellos, podría tratarse de un sacerdote.

Marjorie, al reconocer al señor Audrey, le hizo señas de que pasara al interior de la casa. Sus hombres le siguieron.

—Entonces, ¿debo entender que han venido a registrar mi casa?

El señor Audrey calmó las urgencias de su gente y les mandó esperar en el vestíbulo.

—No pueden registrar mi casa —dijo Marjorie—, no tienen derecho a ello.

—Lo siento —respondió el señor Audrey—, he de cumplir con mi deber. Pero le aseguro que no causaremos daño alguno.

Rendida ante lo inevitable, Marjorie palideció intensamente y se desmayó. El señor Audrey impidió su caída y tomada en sus brazos llamó a los criados para que la atendieran.

## V

Vuelto hacia sus hombres, el señor Audrey los dio instrucciones para que iniciaran el registro en el pajar con el fin de dar tiempo a que Marjorie recobrar el sentido. Luego entraron en la casa y el señor Audrey subió a la planta superior con cuatro de sus hombres. Tampoco allí encontraron a nadie.

—Como pueden comprobar, no hay rastro del fugitivo —dijo el señor Audrey.

—Aún nos falta registrar la habitación de la señora, habremos de golpear las paredes con las picas.

—Ya les he dicho que no debe haber violencia y no quiero que causen daños en la casa —protestó el señor Audrey—; los gastos de reparación de los desperfectos correrán a cargo de ustedes.

Los hombres estaban empeñados en su búsqueda ya que lord Shrewsbury les había prometido una fuerte suma como recompensa en el caso de que le entregaran al sacerdote.

—No se preocupe, señor, pagaremos los daños ocasionados en las paredes. — Armados de picas, cincel y martillo derribaron el panel de madera situado al fondo de la habitación de Marjorie hasta conseguir su objetivo.

Al fin, habían dado con el escondite. Allí, ante la presencia del señor Audrey, cuatro hombres atenazaban a otro más joven, bien vestido y con barba, al que no le costó reconocer: El sacerdote buscado era su hijo Robin.

## CAPÍTULO SEXTO

### I

Ambos quedaron frente a frente, pero ninguno de ellos acertó a pronunciar palabra. Sus captores empujaron a Robin fuera de la habitación y lo bajaron al vestíbulo. Al encontrarse con Marjorie no tuvo ánimos para decirle nada. Le sacaron fuera de la casa mientras el resto de los guardias preparaban los caballos. Luego ayudaron a Robin a montar con las manos atadas y la caravana inició la marcha en dirección a Derby. En los primeros compases, los guardias que rodeaban a Robin no hablaron con él. Después, uno de ellos, el que llevaba de las riendas el caballo de Robin, se atrevió a preguntar algo que todos querían saber.

—¿Es cierto que usted es hijo del señor Audrey?

Robin le hubiera contestado afirmativamente, pero recordó que debía ocultar cualquier dato que pudiera servir para identificarle. En Reims se les había advertido que, si los capturaban, lo mejor en esos casos era guardar silencio.

—¿Se refiere usted al magistrado? —preguntó a su vez Robin sin responder a la anterior.

—¿Es él quien ha ordenado que me detengan?

Y luego añadió otra nueva:

—Además, ¿podría usted aclararme el motivo de mi arresto?

—La cosa está muy clara. Lo hemos encontrado oculto en un escondite donde se guardan los ornamentos para decir las misas católicas.

—Entonces, ¿se supone que me detienen acusado de ser sacerdote? Eso me parece... en todo caso, tendrán que probarlo.

La expedición continuó su viaje hasta Derby donde llegaron al atardecer.

A la entrada de la ciudad las gentes, movidas por la curiosidad, se acercaban para verlos pasar. Se oyeron gritos a favor y en contra del preso. Robin se mantuvo sereno, de frente sin mirar hacia los lados para evitar que lo reconocieran. Al cruzar la plaza del mercado, preguntó a uno de sus captores el motivo de que se hubiera reunido tal cantidad de personas a una hora desacostumbrada. Le contestaron que la fiesta era debida a la retirada de la Armada de España debido a una gran tormenta que había hundido y dispersado a los navíos. Para celebrarlo, las autoridades municipales convocaron a los vecinos, que colaboraron en los festejos con el despliegue de numerosas banderas colgadas en los balcones y la participación jubilosa en los desfiles, al son de tambores, trompetas y cuernos. Así, la caravana se vio obligada a caminar lentamente debido a la multitud que circulaba por las calles estrechas.

Por fin, se detuvieron a la puerta de la prisión y desataron a Robin para que descabalgara sin dificultad.

## II

Custodiado por sus guardianes, Robin quedó encerrado en una celda con un fuerte olor a humedad. Tardó un rato en acostumbrarse a la oscuridad, hasta que sus ojos captaron las imágenes que le rodeaban. Así, pudo comprobar que se encontraba en una pequeña habitación cuadrada, de paredes de piedra tosca con el suelo de tierra batida y una ventana estrecha, protegida por gruesos barrotes, que apenas dejaba pasar la luz. Desde el exterior, le llegaba el ruido lejano de la celebración y el sordo retumbar de los cañones que disparaban salvas.

Para reconocer el terreno, Robin dio una vuelta alrededor de la celda. Había una mesa y una banqueta en la que se sentó a reflexionar sobre la situación. Entonces cayó en la cuenta de que le habían requisado el machete y el rosario, pero, curiosamente, le habían dejado la faltriquera donde llevaba el dinero. Al recordar los episodios de su captura, llegó a la conclusión de que su padre había seguido instrucciones sin conocer en realidad la identidad de la persona que se disponían a detener. La cara de sufrimiento que puso al ver a su propio hijo dejaba claro que no se lo esperaba.

Sin duda la iniciativa de promover el arresto se debía a la acción de los espías miembros de aparato represor. Primero lo localizaron en la cabaña del pastor y luego le siguieron hasta dar con su paradero en la casa de Marjorie. Quizá hubiera colaborado en la búsqueda el sicario de lord Shrewsbury que le reconoció por haberle visto durante la ejecución de María Estuardo en Fotheringhay. Robin decidió guardar silencio durante los interrogatorios. Además, no solicitaría la presencia de personas amigas que vinieran a visitarle, ya que estaba seguro de que Marjorie acudiría en caso necesario. Durante su

encierro toda la actividad quedaría reducida a rezar para que el Señor le concediera una fortaleza de espíritu que tanto necesitaba para resistir las torturas de sus perseguidores.

## CAPÍTULO SÉPTIMO

### I

Ese día una gran multitud aguardaba la llegada de la vistosa comitiva de magistrados, jueces y oficiales de la Corte que se aproximaba a la plaza del mercado de Derby. La aglomeración de tantas personas en el mismo lugar era debida, en parte, a la presencia habitual de comerciantes y compradores, pero sobre todo, en esta ocasión, por la afluencia de gran número de curiosos atraídos por la dramática historia de Robin Audrey, retenido ahora en la cárcel de la ciudad. Al fin y al cabo, se trataba de un chico de Derbyshire al que no hace muchos años habían visto de niño cabalgar junto a su padre por las calles del pueblo. Apenas adolescente y en defensa de su fe católica se vio forzado a abandonar el hogar cuando su padre apostató del catolicismo para ser admitido en la Iglesia protestante.

Recordaban también los vecinos que atraído por el sacerdocio huyó al seminario de Reims hasta el momento de regresar a Inglaterra después de su ordenación. Pero, además, al atractivo de la historia se añadían otros elementos que aumentaban su interés y hacían el caso de Robin de mayor impacto que el de otros presos que le habían precedido en la misma cárcel, ya que fue detenido en la casa de su antigua novia, la señorita Marjorie Manners, por un piquete al mando de su propio padre, el señor Audrey que se había unido a los protestantes. Episodios que proporcionaban temas abundantes de conversación en las tabernas donde incluso se especulaba con la idea de que, si los dos antiguos enamorados renunciaban al catolicismo, estarían en condiciones de contraer matrimonio de acuerdo con las normas de la nueva religión.

Los curiosos que llenaban la plaza vieron que, al lado de los jueces y magistrados a caballo, rodeados de sus criados, cabalgaba un hombre delgado de aire adusto y elevada figura al que, en principio, no reconocieron. Sin embargo, disuelta la comitiva hacia los diversos centros de alojamiento, en los corrillos de Derby empezó a circular el rumor de que el verdugo Topcliffe se encontraba entre los recién llegados.

Marjorie se enteró de la noticia en casa del abogado Biddell. Llevaba tres días en la ciudad, ya que estuvo confinada en su residencia vigilada por los hombres del Columbell, que se hizo cargo del proceso cuando el señor Audrey fue apartado del caso al conocerse que el detenido era su hijo. Aunque la medida se tomó, en apariencia, para que el padre no se viera obligado a procesar a Robin, en realidad se pretendía asegurar que al preso le sería aplicado el trato más duro posible. Lord Shrewsbury había insistido en la tesis de que no solo se trataba de un sacerdote, sino que podría haber formado parte de la conjura organizada por Anthony Babington contra la reina Isabel, ya que, según testigos presenciales, Robin había visitado a María Estuardo poco antes de su muerte en el castillo de Fotheringhay.

Cuando, finalmente, se le concedió a Marjorie libertad de movimientos, se desplazó a Derby para visitar al antiguo socio de su padre, señor Biddell. Después de cambiar impresiones sobre los últimos acontecimientos, la joven le preguntó:

—¿Sabe si han fijado la fecha para celebrar el juicio?

—Creo que aún tardará varios días.

Haciendo una pausa, el abogado le mostró una cédula con sello oficial.

—He conseguido un pase que me autoriza a visitar a Robin. Aunque figura a mi nombre me dejan la posibilidad de llevar un acompañante.

—¿Podemos ir hoy mismo? —preguntó Marjorie que pareció animarse con la noticia.

—Así es, Marjorie, puedes venir conmigo. Daremos una alegría al preso... pero tengo que darte una mala noticia...

El señor Biddell guardó silencio y, después de mirar a Marjorie fijamente, le puso una mano en el hombro.

—Ha ocurrido lo peor que nos podía pasar. Me refiero a que entre las personalidades de la comitiva recién llegada a Derby se encontraba un hombre nefasto...

—No será... —Marjorie lo miró horrorizada.

—En efecto, se trata, sin duda, del verdugo sir Topcliffe.

Marjorie primero se puso en tensión y después permaneció callada. En el despacho tan solo se oyeron los murmullos apagados de la calle. Marjorie suspiró, resignada.

—En las manos de Dios nos encomendamos... —dijo al fin.

En el fondo, Marjorie no lograba alejar la terrible sensación de culpa que le llenaba

el alma mientras se dirigían a la cárcel de Derby para visitar al detenido. Si ella no hubiera intervenido en la vida de Robin, llevarían nueve años casados. Tal vez hubieran sido perseguidos como todos los católicos, pero sin llegar a estos extremos. En realidad, fue ella quien le había sugerido la posibilidad de ordenarse sacerdote. Le reforzó la idea al hacerle reflexionar sobre el gran servicio que prestaría a los católicos de Derby. Y no solo eso, ya que al final lo detuvieron en su propia casa y nada menos que fue su propio padre el encargado de la detención. Y ahora, horror de horrores, el cruel verdugo sir Topcliffe se ocuparía personalmente de interrogar y torturar a Robin. Ella misma debía comunicar la noticia al preso. Le correspondía esa triste responsabilidad y no faltaría a su compromiso. Recorrieron las tenebrosas galerías de la prisión precedidos por un carcelero que les abrió la celda. De inmediato, Marjorie y el señor Biddell se arrodillaron ante Robin para recibir su bendición. Después, Marjorie tomó asiento en el taburete, el señor Biddell en el banco y Robin se reclinó sobre la mesa de la celda. Presentaba el mismo aspecto de siempre, sin acusar los días de encierro.

—Me alegro que hayáis venido. ¿Qué tal va mi padre?

Le contaron que el señor Columbello había decidido apartarlo del caso.

Marjorie, muy seria, intervino resueltamente:

—Robin, hay algo que debes saber cuanto antes.

Se detuvo, como si una mano le apretara la garganta. Después de recuperar la respiración trató de hablar. Finalmente consiguió articular algunas palabras.

—¿Qué ocurre? —preguntó Robin.

—Se trata de... Topcliffe —consiguió decir por fin Marjorie—; ha venido Topcliffe.

Después se echó a llorar, mientras Robin se mantenía en calma.

—Vamos, Marjorie, en realidad sabemos desde el principio que esto podía ocurrir. No es ninguna sorpresa. Da igual que el verdugo sea Topcliffe que cualquier otro. La Gracia de Dios ha sostenido a todos los mártires que entregaron su vida en defensa de la fe. He rezado para que Dios me sostenga con su gracia y Él me ha hecho sentir una gran paz en este calabozo y estoy seguro de que me la conservará hasta el momento final. No debes llorar, lo que necesito es que se rece por mí. No te aflijas. Eres tú quien me llevó por este camino y nunca he dejado de darle gracias a Dios. Eres la mensajera del Señor que ahora me anuncia la noticia de mi pasión, ya cercana. Te lo agradezco mucho de corazón y solo te pido que reces por mí hasta el fin y para siempre.

## CAPÍTULO OCTAVO

### I

Después de soportar varias horas de tortura, Robin quedó sumido en la profunda oscuridad de la inconsciencia. El súbito impacto del agua fría le hizo recobrar la sensación de dolor en brazos y pies. Intentó mantenerse consciente y empezó a recordar el lugar donde se encontraba: la cárcel de Derby. Le habían sacado de su celda para someterlo a tortura, estirado en el potro. A su alrededor distinguió algunos rostros que le resultaron familiares. Uno de ellos era el hombre al servicio de lord Shrewsbury que le había reconocido durante su estancia en Fotheringhay. Otro era el siniestro rostro del verdugo Topcliffe. Le pareció recordar que le acosaron sobre su relación con la reina de Escocia, pero no había contestado nada.

Al tiempo que apretaban la presión del potro sobre brazos y piernas, una voz le susurraba al oído:

—Ahora ha llegado el momento de que nos diga la verdad. Además de Padley, ¿en qué lugares de Inglaterra ha celebrado misa?

Atenazado por el dolor, Robin se desmayó de nuevo.

Al recuperar el conocimiento volvió a escuchar la misma voz que le preguntaba detalles sobre la conjura de Anthony Babington. Robin intentó decir algo sobre el tema, pero no logró articular palabra. Después de grandes esfuerzos consiguió decir algo.

—Agosto. Sí, fue en agosto cuando Anthony Babington me rogó que visitara a la reina de Escocia.

La misma voz anterior prosiguió el interrogatorio.

—Así que le enviaron a entrevistarse con María Estuardo... ¿Con qué fin?

—Ahora lo recuerdo. Me pidieron que fuera a Chatley a ver a la reina.

—Siga —le apremió la voz—. ¿Para qué debía llegar hasta ella?

—Con el fin de transmitirle un mensaje personal de Anthony Babington.

—¿Qué mensaje era ese?

—Unas palabras de despedida en las que expresaba el respaldo a su causa y le juraba eterna fidelidad.

Sin aguantar más el dolor, Robin se desmayó de nuevo.

## II

Al despertar se dio cuenta de que le habían soltado del potro y estaba sentado sobre un banco. Sin embargo, la voz del verdugo continuaba el interrogatorio con el mismo acento frío e implacable.

—Bien. Ahora Volveremos a empezar desde el principio. Le recuerdo que deberá responder a las preguntas a satisfacción de milord.

Robin dirigió la vista a su alrededor a la tenue luz de una vela que ardía en un rincón de la sala de tortura y distinguió la figura de lord Shrewsbury. Las preguntas martillearon de nuevo su mente.

—¿Cuándo tuvo conocimiento del complot urdido para asesinar a la reina Isabel?

—Ya se lo he dicho varias veces. Fue en agosto —murmuró Robin—; lo supe en agosto. Lo recuerdo perfectamente.

—Entonces, ¿fue usted a visitar a María Estuardo?

—Sí.

—¿Y para qué?

—También se lo he repetido, es la verdad. Debía transmitirle el mensaje de Anthony.

—Díganos, ¿cuál era ese mensaje?

—Que el señor Babington se declaraba como su más fiel servidor y que no lamentaba nada de lo ocurrido excepto el haber fracasado. Le pedía a la reina que rezara por su alma y las de todos los que habían tomado parte en la conjura.

—Y cuando usted le transmitió el mensaje, ¿cuál fue su respuesta?

—Se limitó a repetir que era inocente respecto a una trama que desconocía por completo y en la que jamás se habría implicado.

—Vamos, vamos, no pretenda engañarnos; ¿no esperará usted que lord Shrewsbury

se vaya a creer tan burda mentira?

—Puede creerme o no, pero eso fue lo que dijo ella.

—Y usted, ¿tampoco tuvo noticia del complot en ningún momento?

—No —respondió Robin—, solo recuerdo que el señor Babington me insinuó en cierta ocasión la posibilidad de unirme a un proyecto suyo, pero no me explicó de qué se trataba.

—Pero ¿estuvo usted en Fotheringhay?

—Sí.

—¿Dónde se alojaba?

—En la posada.

—¿Llegó usted a visitar a María Estuardo?

—No me permitieron acceder al castillo, solo me encontraba en el patio de armas la mañana de la ejecución.

—¿Había alguien más con usted en Fotheringhay?

—Sí, me acompañaba un joven llamado John Merton.

—¿Sabía que usted era sacerdote?

Robin no respondió nada. El verdugo sonrió con sarcasmo.

—No puede ocultarlo. Sabemos que usted es sacerdote y que estudió en el seminario de Reims. Eso no es ningún secreto para nosotros, se trata de que conteste a otras preguntas. Queremos saber si ha celebrado misas en algún otro lugar, además de Padley. Deberá facilitarnos informes precisos sobre los pueblos donde ha celebrado sus ritos y la identidad de los dueños de las casas de acogida. Necesitamos una lista completa de los sacerdotes que han llegado en los últimos meses desde Reims y permanezcan en Inglaterra, así como los nombres de los traidores papistas que los protegen, como sir John Fitzherbert o los señores Fenton y Basset.

Al comprobar que Robin se mantenía en silencio a pesar de las amenazas del verdugo, lord Shrewsbury decidió cambiar de táctica y adoptar un tono más conciliador. Intentó sobornar al cautivo como alternativa a la tortura.

—De momento —se dirigió lord Shrewsbury a Topcliffe— usted se ha limitado a presionar y torturar al prisionero, sin obtener resultados. Habrá que ofrecerle otras alternativas más favorables para hacerle cambiar de parecer.

—Escuche —añadió el verdugo en tono conciliador—, si responde a las preguntas,

lord Shrewsbury utilizará sus influencias para salvarle la vida. Pero si se empeña en no contestar, le aplicaremos nuevas torturas durante los próximos días hasta que se dicte y ejecute la sentencia de muerte. Tengo poca paciencia. ¿Qué decide?

Robin cerró los ojos y sonrió levemente. Se concentró en el dolor sin pensar en nada más.

—¿Se niega a contestar?

—Sí.

Entonces le ataron de nuevo al potro y, al poco, Robin se desmayó.

## CAPÍTULO NOVENO

### I

La multitud cubría, apenas sin dejar resquicio, cada milímetro del terreno que circundaba el Puente de Santa María donde se alzaba el patíbulo. Hecho insólito, puesto que en los últimos tiempos no se recordaba que una ejecución pública hubiera despertado tanto interés entre los vecinos que, acostumbrados al ajusticiamiento de criminales convictos, no les prestaban mayor atención, y no asistían a las ejecuciones. Incluso y tal vez debido a la frecuencia de estos lamentables espectáculos, se mostraban indiferentes cuando se trataba de sacerdotes o de católicos relevantes.

Los condenados por su fe aceptaban la muerte con serenidad ejemplar y se despedían de algún familiar, amigo o criado que los acompañaba hasta el patíbulo. Nada nuevo que, en esta ocasión, pudiera incitar a la multitud a agolparse en torno al tablado sobre el que se alzaba la siniestra horca. Pero se trataba ahora de un caso muy especial debido a la existencia de los numerosos aspectos emocionales que habían revuelto la sensibilidad del público que llenaba excitado los terrenos adyacentes.

En primer lugar, el reo era un joven oriundo del condado de Derbyshire, al que los rumores sin confirmar atribuían el carácter de sacerdote católico, hijo del conocido terrateniente señor Audrey.

Además, se daba la circunstancia de que había sido torturado durante varios días agotadores a manos del verdugo Topcliffe que, al parecer, se había empleado a fondo hasta sobrepasar cualquier sentimiento de humanidad hacia el prisionero. Sin embargo, tanta crueldad no había logrado que respondiera a ninguna de las preguntas que le habían formulado sus captores. Y es que, en el fondo, los paisanos de Robin se sentían secretamente orgullosos de que el coraje heroico de un hombre de Derbyshire hubiera sido capaz de derrotar al pretencioso londinense sir Topcliffe, haciendo vanos sus esfuerzos.

Pero, sobre todo, tampoco se había logrado demostrar ante los jueces que Robin fuera sacerdote. En todo momento el encausado les reprochaba que eso era precisamente lo que ellos tenían que probar, si podían. Igualmente le acusaron de colaborar en la conjura de Babington contra la reina Isabel, lo cual había negado rotundamente Robin, aunque sí admitió haber visitado a María Estuardo, mientras se encontraba presa en el castillo de Chartley, en compañía del médico de doña María, doctor Buorgoign y de sir Amyas, el encargado de su custodia que había autorizado el encuentro.

También quisieron acusarle de intentar ayudar a la reina de Escocia a escapar de la cárcel de Fotheringhay, lo cual, por carecer de fundamento, no lograron probar en absoluto. Como quedó claro que a Robin no se le permitió visitar a la regia prisionera, era evidente que tampoco tuvo ocasión de prestarle el auxilio espiritual que ella solicitaba con insistencia. Obligados por la falta de pruebas los jueces no tuvieron más remedio que retirar esos cargos.

Todos estos detalles, que circulaban de boca en boca, aumentaba el interés del caso Robin, incrementado además por el hecho de que un aristócrata de gran influencia en la Corte como lord Shrewsbury hubiera intervenido personalmente en los interrogatorios y en las diversas fases del juicio.

Pero, sobre todo, lo que había avivado el interés de las masas fue la presencia de la señorita Manners y de su amigo, el abogado señor Biddell, durante el proceso celebrado contra Robin Audrey en el tribunal de Derby. Trascendió a la opinión pública el rumor de que, si bien los dos jóvenes estuvieron prometidos, fue Marjorie la que le sugirió la posibilidad de marchar a Reims para ordenarse sacerdote. El drama quedaba completo si a los elementos citados se añadía que Robin había sido capturado por su propio padre en el escondite habilitado en la residencia de los Manners, caso inédito en la historia de Derby. Todos estos motivos, salpicados de otros rumores más o menos ciertos, explicaban el hecho de que los alrededores del patíbulo aparecieran esa mañana cubiertos por una innumerable multitud llegada de todos los rincones de Derbyshire.

## II

Robin parpadeó al salir de la cárcel, cegado por la luz del sol. Fuera esperaba un grupo de personas destinadas para conducirlo hasta el patíbulo. Había entre ellos varios guardias, magistrados, un oficial y dos pastores protestantes con sus biblias. Robin no sentía miedo. Era consciente de que iniciaba el camino hacia la muerte que le aguardaba al final, pero esa realidad no le inquietaba. Sabía también que, en el estricto cumplimiento de las normas seguidas en toda ejecución, sus miembros podrían serle arrancados del tronco, incluso antes de morir.

En el fondo de su alma estaba contento de ofrecer la vida en testimonio de su fe y satisfecho de que sus verdugos hubieran sido incapaces de probar las acusaciones contra él. Sentía curiosidad por descubrir el misterio de la vida eterna, en la que pronto sería acogido. Se preguntaba si el cielo sería como un jardín frondoso en el que sería posible hablar con Jesucristo y su bendita Madre. Pasaron por su mente los rostros de aquellas personas conocidas que había visto últimamente y que fueron a visitarle en la cárcel o hacerle compañía en las sesiones del proceso. Recordaba sobre todo a Marjorie, a sir John Fitzherbert y a Dick Sampson.

En lo que se refería a sus últimas recomendaciones a Marjorie, le aconsejó expresamente que renunciara al propósito de abandonar Inglaterra para solicitar su ingreso en alguna orden religiosa en el extranjero y permaneciera el mayor tiempo posible en el condado de Derbyshire ayudando a los católicos y a los sacerdotes perseguidos a cumplir sus obligaciones y seguir fieles a la verdadera Iglesia.

Robin se encontraba tan débil a causa de las torturas que había soportado con ejemplar reciedumbre, que los guardias tuvieron que ayudarlo a subir a la destartalada carreta que lo conduciría a la horca. Le ataron las manos a la espalda y haciendo gala de modales bruscos lo arrojaron al fondo de la carreta. Aunque se esforzaba por soportar con paciencia el incómodo viaje que, por el traqueteo y desniveles del terreno, provocaba fuertes dolores en sus resentidos huesos, no pudo evitar el caer de rodillas incapaz de mantenerse erguido sobre las desajustadas tablas del carromato.

Al percibir la gran debilidad en que se encontraba, Robin se avergonzó de no mostrar las energías y el ánimo de tantos otros mártires que le precedieron y que, según las crónicas, eran capaces de recitar salmos en voz alta mientras se dirigían al suplicio. Sencillamente, él no se veía en esos momentos con fuerzas para llegar a tales extremos de heroísmo.

Sin apenas sentirlo, el carromato detuvo su renqueante marcha. Uno de los guardias se acercó dispuesto a deshacer los nudos de las ataduras y le dio el brazo como punto de apoyo que le permitiera ponerse de pie. Estaba rodeado de guardias y en medio de ellos sobresalía la figura altiva de lord Shrewsbury a caballo. Al bajar de la carreta, Robin comprobó que se encontraba junto a la escalerilla por la que debía ascender hasta el armazón de madera donde estaba plantada la horca.

### III

Robin tuvo que agarrarse a la barandilla de la escalera para iniciar la subida. Entonces se escucharon los gritos de la multitud que empezaba a vitorearle y a darle voces de ánimo. Ya situado sobre el catafalco le volvieron a atar las manos con una sogá.

Fueron unos momentos dramáticos, seguidos del silencio impresionante del público que asistía emocionado a la ceremonia de la muerte. Robin comprendió que era el momento de hablar. Con un esfuerzo logró aclarar su mente y recordar el breve discurso que había preparado en el calabozo para cuando llegara el momento. Se lo había aprendido de memoria por si acaso no lograba hilvanar las palabras adecuadas antes del sacrificio o bien porque el Señor no le concediera las gracias espirituales que necesitaba en esos últimos minutos. En realidad, no sentía nada especial. Su corazón no se encontraba invadido por ningún éxtasis místico y sobre su cabeza no veía ninguna visión de ángeles esperándole.

Tan solo percibió una bandada de pájaros bajo el sol de octubre y una marea de rostros vueltos hacia él. Cuando iba a empezar a hablar sintió el roce de la cuerda que el verdugo le ponía al cuello. Por un instante sintió pánico, pero fue una sensación pasajera. El verdugo se retiró y Robin pronunció el que sería su último sermón ante una multitud expectante.

—Amigos —dijo y a su alrededor se hizo un silencio absoluto.

—Me dispongo en estos momentos a morir como fiel católico y como sacerdote, condición que hoy confieso ante todos vosotros. Durante el juicio, se han vertido contra mí falsas acusaciones que trataban de incriminarme en una conjura contra la reina Isabel en la que no he tomado parte ni siquiera en calidad de cómplice. Los magistrados me ofrecieron la libertad a cambio de abjurar de mi fe y de mis convicciones religiosas, cosa a la que me negué y por esa razón me veo ahora a punto de perder la vida.

Para impedir que continuara su discurso, los guardias comenzaron a batir con fuerza los tambores, pero los gritos de la multitud les obligaron a permanecer en silencio, de modo que Robin pudo continuar su discurso.

—Muero tranquilo en defensa de la fe católica, que fue la religión de Inglaterra, con la esperanza de que algún día vuelva a ser reconocida en nuestro país como la única verdadera. En ella he vivido desde niño y dentro de ella quiero morir. Pido a Dios que sobre todos los que hoy me escucháis descienda la gracia de mantener esta misma fe, que recibimos de nuestros padres y que nos fue revelada por Nuestro Señor Jesucristo, nuestro Salvador.

Al oír sus palabras, la multitud se mantenía en respetuoso silencio. Aunque Robin estaba muy débil y agotado, continuó sin bajar la intensidad de la voz:

—Pido a todos los católicos que me escuchan que se unan a mi súplica en favor de la Iglesia católica en todo el mundo, por Inglaterra, por la conversión de todos los súbditos de la Corona y, de modo especial, por la reina: que Dios la bendiga en este mundo y salve su alma en el venidero. Por todo esto, pido a todos los presentes que se unan a mi

oración, repitan conmigo el Padrenuestro y que recen otro mientras entrego el alma.

Robin dio comienzo a la oración:

—«Padre Nuestro...».

La plegaria se elevó desde la multitud como si hablaran con una sola voz. Al acabar, se hizo un profundo silencio.

De repente se oyó un rumor extraño. Mientras la gente gritaba, Robin no se explicaba el motivo del alboroto. Para averiguarlo, miró hacia abajo y vio a un hombre cubierto con una capa al pie de la escalera. Tenía la cabeza oculta, motivo por el cual Robin no pudo ver su rostro. Entonces el desconocido se retiró la capucha y le miró a los ojos. Su rostro se mostraba tan desencajado por el dolor que al principio Robin no le reconoció, aunque unos segundos más tarde distinguió los rasgos de su padre. Sin dudarlo, decidió actuar como sacerdote por última vez en su vida. Sin poder elevar las manos, se inclinó ligeramente hacia delante y murmuró:

—*Ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

#### IV

Robin ya no sintió nada más. Tras una primera sensación de asfixia, recuperó la consciencia unos segundos para sentir un dolor tan intenso que todos los demás quedaron absorbidos por el agudo escalofrío que, como una espada, le atravesó el corazón.

—Oh, ¡Cristo Jesús! —exclamó por última vez. Y murió.

## NOTAS

[1] Nota del traductor: El sacerdote jesuita san Edmund Campion fue capturado, torturado en la Torre de Londres y ejecutado en Tyburn, aldea próxima a Londres. Su cuerpo fue despedazado y los restos dispersados con el fin de impedir que fueran venerados por los católicos. Nació en Londres, el año 1540, se graduó en la universidad de Oxford y recorrió diversos países de Europa. Fue beatificado en 1886 por León XIII y Pablo VI lo declaró santo y mártir de la Iglesia católica en el año 1970. Su festividad se celebra el 1 de diciembre.

[2] Nota del traductor: Sir Richard Topcliffe (1531-1604) se convirtió en el más encarnizado perseguidor de los católicos ingleses que se negaban a renunciar a su fe. Dirigía un equipo de espías al servicio de la reina Isabel I y se encargaba posteriormente de interrogar y torturar a los prisioneros en la Torre de Londres, forzar sus condenas a muerte y ejecutarlos en diferentes lugares del país.

[3] Nota del traductor: Tyburn era en esos años una pequeña aldea rural próxima a Londres, hoy incorporada a la capital, donde se celebraban las ejecuciones públicas de condenados por graves delitos. Un ingenioso sistema combinado de horcas habilitado al afecto permitía ajusticiar al mismo tiempo a varios condenados, lo que aumentaba su atractivo para las multitudes que llegaban en tropel desde Londres a presenciar el macabro espectáculo en las tribunas que instalaban los aldeanos. Los asistentes debían pagar, a cambio del alquiler de sus plazas, fuertes sumas que generaban grandes beneficios a sus promotores. En Tyburn fueron martirizados cientos de católicos, sacerdotes y seglares que se negaban a abjurar de su fe. Algunos de ellos fueron declarados, siglos después, mártires de la Iglesia católica, como los padres jesuitas san Edmund Campion, al que ya nos hemos referido en nota anterior, y san Philip Powell (1561-1595), beatificado por el papa Pío XI en 1929 y canonizado por Pablo VI en 1970.

[4] Nota del traductor: Se refiere el autor al decreto de la reina Isabel que prohibía, bajo pena de muerte, la permanencia de sacerdotes católicos en Inglaterra durante más de cuarenta días, pasados los cuales, o bien eran sometidos a juicio y ejecutados o bien

deportados con la amenaza de que, si regresaban a territorio inglés, se les aplicaría la pena máxima de forma inmediata.

[5] Nota del traductor: La reina María I de Escocia de la casa de los Estuardo, reina consorte y viuda de Francisco II de Francia, fue decapitada en el castillo de Fotheringhay el 8 de febrero de 1587, acusada de dirigir una conjura para asesinar a la reina Isabel I de Inglaterra. María negó hasta su muerte el delito por el que fue condenada y declaró que el verdadero motivo de su ejecución era su negativa a abjurar de la religión católica.

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

## PRIMERA PARTE

### CAPÍTULO PRIMERO

- I
- II
- III

### CAPÍTULO SEGUNDO

- I
- II
- III

### CAPÍTULO TERCERO

- I
- II
- III

### CAPÍTULO CUARTO

- I
- II
- III
- IV

### CAPÍTULO QUINTO

- I
- II

### CAPÍTULO SEXTO

- I
- II
- III

### CAPÍTULO SÉPTIMO

- I
- II
- III

### CAPÍTULO OCTAVO

- I
- II
- III

### CAPÍTULO NOVENO

I  
II  
III

## SEGUNDA PARTE

### CAPÍTULO PRIMERO

- I
- II

### CAPÍTULO SEGUNDO

- I
- II
- III
- IV

### CAPÍTULO TERCERO

- I
- II
- III
- IV

### CAPÍTULO CUARTO

- I
- II
- III

### CAPÍTULO QUINTO

- I
- II
- III

### CAPÍTULO SEXTO

- I
- II
- III

### CAPÍTULO SÉPTIMO

- I
- II
- III

### CAPÍTULO OCTAVO

- I
- II
- III

IV

CAPÍTULO NOVENO

I

II

III

CAPÍTULO DÉCIMO

I

II

III

IV

## TERCERA PARTE

### CAPÍTULO PRIMERO

- I
- II
- III

### CAPÍTULO SEGUNDO

- I
- II
- III
- IV

### CAPÍTULO TERCERO

- I
- II

### CAPÍTULO CUARTO

- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII

### CAPÍTULO QUINTO

- I
- II
- III
- IV
- V

### CAPÍTULO SEXTO

- I
- II
- III
- IV
- V

### CAPÍTULO SÉPTIMO

I  
II

## CUARTA PARTE

### CAPÍTULO PRIMERO

- I
- II
- III

### CAPÍTULO SEGUNDO

- I
- II

### CAPÍTULO TERCERO

- I
- II
- III
- IV
- V
- VI

### CAPÍTULO CUARTO

- I
- II
- III

### CAPÍTULO QUINTO

- I
- II
- III
- IV
- V

### CAPÍTULO SEXTO

- I
- II

### CAPÍTULO SÉPTIMO

- I

### CAPÍTULO OCTAVO

- I
- II

### CAPÍTULO NOVENO

I  
II  
III  
IV

# Índice

Introducción	4
Primera parte	7
Capítulo primero	7
I	7
II	9
III	17
Capítulo segundo	23
I	23
II	27
III	28
Capítulo tercero	30
I	30
II	33
III	34
Capítulo cuarto	35
I	35
II	36
III	37
IV	38
Capítulo quinto	39
I	39
II	41
Capítulo sexto	43
I	43
II	44
III	46
Capítulo séptimo	49
I	49
II	50
III	52
Capítulo octavo	54
I	54
II	56

III	57
Capítulo noveno	59
I	59
II	60
III	61
Segunda parte	62
Capítulo primero	62
I	62
II	64
Capítulo segundo	67
I	67
II	68
III	70
IV	71
Capítulo tercero	73
I	73
II	74
III	75
IV	76
Capítulo cuarto	78
I	78
II	80
III	81
Capítulo quinto	83
I	83
II	84
III	86
Capítulo sexto	87
I	87
II	88
III	89
Capítulo séptimo	91
I	91
II	91
III	92

Capítulo octavo	95
I	95
II	96
III	97
IV	98
Capítulo noveno	103
I	103
II	104
III	106
Capítulo décimo	107
I	107
II	110
III	111
IV	112
Tercera parte	114
Capítulo primero	114
I	114
II	116
III	119
Capítulo segundo	121
I	121
II	122
III	123
IV	124
Capítulo tercero	126
I	126
II	127
Capítulo cuarto	133
I	133
II	134
III	136
IV	138
V	138
VI	139
VII	140

VIII	140
Capítulo quinto	142
I	142
II	143
III	143
IV	144
V	146
Capítulo sexto	147
I	147
II	149
III	149
IV	150
V	151
Capítulo séptimo	153
I	153
II	154
Cuarta parte	156
Capítulo primero	156
I	156
II	157
III	158
Capítulo segundo	160
I	160
II	162
Capítulo tercero	164
I	164
II	166
III	166
IV	167
V	168
VI	169
Capítulo cuarto	170
I	170
II	171
III	172

Capítulo quinto	175
I	175
II	176
III	177
IV	177
V	178
Capítulo sexto	180
I	180
II	181
Capítulo séptimo	183
I	183
Capítulo octavo	186
I	186
II	187
Capítulo noveno	190
I	190
II	191
III	192
IV	194
Notas	195
Primera parte	198
Segunda parte	200
Tercera parte	202
Cuarta parte	204